La moral anarquista

y otros escritos

Piotr Kropotkin

La moral anarquista

y otros escritos

Kropotkin, Piotr
La moral anarquista / Piotr Kropotkin ; recopilado por Frank Mintz - 1a ed. - Buenos Aires : Libros de Anarres, 2008.
116 p. ; 20x12 cm. (Utopía Libertaria)
ISBN 978-987-1523-00-9
1. Anarquismo. I. Mintz, Frank, recop. II. Título
CDD 320.5

Traducción: Frank Mintz
Corrección: Eduardo Bisso
Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Corrientes 4790 C.P. 1414
Buenos Aires / Argentina
Tel: 4857-1248 / 4115-1041
edicionesanarres@gmail.com

© Terramar Ediciones
Plaza Italia 187 C.P. 1900
La Plata / Argentina
Tel: (54-221) 482-0428

ISBN : 978-987-1523-00-91

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Prólogo a la moral de Kropotkin

El mundo cruel y despiadado del neoliberalismo o de la globalización, que es preferible llamar capitalismo a secas porque se asienta en las mismas bases de saqueo y masacre desde 1492, ostenta la moral para justificar guerras y asesinatos que le reportan una mayor ganancia inmediata. E ignora la ética cuando le conviene, o sea casi siempre.

¿Podemos actuar igual para defendernos? ¿Es la única moral útil la de amontonar dinero y poder?

Este ensayo de Kropotkin –publicado en 1890 en francés– cuestiona, discute y propone soluciones. Dejando la forma torpe de imaginar un diálogo con animales, Kropotkin sigue eficaz porque se apoya en una actitud de identificación con la especie humana, sin paraíso ni infierno, sin jerarquía, estar con todos para que todos avancemos. "*[...] Y cuando veas una iniquidad y la hayas comprendido –una iniquidad en la vida, una mentira en la ciencia o un sufrimiento impuesto por otro– rebélate contra la iniquidad, la mentira y la injusticia. ¡Lucha! La lucha es la vida, más intensa si la lucha es más viva. Y entonces habrás vívido, y por algunas horas de esta vida no darás años para estar vegetando en la podredumbre del pantano*".

La violencia contra los explotadores es por lo tanto la base de la moral. La moral se construye edificando una sociedad justa para todos. Los privilegios son siempre la podredumbre de una sociedad: Estados Unidos y China hoy por hoy, la URSS ayer, encarnan un sarcasmo de moral. Y mientras existan sociedades de este tipo, habrá que luchar en su contra. Tal es el mensaje de Kropotkin.

Cuando el autor publicó este artículo tenía 48 años y era un exiliado político afincado en Londres que vivía de reseñas de libros y artículos científicos. Fue un revolucionario ruso atípico porque se decidió a los treinta años, abandonando la investigación científica en el ámbito internacional que lo había llevado al umbral de la academia de las ciencias de su país. Por eso sus escritos llevan la señal de la seriedad.

Kropotkin, al final de su vida, quiso redactar un libro sobre la Ética. A duras penas pudo escribir –sin concluir– el primero

de los dos tomos previstos. De hecho, su obra contiene varias observaciones que he sintetizado, reuniendo igualmente citas de textos dirigidos a los propios militantes anarquistas. Permiten comprobar que Kropotkin no tenía un doble lenguaje: la moral tiene vigencia para todos. De no ser así, vamos a caer progresiva y paulatinamente en la sociedad explotadora actual.

Kropotkin no sacó su teoría de sesudas reflexiones, sino de fuentes concretas.

En primer lugar, de sus propias vivencias:

"*Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente habría podido aprender en otra parte. Comprendí rápido la imposibilidad absoluta de obrar realmente de modo útil para las masas pasando por la máquina administrativa. Me liberé de esta ilusión para siempre jamás. Luego, comencé a comprender no sólo a los hombres y los caracteres, sino también los resortes íntimos de la vida social. El trabajo edificador de las masas desconocidas, de que se habla tan escasamente en los libros, y la importancia de este trabajo edificador en la evolución de las formas sociales, se me aparecieron en plena luz. [...]*

Por ser criado en una familia de propietarios de siervos, entré en la vida, como todos los jóvenes de mi tiempo, con una confianza muy definida en la necesidad de mandar, ordenar, reprender y castigar. Pero cuando, temprano por lo demás, tuve que dirigir empresas serias y que tratar con la gente, pudiendo provocar cualquier error graves consecuencias, empecé a apreciar la diferencia entre lo que se consigue por el mando y la disciplina y lo que se logra por la comprensión entre todos los interesados. El primer procedimiento conviene muy bien en una parada militar, pero no vale nada en la vida real, cuando la finalidad sólo se puede alcanzar por el esfuerzo serio de un gran número de voluntades convergentes"[1].

Luego se inspiró en su militancia revolucionaria:

"*Lo que me llamaba más la atención, era que la influencia de Bakunin venía menos de su superioridad intelectual que de su personalidad moral. [...]*

En 1869, Nechayev intentó fundar una sociedad secreta revolucionaria [...] para alcanzar su meta, él empleaba los procedimientos de los antiguos conspiradores, ni siquiera retrocedía

[1] *Memorias de un revolucionario*. Madrid, 1973. Traducción revisada.

ante una mentira cuando quería obligar a sus socios a obedecerle. [...] El círculo de educación mutua, de que hablo [el de Chaykovsky], *se había instituido en oposición a los métodos de Nechayev. Estos pocos amigos habían juzgado con mucha cordura que el desarrollo moral del individuo debe ser la base de toda organización, cualquier sea el carácter de la Revolución política que pueda tener luego, y cualquier sea el programa que pueda adoptar en el curso de los eventos*"[2].

"*Mentir es siempre envilecerse. Que sea por la causa o no, es siempre reconocerse inferior a quien se miente –reconocerse más débil–. Por eso el servilismo y la mentira, la mentira y el servilismo, han caminado siempre de la mano. [...] Si el robo nada vale, como principio revolucionario, vale menos aún como medio de acción*[3]*. [...] Pero tampoco son los que predican los pequeños medios de una sociedad servil quienes despertarán a las masas y derribarán a las sociedades. Hombres de otro temple deben surgir para comenzar la obra gigantesca de la Revolución. Demasiado preocupados por su propio bienestar, demasiado poco capaces para el trabajo tenaz que la Revolución demanda, aquéllos pueden ayudar en la lucha inicial, pero se detienen a medio camino. La Revolución necesita trabajadores, hombres tenaces en el trabajo: la Revolución no sabe qué hacer con los aficionados y pronto los deja atrás*"[4].

"*Pero, ¡basta! Existen cosas tan elementales, que repugna incluso discutirlas por más tiempo; y si los anarquistas parisienses se han retardado tanto en estas discusiones, en ellas vemos una causa que para nosotros, prima sobre todo lo demás. Es que no se han dado perfecta cuenta del papel que desempeñan las masas en las revoluciones. Han creído hacer la revolución entre unos pocos, con la pluma por una parte y con el acto individual por la otra*"[5].

---

[2] Ídem.

[3] Se discutía en Francia a fines del siglo XIX si el robo y la mentira, incluso entre compañeros, eran medios anarquistas o no. Kropotkin no pudo conocer la excepción que fueron García Olivier, Ascaso, Durruti y otros compañeros de España, Argentina, Rusia, etc., expropiadores que financiaban grupos y sindicatos, sin caer nunca en el provecho individual. (Véase la p. 38, una intuición de esos casos)."

[4] Más sobre la moral, 1891, en Kropotkin *El anarquismo (Las prisiones, El salariado, La moral anarquista, Más sobre la moral)*, Caracas, Vértice, 1972.

[5] *Op. cit.* Una aclaración, 1891; respuesta de Kropotkin a un partidario del robo. El movimiento anarquista estaba contaminado por gente que cultivaban su ombligo con el pretexto de la revolución social.

Por fin, Kropotkin nunca opuso la moral a la realidad, como lo demuestran las resoluciones que redactó sobre la represión y el terrorismo, en 1906, ante las masacres del gobierno ruso, en un congreso de anarquistas rusos exiliados (véase el capitulo 3).

Kropotkin previó en 1892 el cambio revolucionario que Lenin acometió a partir de diciembre de 1917 con el despiadado terror rojo, que la burguesía republicana española de los 1932-1936 quiso domar y diezmar y que la cúpula de los dirigentes marxistas –leninistas hispano– soviéticos de 1936-1939 intentaron ahogar en sangre.

"*Por mucho que se predique la paciencia, el pueblo ya no aguantará; y si todos los víveres no se ponen en común, saqueará las panaderías. Si el empuje del pueblo no es bastante fuerte, se le fusilará. Para que el colectivismo pueda establecerse, necesita, ante todo, orden, disciplina, obediencia. Y como los capitalistas advertirán muy pronto que hacer fusilar al pueblo por los que se llaman revolucionarios es el mejor medio de darle asco por la revolución, prestarán ciertamente su apoyo a los defensores del orden, aun a los colectivistas. Ya verán más tarde el medio de aplastar a éstos a su vez.*

Si 'se restablece el orden' de esta manera, las consecuencias son fáciles de prever. La represión no se limitará a fusilar a 'los saqueadores'. Habrá que buscar 'los promotores del desorden', restablecer los tribunales, la guillotina, y los revolucionarios más ardientes subirán al cadalso. […] Si 'el orden queda restablecido', los colectivistas guillotinarán a los anarquistas, los posibilistas guillotinarán a los colectivistas, que a su vez serán guillotinados por los reaccionarios. La revolución tendría que volver a empezar"[6].

"*¿Quién tendrá derecho a los víveres comunes? Ésta será por cierto la primera cuestión que se plantee. Cada ciudad responderá según su contexto; estamos convencidos de que todas las respuestas estarán dictadas por el sentimiento de justicia. Mientras los trabajos no estén organizados, mientras dure el período de efervescencia y sea imposible distinguir entre el holgazán perezoso y el desocupado involuntario, los alimentos disponibles deben ser para todos sin excepción alguna. Quienes hayan resistido con las armas en la mano a la victoria popular, quienes hayan conspirado contra ella, se apresurarán por sí solos*

[6] *La conquista del pan*, p. 70. Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2005.

a liberar de su presencia el territorio insurrecto. Pero creemos que el pueblo, siempre enemigo de las represalias y magnánimo, compartirá el pan con todos los que hayan permanecido en su seno, ya sean expropiadores o expropiados. Si se inspira en esta idea, la revolución no habrá perdido nada; cuando se reanude el trabajo, se verá a los combatientes de la víspera encontrarse juntos en el mismo"[7].

En la sociedad antimoral en que nos toca vivir, las enseñanzas de Kropotkin abarcan tanto la vida individual, la vida de grupos como la sociedad y la humanidad. Con Kropotkin, denunciar y luchar contra la explotación capitalista es negarse a edificar un futuro que mantenga la pirámide de la jerarquía social.

Frank Mintz
Noviembre de 2004, enero de 2008

[7] Ídem, p. 75.

La moral anarquista

LA MORAL ANARQUISTA[1]

I

La historia del pensamiento humano recuerda las oscilaciones del péndulo, las cuales hace ya siglos que perduran. Después de un largo período de sueño, viene el despertar; y entonces se libera de las cadenas con las que todos los interesados –gobernantes, magistrados, clérigos– le habían cuidadosamente amarrado. Las rompe. Somete a severa crítica todo cuanto se le había enseñado; y pone al desnudo la vanidad de los prejuicios religiosos, políticos, legales y sociales en cuyo seno había vegetado. En aras de su espíritu de investigación se lanza por caminos desconocidos, enriquece nuestro saber con descubrimientos imprevistos: crea nuevas ciencias.

Pero el enemigo sempiterno del pensamiento –el gobernante, el magistrado, el religioso– se rehacen en seguida de la derrota. Reúnen poco a poco sus diseminadas fuerzas, remozan su fe y sus códigos, adaptándolos a nuevas necesidades; y, valiéndose de ese servilismo de carácter y de pensamiento que ellos mismos tan cuidadosamente cultivaron, aprovechan la desorganización momentánea de la sociedad, explotando la necesidad de reposo de unos, la sed de riquezas de otros, los desengaños de algunos –sobre todo los desengaños–, vuelven paulatinamente a su obra, apoderándose primero de la infancia, por la educación.

El espíritu del niño es débil, y fácil, por lo tanto, el someterlo por terror: a esto apelan. Lo intimidan, y le pintan los tormentos del infierno, le hacen ver los sufrimientos de las almas en pena, la venganza de un Dios implacable; más tarde le hablarán de los horrores de la Revolución, explotarán cualquier exceso de los revolucionarios para hacer del niño "un amigo

[1] Se ha revisado la traducción, bastante criticable, idéntica al texto publicado por La Catarata de Madrid en 2003, con el texto francés y otra versión de Caracas, 1972, tampoco muy fiable. Las mejoras propuestas provienen de un conocimiento del francés y del castellano primero y, luego, de la superación –propuesta de la colección Utopía Libertaria de Buenos Aires– del *vosotros* peninsular y del *ustedes* latinoamericano (para traducir el *on* francés) por la primera persona del plural que casi siempre se ajusta y corresponde, además, al uso del mismo Kropotkin. (Nota de María Esther Tello y Frank Mintz.)

del orden". El religioso lo habituará a la idea de ley para acatar mejor lo que él llama la ley divina. El abogado le hablará también al niño de la ley divina, para mejor someterlo a los textos del código. Y el pensamiento de la generación siguiente tomará ese tinte religioso, ese tinte autoritario y servil a la par –autoridad y servilismo van siempre tomados de la mano–, ese hábito de sumisión que demasiado se manifiesta entre nuestros contemporáneos.

Durante estos períodos de adormecimiento, raramente discuten cuestiones de moral. Las prácticas religiosas, la hipocresía judicial las sustituyen. No hay crítica, se dejan llevar por la costumbre, por la indiferencia. No se apasionan en pro ni en contra de la moral establecida; hacen lo que pueden para ajustar exteriormente sus actos a lo que pretenden profesar. Y el nivel moral de la sociedad desciende cada vez más. Se llega a la moral de los romanos de la decadencia, del antiguo régimen, del fin del régimen burgués.

Todo lo que había de bueno, de grande, de generoso, de independiente en el hombre, va embotándose, se oxida como un cuchillo sin uso. La mentira se convierte en virtud, la conducta mediocre en deber.

Enriquecerse, gozar del momento, agotar su inteligencia, su ardor, su energía, no importa cómo, llega a ser el lema de las clases acomodadas, así como también el de la multitud miserable, cuyo ideal es el de parecer burgués. Entonces la depravación de los gobernantes, del juez, del sacerdote y de las clases más o menos acomodadas se hace tan repulsiva, que empieza la otra oscilación del péndulo.

La juventud se emancipa poco a poco, arroja los prejuicios por la borda. Vuelve la crítica. El pensamiento despierta primero en algunos; pero insensiblemente el despertar alcanza la mayoría; dado el impulso, la revolución surge.

Y a cada momento la cuestión de la moral se pone sobre el tapete. ¿Por qué seguiré yo los principios de esta moral hipócrita? –se pregunta el cerebro emancipado del terror religioso–. ¿Por qué determinada moral ha de ser obligatoria?

Uno intenta entonces darse cuenta de ese sentimiento moral que lo asalta a cada paso sin habérselo todavía explicado; y no lo entenderá mientras lo crea un privilegio de la naturaleza

humana, mientras descienda hasta los animales, las plantas, las razas, para comprenderlo. Sin embargo, procura explicárselo según la ciencia del día.

Y –¿es preciso decirlo?– cuanto más se minan las bases de la moral establecida, o mejor, de la hipocresía que la sostiene, más se eleva el nivel moral en la sociedad. Sobre todo en esta época, precisamente cuando se la critica y se la niega, el sentimiento moral hace más rápidos progresos; crece, se eleva, se purifica.

Se ha visto en el siglo XVIII. Desde 1723. Mandeville, el autor anónimo que escandalizó a Inglaterra con su *Fábula de las abejas* y los comentarios que añadiera, atacó de frente la hipocresía de la sociedad disfrazada con el nombre de moral. Manifestaba cómo las supuestas costumbre morales no son más que una máscara hipócrita; cómo las pasiones que creen dominar con el código de la moral vigente toman, por el contrario, una dirección tanto más perniciosa cuanto mayores son las restricciones de este mismo código. Cual Fourier lo hizo más tarde, pedía libertad para las pasiones, sin que por ello degeneren en otros tantos vicios; y pagando en esto un tributo a la falta de conocimientos zoológicos de su tiempo, es decir, olvidando la moral de los animales, explicaba el origen de las ideas morales de la humanidad, por la adulación interesada de las familias y de las clases dirigentes.

Se conoce la crítica vigorosa de las ideas morales hecha después por los filósofos escoceses y los enciclopedistas. Se conoce a los anarquistas de 1793, y se sabe entre quiénes se encuentra el más alto desarrollo del sentimiento moral, entre los legisladores, los patriotas, los jacobinos, que cantaban el deber y la sanción moral por el Ser supremo, o entre los ateos hebertistas, que negaban, como lo ha hecho recientemente Guyau, el deber impuesto y la sanción moral.

–"¿Por qué seré moral?", he aquí la pregunta que se hacían los racionalistas del siglo XII, los filósofos del siglo XVI, los filósofos y los revolucionarios del siglo XVIII. Más adelante esta pregunta se repitió de nuevo entre los preutilitarios ingleses (Bentham y Mill), entre los materialistas alemanes. como Büchner, entre los nihilistas rusos de los años 1860 a 1870, entre el joven fundador de la ética *anarquista (La ciencia de la moral de las sociedades*), Guyau, muerto, por desgracia, demasiado pronto, y entre los jóvenes anarquistas franceses, hoy.

En efecto, ¿por qué?

Hace treinta años esta misma cuestión apasionó a la juventud rusa. –"Yo seré inmoral", acababa de decir un joven nihilista a un amigo suyo, traduciendo en un acto cualquiera los pensamientos que le atormentaban. –"Seré inmoral, ¿por qué no lo seré?"

¿Porque la Biblia no lo quiere? Pero la Biblia no es más que una colección de tradiciones babilónicas y judaicas, tradiciones coleccionadas, como lo fueron los cantos de Homero o las leyendas mongolas. ¿Debo, pues, volver al estado de ánimo de los pueblos semi-bárbaros del Oriente?

"¿Lo seré porque Kant me habla de un imperativo categórico, de una orden misteriosa que sale del fondo de mí mismo y me ordena ser moral? Pero ¿por qué ese "imperativo categórico" ha de tener más derecho sobre mis actos que ese otro imperativo que de vez en cuando me incita a la embriaguez? ¡Palabras, nada más que palabras, como la de Providencia o Destino, inventada para cubrir nuestra ignorancia! "¿O seré moral, para agradar a Bentham, quien me quiere hacer creer que seré más feliz si me ahogo por salvar a un transeúnte caído en el río, que si lo miro ahogarse?

"¿O quizá, porque tal es mi educación? ¿Porque mi madre me enseñó la moral? Pero entonces deberé arrodillarme ante la pintura de un cristo, o de una virgen, respetar al rey o al emperador, inclinarme ante el juez que sé es un canalla, únicamente porque mi madre, nuestras madres –muy buenas, pero ignorantes– nos enseñaron un montón de tonterías?

"Prejuicios, como todo lo demás; me esforzaré por liberarme de ellos. Si me repugna ser inmoral, me obligaré a serlo como de adolescente me esforzaba por no temer la oscuridad, el cementerio, los fantasmas y los muertos, con los cuales me habían amedrentado. Lo haré para romper un arma explotada por las religiones; lo haré, en fin, aunque sólo sea para protestar contra la hipocresía que pretenden imponerme en nombre de una palabra a la cual se ha denominado moralidad".

Tal era el razonamiento que la juventud rusa se hacía en el momento de romper con los prejuicios del viejo mundo y enarbolar la bandera del nihilismo o, mejor, de la filosofía anarquista: "No inclinarse ante ninguna autoridad por respetada que sea; no aceptar ningún principio en tanto no sea establecido por la razón".

¿Será preciso añadir que la juventud nihilista, después de arrojar al cesto la enseñanza moral de sus padres, quemando todos los sistemas que de ella tratan, ha desarrollado en su seno un cúmulo de *costumbres* morales infinitamente superiores a todo lo que sus padres nunca practicaron, bajo la tutela del Evangelio, de la *conciencia, del imperativo categórico* o del *interés bien comprendido* de los utilitarios?

Pero antes de responder a la pregunta: "¿Por qué seré moral?", veamos primero si la tal cuestión está bien planteada: analicemos las causas de los actos humanos.

II

Cuando nuestros abuelos querían darse cuenta de lo que impulsa al hombre a obrar de un modo u otro, lo conseguían de manera muy sencilla. Pueden verse todavía las imágenes católicas que representan su explicación. Un hombre camina por los campos, sin asomo de duda, lleva un diablo en el hombro izquierdo y un ángel en el hombro derecho. El diablo lo empuja a hacer el mal, el ángel trata de contenerlo. Y si el ángel quedó vencedor, el hombre resultó virtuoso, otros tres ángeles se apoderan de él y lo transportan al cielo. Todo se explica así a maravilla.

Nuestras viejas ayas, bien instruidas sobre este particular, le dirán que nunca hay que poner a un niño en la cama sin desabotonarle el cuello de la camisa. Hay que dejar abierto en la base del cuello un lugar muy caliente donde el ángel guardián pueda cobijarse. Sin esta precaución el diablo atormentaría al niño hasta en el sueño.

Estas ingenuas ideas van desapareciendo. Pero si las anacrónicas palabras se borran, la esencia es siempre la misma. Las gentes instruidas no creen ya en el diablo, pero sus ideas no son más racionales que las de nuestras ayas; disfrazan al diablo y al ángel bajo una palabrería escolástica, realzada con el nombre de filosofía. En lugar del *diablo* dirán ahora *la carne, las pasiones; el ángel* será reemplazado con las palabras *conciencia* o *alma –reflejo del pensamiento de un Dios creador–,* o del *gran arquitecto,* como dicen los masones. Pero los actos del hombre son siempre considerados como resultantes de la lucha

entre dos elementos hostiles. Y el hombre es tenido por tanto más virtuoso cuanto que uno de estos dos elementos –el *alma o la concien*cia– haya conseguido mayor victoria sobre el otro –la *carne o las pasiones*–.

Fácilmente se comprende el asombro de nuestros abuelos cuando los filósofos ingleses, y más tarde los enciclopedistas, vinieron a afirmar, en contra de sus primitivas concepciones, que el diablo o el ángel no tienen nada que ver en los actos humanos, sino que todos ellos, buenos o malos, útiles o nocivos, derivan de un solo impulso: la consecución del placer.

Toda la cofradía religiosa, y sobre todo, la numerosa tribu de los fariseos, clamaron contra la inmoralidad. Se llenó de invectivas a los pensadores, se los excomulgó. Y cuando, en el transcurso de nuestro siglo XX, las mismas ideas fueron retomadas por Bentham, John Stuart Mill, Chernychevsky y tantos otros, y que estos pensadores vinieron a afirmar y a probar que el egoísmo o la consecución del placer es el verdadero impulso de todas nuestras acciones, arreciaron las maldiciones. Se hizo contra sus libros la conspiración del silencio, tratando de ignorantes a sus autores.

Y, sin embargo, ¿qué más verdadero que esa afirmación?

Un hombre arrebata el último bocado de pan al niño. Todos coinciden en decir que es un repugnante egoísta, que está exclusivamente guiado por el amor a sí mismo.

Pero viene otro hombre considerado como virtuoso: parte su último bocado de pan con el que tiene hambre, se despoja de su ropa para darla al que tiene frío; y los moralistas, hablando siempre la jerga religiosa, se apresuran a decir que ese hombre lleva el amor del prójimo hasta la abnegación, que obedece a una pasión opuesta en todo a la del egoísta.

No obstante, si reflexionamos un poco, pronto descubrimos que, por diferentes que sean las dos acciones en sus resultados para la humanidad, el móvil fue siempre el mismo: la consecución del placer. Si el hombre que da la única camisa que posee no encontrara en ello un placer, no la daría. Si lo hallara en quitar el pan al niño, lo haría. Pero esto le repugna; y encontrando mayor satisfacción en dar su pan, lo da. Si no hubiera inconveniente en crear la confusión, empleando palabras que tienen una significación establecida, para darles

nuevo sentido, diríamos que uno y otro obran a impulsos de su egoísmo. Algunos lo han dicho abiertamente a fin de hacer resaltar mejor el pensamiento, precisar la idea, presentándola bajo una forma que hiera la imaginación, destruyendo a la vez la leyenda de que dos actos tienen dos impulsos diferentes. Tienen el mismo fin: buscar el placer o esquivar el dolor, que viene a ser lo mismo.

Tomemos al más depravado de los malvados, Thiers, que asesina a más de treinta y cinco mil parisienses; al criminal que degüella a toda una familia para enfangarse en el vicio. Lo hacen porque en aquel momento el deseo de gloria, o el ansia del dinero, superan en ellos todos los demás sentimientos: la piedad, la compasión misma, están apartadas en aquel instante por ese otro deseo, esa otra sed. Obran casi como autómatas para satisfacer una necesidad de su naturaleza.

Ahora bien, dejando a un lado las grandes pasiones, tomemos el hombre ruin que engaña a los amigos, que miente a cada paso, ya por sonsacar algún dinero, ya por vanagloria, ya por astucia; al burgués que roba centavo a centavo a los obreros para comprar un adorno a su mujer o a su querida; a cualquier picaruelo. Aun ese mismo no hace más que obedecer a sus inclinaciones: busca la satisfacción de una necesidad, trata de evitar lo que para él sería una molestia.

Casi nos avergonzamos de tener que comparar a ese pícaro con cualquiera de los que sacrifican su existencia por la liberación de los oprimidos y sube al cadalso, como un nihilista ruso. Tal diferencia hay en los resultados de esas dos existencias para la humanidad, que nos sentimos atraídos por la una y rechazados por la otra.

Y, no obstante, si habláramos a ese mártir, a la mujer que va a ser ahorcada, en el momento mismo en que sube al cadalso, nos diría que no cambiaría su vida de bestia acosada por los perros del zar, ni su trágica muerte, por la vida del pícaro que vive de los centavos robados a los trabajadores.

En su existencia, en la lucha contra los monstruos poderosos, encuentra sus mayores goces. Todo lo demás, a excepción de esta lucha, los mezquinos disfrutes del burgués y sus escasas miserias, ¡le parecen tan mezquinas, tan fastidiosas, tan tristes! –*¡No viven, vegetan!* respondería ella–; *¡pero yo he vivido!*

Hablamos evidentemente de los actos razonados, conscientes del ser humano, reservándonos hablar más adelante de esa inmensa serie de actos inconscientes, casi maquinales, que llenan la mayor parte de nuestra vida. Ahora bien, en sus actos razonados o conscientes el ser humano busca aquello que le agrada.

Tal se embriaga y embrutece cada día porque busca en el vino la excitación nerviosa que no encuentra en su organismo. Tal otro no se emborracha, renuncia al vino si bien encuentra placer bebiéndolo, para conservar la frescura de su inteligencia y la plenitud de sus fuerzas, a fin de poder saborear otros placeres que prefiere a los del vino. Pero ¿qué hace sino obrar como el *gourmet* que después de haber leído *el menú* de una comida renuncia a un plato de su gusto para hartarse, sin embargo, de otro más preferido? Cualesquiera que sean sus actos, el hombre busca siempre un placer o evita un dolor.

Cuando una mujer se priva del último bocado de pan para dárselo al primero que llega, cuando se quita el último harapo para cubrir a otra que tiene frío, y ella misma tirita en la cubierta del navío, lo hace porque sufriría infinitamente más de ver a un hombre hambriento o una mujer con frío que tiritar ella misma o sufrir el hambre. Evita una pena cuya intensidad sólo conocen los que la sufrieron.

Cuando aquel australiano citado por Guyau se desesperaba con la idea de no haber vengado aún la muerte de su pariente; cuando se hallaba roído por la conciencia de su cobardía, no recobrando la salud hasta después de haber realizado su venganza, hizo un acto tal vez heroico para desembarazarse del sufrimiento que lo asediaba, para reconquistar la paz interior, que es el supremo placer.

Cuando una banda de monos ha visto caer a uno de los suyos herido por la bala del cazador, sitian su tienda para reclamar el cadáver, a pesar de las amenazas de ser fusilados; cuando, por fin, el jefe de la banda entra con decisión, amenazando primero al cazador, suplicando después y obligándolo, por fin, con sus lamentos a devolverle el cadáver, que la banda lleva gimiendo al bosque, los monos obedecen al sentimiento de condolencia, más fuerte en ellos que todas las consideraciones de seguridad personal. Este sentimiento ahoga todos los otros. La vida pierde para ellos sus atractivos, en tanto no se aseguren de la imposibilidad

de devolver a su camarada la existencia. Tal sentimiento llega a ser tan opresivo, que los pobres animales lo arriesgan todo por desembarazarse de él.

Cuando las hormigas se arrojan por millares en las llamas de un hormiguero, que esta bestia feroz, el hombre, ha incendiado, y perecen por centenas por salvar sus larvas, obedecen también a una necesidad, la de conservar su prole. Lo arriesgan todo por tener el placer de llevarse sus larvas, que han cuidado con más cariño que con el que muchos burgueses cuidan de sus hijos.

En fin, cuando un infusorio esquiva un rayo demasiado fuerte del sol y va a buscar otro menos ardiente, o cuando una planta vuelve sus flores al sol o cierra sus hojas al acercarse la noche, ambos obedecen también a la necesidad de evitar un dolor o de buscar el placer; igual que la hormiga, el mono, el australiano, el mártir cristiano o el mártir anarquista.

Buscar el placer, evitar el dolor, es el hecho general (otros dirían la ley) del mundo orgánico: es la esencia de la vida.

Sin este afán por lo agradable, la existencia sería imposible. Se disgregaría el organismo, la vida cesaría.

Así, pues, cualquiera que sea la acción del hombre, cualquiera que sea su línea de conducta, *obra siempre obedeciendo a una necesidad de su naturaleza*.

El acto más repugnante, como el más indiferente, o el más atractivo, son todos igualmente dictados por una necesidad del individuo. Obrando de una o de otra manera el individuo lo hace porque en ello encuentra un placer, porque se evita de este modo o cree evitarse una molestia.

He aquí un hecho perfectamente determinado, la esencia de lo que se ha llamado la teoría del egoísmo.

Ahora bien, ¿hemos adelantado algo más, después de haber llegado a esta conclusión general?

Sí, ciertamente. Hemos conquistado una verdad y destruido un prejuicio, que es la raíz de todos los prejuicios. Toda la filosofía materialista en su relación con el hombre se halla en esta conclusión. ¿Pero se sigue de esto que todos los actos del individuo son indiferentes, como así han querido sostenerlo?

Veámoslo.

III

Hemos visto que las acciones del hombre, razonadas o conscientes, más adelante hablaremos de los hábitos inconscientes, tienen todas el mismo origen. Los llamados virtuosos y los que se denominan viciosos, las grandes adhesiones como las pequeñas trampas, los actos elevados como los repulsivos, derivan de la misma fuente. Son todos hechos que responden a naturales necesidades del individuo.

Tienen por objeto buscar el placer, el deseo de huir del dolor.

Lo hemos manifestado en el capítulo precedente, que no es sino un resumen muy sucinto de multitud de hechos que podrían ser citados en su apoyo.

Compréndase que esta explicación repugne a quienes están todavía imbuidos por los principios religiosos, porque no deja espacio para lo sobrenatural y desecha la idea de la inmortalidad del alma. Si el hombre no obra más que obedeciendo a una necesidad natural, si no es, por así decirlo, más que un "autómata consciente", ¿qué será el alma inmortal, qué será la inmortalidad, último refugio de los que han conocido poco el placer y demasiado el dolor, y que sueñan con hallar la compensación en el otro mundo?

Se comprende que, fuertes en los prejuicios, poco confiados en la ciencia que los ha engañado a menudo, guiados por el sentimiento más que por la razón, rechacen una verdad que les quita su única esperanza.

Pero ¿qué decir de esos revolucionarios que desde el siglo XVIII hasta nuestros días, siempre que oyen por primera vez la primera explicación natural de los actos humanos (la teoría del egoísmo si se quiere) se apresuran a sacar la misma conclusión que la juventud nihilista de quienes hablamos al principio, los cuales se apresuran gritar: "¡Abajo la moral!"?

¿Qué decir de los que, persuadidos de que el hombre no obra sino para responder a necesidades orgánicas, se apresuran a afirmar que todos los actos son indiferentes; que no hay bien ni mal; que salvar a un hombre que se ahoga, o ahogarlo para apoderarse de su reloj, son dos casos equivalentes; que el mártir muriendo sobre el cadalso por haber trabajado en emancipar a la humanidad, y el pícaro robando a sus compañeros *se equivalen,* puesto que los dos intentan procurarse un placer?

Si añadieran siquiera que no debe haber olor bueno ni malo, perfume en la rosa, hedor en la asa fétida[2], porque uno y otro no son más que vibraciones de las moléculas; que no hay gusto bueno ni malo, porque la amargura de la quinina y la dulzura de la guayaba no son tampoco sino vibraciones moleculares; que no hay hermosura ni fealdad físicas, inteligencia ni imbecilidad, porque belleza y fealdad, inteligencia o imbecilidad no son tampoco más que resultados de vibraciones químicas y físicas que se operan en las células del organismo, si agregaran eso podría aún decirse que chochean, pero que tienen por lo menos la lógica del necio.

Puesto que no lo dicen, ¿qué podemos concluir?

Nuestra respuesta es sencilla. Tanto Mandeville, en 1723, en la *Fábula de las abejas*, como el nihilista ruso de los años 1860-70, como un anarquista parisiense hoy por hoy, razonan de esta manera porque, sin darse cuenta, se hallan aún enlodados en los prejuicios de su educación cristiana. Por muy ateos, materialistas o anarquistas que se digan, razonan exactamente como razonaban los padres de la Iglesia o los fundadores del budismo.

Dichos estimables ancianos nos decían, en efecto: "El acto será bueno si representa una victoria del alma sobre la carne; será malo si es la carne la que ha dominado al alma; será indiferente si no es ni uno ni otro. Sólo esto existe para juzgar si el acto es bueno o malo".

Los padres de la Iglesia decían: "Miremos las bestias, no tienen alma inmortal, sus actos se hacen sencillamente para responder a una de las necesidades de la naturaleza: por eso no puede haber entre los animales actos buenos y malos, todos son indiferentes; por lo tanto, no habrá para los animales ni paraíso ni infierno, ni premio ni castigo". Y nuestros jóvenes amigos toman el dicho de San Agustín y de San Shakyamuni y dicen: "El hombre no es más que una bestia; sus actos son sencillamente hechos para responder a una necesidad de su naturaleza; por lo tanto, no puede haber para el hombre actos buenos ni malos; todos son indiferentes".

¡Siempre la maldita idea de pena y de castigo sale al paso de la razón: siempre esa absurda herencia de la enseñanza religiosa enseñando que el acto es bueno si viene de una inspiración

[2] Planta asiática de la familia de las umbelíferas, *Ferula assa foetida*, de olor nauseabundo [N. de E.]

sobrenatural e indiferente si tal origen le falta. Y siempre, aun entre los que más se ríen de ello, la idea del ángel sobre el hombro derecho y del diablo sobre el izquierdo!

"Suprimamos el diablo y el ángel y no sabré decirles ya si tal acto es bueno o malo, pues no conozco otra razón para juzgarlo". Sigue estando el cura, con el diablo y el ángel; todo el barniz materialista no basta para ocultarlo.

Y, lo que es peor aún, el juez, con su tanda de penas de azotes para unos y sus recompensas cívicas para otros, está otra vez. Los mismos principios de la anarquía no logran desarraigar la idea de castigo y recompensa.

Pues bien, nosotros no queremos ni cura ni juez. Decimos simplemente: "¿El asa fétida hiede, la serpiente me muerde, el embustero me engaña? La planta, el reptil y el hombre, los tres, obedecen a una razón natural. Así es.

"Ahora bien, yo obedezco también a una necesidad de mi naturaleza, odiando la planta que hiede, el animal que mata con su veneno, y el hombre, que es aún más venenoso que el animal. Y obraré en consecuencia sin dirigirme por eso ni al diablo, que además no conozco, ni al juez, que detesto más aún que a la serpiente. Yo, y cuantos comparten mis antipatías, obedecemos también a una condición de nuestra naturaleza. Veremos cuál de los dos tiene la razón y, por ende, la fuerza".

Esto es lo que vamos a estudiar. De ahí veremos que si los San Agustín no tenían otra base para distinguir entre el bien y el mal, el mundo animal tiene otra mucho más eficaz. Los animales en general, desde el insecto hasta el hombre, saben perfectamente lo bueno y lo malo sin consultar para eso la Biblia ni la filosofía. Y si esto es así, la causa está también en las necesidades de su organismo, en la conservación de la raza, y, por lo tanto, en la mayor suma posible de felicidad para cada individuo.

IV

Para distinguir el bien del mal, los teólogos mosaicos [adeptos de un profeta], budistas, cristianos y musulmanes recurrían a la inspiración divina. Veían que el hombre, salvaje o civilizado, iletrado o docto, perverso o bueno y honrado, sabe siempre

si procede bien o si procede mal, sobre todo, esto último; pero no encontrando explicación de este hecho general, vieron en ello la inspiración divina. Los filósofos metafísicos nos hablaron a su vez de conciencia, de imperativo místico, lo que, por otra parte, no era más que un cambio de palabras.

Mas ni los unos ni los otros supieron constatar este hecho tan sencillo y tan palpable de que los animales que viven en sociedad saben también distinguir entre el bien y el mal, exactamente igual que el hombre. Y, lo que es más, que sus concepciones sobre este particular son del todo del mismo género que las del hombre. Entre los tipos mejor desarrollados de cada clase separada –peces, insectos, aves, mamíferos– son hasta idénticos.

Los pensadores del siglo XVIII lo habían notado claramente; pero se les olvidó después, nos toca ahora destacar toda la importancia del hecho.

Forel, ese observador inimitable de las hormigas, ha demostrado, con una multitud de observaciones y de hechos, que cuando una hormiga que se ha hartado la boca de miel encuentra a otras hormigas con el vientre vacío, éstas le piden inmediatamente de comer. Y entre estos pequeños insectos es un deber para la hormiga saciada devolver la miel, a fin de que las hormigas hambrientas puedan nutrirse a su vez. Preguntemos a las hormigas si harían bien rehusando el alimento a las demás del mismo hormiguero cuando ya comieron. Responderán con actos que es imposible no comprender, que eso sería muy mal. Una hormiga tan egoísta sería tratada con más dureza que los enemigos de otra especie. Si esto ocurriera durante un combate entre dos especies distintas, abandonarían la lucha para encarnizarse con la egoísta. Este hecho está demostrado por experiencias que no dejan el menor asomo de duda.

O preguntemos a los gorriones que anidan en nuestro jardín si está bien no avisar a toda esta pequeña sociedad que hemos arrojado algunas miguitas de pan en él, con el fin de que todos puedan participar de la comida. Preguntémosles si tal *friquet* (variedad de gorrión) ha obrado bien robando del nido de su vecino las briznas de paja que éste había recogido, y que el ladronzuelo no quiere tomarse el trabajo de recoger por sí mismo. Y los gorriones nos responderán que eso está muy mal hecho, arrojándose todos sobre el ladrón y persiguiéndole a picotazos.

Preguntemos también a las marmotas si está bien cerrar la entrada de su almacén subterráneo a las demás compañeras de colonia, y nos responderán que no, haciendo toda clase de aspavientos a la avariciosa.

Preguntemos, en fin, al hombre primitivo, al *chukche*, por ejemplo, si está bien tomar comida de la tienda de uno de los miembros de la tribu en su ausencia. Responderá que, si el hombre pudiera procurarse el alimento por sí mismo, eso habría sido muy mal hecho, pero que si estaba fatigado o necesitado, debía tomar el alimento allá donde lo encontrara. Mas en este caso habría hecho bien en dejar su gorra o su cuchillo, o siquiera un cabo de cuerda con un nudo, a fin de que el cazador ausente pudiera saber al entrar que tuvo la visita de un amigo, y no la de un merodeador. Esta precaución le hubiera evitado los cuidados que le proporcionara la posible presencia de un merodeador en los alrededores de su tienda.

Millares de hechos semejantes podrían citarse, libros enteros podrían escribirse para mostrar cuán idénticas son las concepciones del bien y del mal, en el hombre y en los animales.

La hormiga, el pájaro, la marmota y el *chukche* salvaje no han leído a Kant ni a los santos padres ni aun a Moisés. Y, sin embargo, todos tienen la misma idea del bien y del mal. Si reflexionamos un momento acerca de lo que hay en el fondo de esa idea, veremos al instante que lo que se reputa bueno entre las hormigas, las marmotas y los moralistas cristianos o ateos es lo que se considera útil para la conservación de la especie, y lo que se reputa malo es lo que se considera perjudicial. No para el individuo, como decían Bentham y Mill, sino claramente para la especie entera.

La idea del bien y del mal no tiene así nada que ver con la religión o la misteriosa conciencia. Es una necesidad de las especies animales. Y cuando los fundadores de religiones, los filósofos y los moralistas, nos hablan de entidades divinas y metafísicas, no hacen más que recordarnos lo que las hormigas, los pájaros, practican en sus pequeñas colectividades:

¿Es útil a la colonia? Luego es bueno. ¿Es nocivo? Entonces es malo.

Esta idea puede hallarse muy restringida entre los animales inferiores o muy desarrollada entre los más avanzados; pero su esencia es siempre la misma.

Para las hormigas no sale del hormiguero. Todas las costumbres sociales, todas las reglas de convivencia, no son aplicables más que a los individuos del mismo hormiguero. Es preciso devolver el alimento a los miembros de la colonia, nunca a los otros. Una colectividad no formará una familia única con otra, a menos que circunstancias excepcionales, tal como la miseria común a las dos lo exijan. Del mismo modo, los gorriones del parque del Luxemburgo de París tolerándose de manera admirable, harán una guerra encarnizada a cualquier otro gorrión de glorieta de Monge que se atreviera a internarse en el Luxemburgo. El *chukche* considerará al *chukche* de otra tribu como un personaje para quien no se aplican las costumbres de la tribu. Incluso le está permitido vender (vender es más o menos robar al comprador: entre los dos hay siempre engaño), mientras sería un crimen vender a los de su propia tribu: a éstos no se vende; se les da, sin poner límites. Y el hombre civilizado, comprendiendo, en fin, las íntimas relaciones, aunque imperceptibles a primera vista, entre sí y el último de los papúas, extenderá sus principios de solidaridad a toda la especie humana y hasta a los animales. La idea se ensancha, pero el fondo es siempre el mismo. Por otra parte, el concepto del bien y del mal varía de acuerdo con el grado de inteligencia o de conocimiento adquiridos. No hay nada inmutable.

El hombre primitivo podía encontrar muy bueno, es decir, muy útil a la raza, comerse a sus padres ancianos cuando llegaban a ser una carga (muy pesada en el fondo) para la comunidad. Podía también encontrar bueno –es decir, para la comunidad– matar a los niños recién nacidos y no guardar más que dos o tres de ellos por familia, para que la madre pudiera amamantarlos hasta la edad de tres años y prodigarles su ternura.

Hoy las ideas han cambiado; pero los medios de subsistencia no son ya lo que eran en la edad de piedra. El hombre civilizado no está en la situación de la familia salvaje de tener que elegir entre dos males: o comerse a los ancianos o alimentarse todos insuficientemente y pronto encontrarse obligados a no poder nutrir ni a los viejos ni a los niños. Hay que imaginarse esas edades, que apenas podemos evocar mentalmente, para comprender que en aquellas circunstancias el hombre semisalvaje pudo pensar con bastante acierto.

Los razonamientos pueden cambiar. La apreciación de lo que es útil o dañino para la raza cambia, pero el fondo es inmutable. Y si se quisiera resumir toda esta filosofía del reino animal en una sola frase se vería que hormigas, pájaros, marmotas y hombres están de acuerdo en un punto.

Los cristianos decían: No hagas a otros lo que no quieres que te hagan. Y añadían: Si no, serás arrojado al infierno.

La moralidad que se desprende de la observación de todo el conjunto del reino animal, superior en mucho a la precedente, puede resumirse así: *Hagamos a los otros lo que quisiéramos que hicieran por nosotros en las mismas circunstancias.*

Y añade ella:

"Observa que esto no es más que un consejo; pero ese consejo es el fruto de una larga experiencia de la vida de los animales sociables y entre la inmensa multitud de los que viven en sociedad, incluso el hombre, obrar según ese principio ha pasado a ser una costumbre. Sin ello, además, ninguna sociedad podría existir, ninguna raza vencer los obstáculos naturales contra los cuales tiene que luchar".

¿Este principio tan sencillo es el que se desprende de la observación de los animales que viven en colectividad y de las sociedades humanas? ¿Es aplicable? ¿Y cómo pasa ese concepto al estado de costumbre, en constante desarrollo? Esto es lo que vamos a examinar ahora.

V

La idea del bien y del mal existe en la humanidad. El hombre, cualquiera que sea el grado de desarrollo intelectual que haya alcanzado, por oscurecidas que estén sus ideas en los prejuicios y el interés personal, considera generalmente como bueno lo que es útil a la sociedad en que vive, y como malo lo que es nocivo.

Mas, ¿de dónde viene esa concepción tan vaga con frecuencia que apenas se podría distinguir de un sentimiento? He ahí millones de seres humanos que nunca han reflexionado en su especie. La mayor parte no conocen más que el clan o la familia, difícilmente la nación –y aún más raramente, la humanidad–. ¿Cómo se pretende que puedan considerar como bueno lo que

es útil a la especie humana, ni aun llegar al sentimiento de solidaridad con su clan, a pesar de sus instintos estrechamente egoístas?

Tal hecho ha preocupado mucho a los pensadores de todas las épocas. Y sigue precupándolos: no termina un año sin libros publicados sobre este asunto. Nos toca dar nuestro enfoque de las cosas: pero digamos de paso que si la explicación del hecho puede variar, el hecho mismo no permanece por ello menos incontestable; y aun cuando nuestra explicación no fuera todavía la verdadera, o no fuera completa, el hecho, con sus lógicas consecuencias para el hombre, siempre persistiría. Podemos no comprender enteramente el origen de los planetas que giran alrededor del sol; los planetas girarán, sin embargo, y uno de ellos nos arrastra consigo en el espacio.

Ya hemos hablado de la explicación religiosa. Si el hombre distingue entre el bien y el mal, dicen los hombres religiosos, es que Dios le ha inspirado esta idea. Útil o nociva, no admite discusión; no hay más sino obedecer a la idea de su creador. No nos detengamos en esta explicación, fruto del terror y de la ignorancia del salvaje. Pasemos.

Otros, como Hobbes, intentaron explicarla por la ley. Sería la ley la que habría desarrollado en el hombre el sentimiento de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal. Nuestros lectores apreciarán por sí mismos esta explicación.

Saben que la ley ha utilizado sencillamente las aspiraciones sociales del hombre para introducir, con preceptos de moral que iba a aceptar, órdenes útiles a la minoría de los explotadores, órdenes que él rechazaba. Ha pervertido el sentimiento de justicia en lugar de desarrollarlo. Prosigamos aún.

No nos detengamos tampoco en la de los utilitarios. Quieren que el hombre obre moralmente por interés personal, y olvide sus sentimientos de solidaridad con la raza entera que existen, cualquiera que sea su origen. Hay algo de verdad en ello, pero no es aún toda la verdad. Sigamos adelante.

Corresponde otra vez y siempre a los pensadores del siglo XVIII la gloria de haber adivinado, en parte por lo menos, el origen del sentimiento moral. En un libro soberbio, que la clerigalla ha silenciado, y es, en efecto, poco conocido por la mayor parte de los pensadores, hasta por los antirreligiosos, Adam Smith ha

puesto el dedo sobre el verdadero origen del sentimiento moral. No va a buscarlo en las ideas religiosas o místicas; lo encuentra en el simple sentimiento de simpatía.

Vemos que un hombre pega a un niño; comprendemos que el niño apaleado sufre; nuestra imaginación nos hace sentir el mal que se le inflige, o sus lloros, su dolorida carita nos lo dice. Y si no somos cobardes, nos arrojamos sobre el hombre que pega al niño, lo arrancamos a este desaprensivo.

Este ejemplo por sí solo explica casi todos los sentimientos morales. Cuanto más poderosa es nuestra imaginación, mejor podemos comprender lo que siente un ser que atormentan, y más intenso, más delicado será nuestro sentimiento moral. Cuanto más compelido nos veremos a sustituir a ese otro individuo, con mayor agudeza sentiremos el mal que se le haga, la injuria que le ha sido inferida, la injusticia de la cual ha sido víctima; mayor será nuestra inclinación a actuar para impedir el mal, la injuria o la injusticia. Y cuanto más habituado estaremos por las circunstancias, por los que nos rodean, o por la intensidad de nuestro propio pensamiento y de nuestra propia imaginación a obrar en el sentido en que el pensamiento y la imaginación nos empujan, mayor crecerá en nosotros ese sentimiento moral, convirtiéndose en costumbre.

Eso es lo que Adam Smith desarrolla con abundancia de ejemplos. Era joven cuando escribió ese libro, infinitamente superior a su obra senil: *La economía política*. Libre de todo prejuicio religioso, buscó la explicación en un hecho físico de la naturaleza humana: por eso durante un siglo la clerigalla con o sin sotana ha hecho el silencio alrededor de este libro.

La única falta de Adam Smith está en no haber comprendido que tal sentimiento de simpatía, convertido en hábito, existe entre los animales al igual que en el hombre.

A pesar de los vulgarizadores de Darwin, ignorando en él todo lo que no sacó de Malthus, el sentimiento de solidaridad es el rasgo predominante de la existencia de todos los animales que viven en sociedad. El águila devora al gorrión; el lobo, a las marmotas; pero las águilas y los lobos se ayudan entre sí para cazar; y los gorriones y las marmotas se prestan solidaridad también contra los animales de presa, pues sólo los torpes caen. En toda sociedad animal la solidaridad es una ley (un hecho

general) de la naturaleza, infinitamente más importante que esa lucha por la existencia, cuya virtud nos cantan los burgueses en todos los tonos, a fin de mejor embrutecernos.

Cuando estudiamos el mundo animal y queremos comprender la razón de la lucha por la existencia, sostenida por todos los seres vivientes contra las circunstancias adversas y contra sus enemigos, constatamos que cuanto mejor se ha desarrollado el principio de solidaridad igualitaria en una sociedad animal convirtiéndose en costumbre, mayores posibilidades de supervivencia tiene para salir trunfante de la lucha contra las intemperies y sus enemigos. Más aún, cuando cada miembro de la sociedad comprende la solidaridad para con los demás, mejor se desarrollan en todos esas dos cualidades que son los factores principales de la victoria y del progreso: de una parte el valor, y la libre iniciativa del individuo, de la otra. Y cuando más, por el contrario, tal colonia o tal pequeño grupo de animales pierde ese sentimiento de solidaridad (lo que sucede a consecuencia de una excepcional miseria o de una excepcional abundancia de alimento) tanto más los otros dos factores del progreso –valor y la iniciativa individual– disminuyen, terminando por desaparecer, y la sociedad, llegada la decadencia sucumbe ante sus enemigos. Sin confianza mutua no hay lucha posible, no hay valor, no hay iniciativa, no hay solidaridad, no hay victoria; es la derrota segura.

Volveremos algún día sobre este asunto, y podremos demostrar, con lujo de pruebas, cómo en el mundo animal y humano la ley del apoyo mutuo es la ley del progreso; y cómo el apoyo mutuo, con el valor y la iniciativa individual que de él proviene, aseguran la victoria a la especie que mejor lo sabe practicar. De momento nos bastaría hacer constar el hecho. El lector comprenderá por sí mismo toda su importancia en la cuestión que nos ocupa.

Imagínese ahora ese sentimiento de solidaridad actuando a través de los millones de edades que se han sucedido desde que los primeros seres animados han aparecido sobre el globo; imagínese cómo ese sentimiento llegaba a ser costumbre y se transmitía por herencia desde el organismo microscópico más sencillo hasta sus descendientes –los insectos, los reptiles, los mamíferos y el hombre–, y se comprenderá el origen del sentimiento moral, que es una necesidad para el animal, como el alimento o el órgano destinado a digerirlo.

He ahí, sin remontarnos más lejos (pues aquí no sería preciso hablar de los animales complicados, originarios de colonias de pequeños seres extremadamente sencillos) el origen del sentimiento moral. Hemos debido ser en extremo concisos para desarrollar esta gran cuestión en el espacio de algunas páginas; pero eso basta ya para ver en ello que no hay nada místico ni sentimental. Sin esa solidaridad del individuo con la especie, nunca el mundo animal se hubiera desarrollado ni perfeccionado. El ser más adelantado en la tierra sería aún uno de esos pequeños grumos que flotan en las aguas y que apenas se perciben con el microscopio. Ni aun existirían porque las primeras agregaciones de células: ¿no son ya un acto de asociación para la lucha?

VI

Así vemos que observando las sociedades animales –no como burgueses interesados, sino como simples observadores inteligentes– se llega a hacer constar que este principio, trata a los otros como si quisiera ser tratado por ellos en análogas circunstancias, se encuentra donde quiera que la asociación existe.

Y cuando se estudia más de cerca el desarrollo o la evolución del mundo animal, se descubre, con el zoólogo Kessler y el economista Chernychevsky, que este principio, traducido en una sola palabra, solidaridad, ha tenido en el desenvolvimiento de los animales una parte infinitamente mayor que todas las adaptaciones que puedan resultar de las luchas individuales por la adquisición de personales ventajas.

Es evidente que la práctica de la solidaridad se encuentra todavía más en las sociedades humanas. Las agrupaciones de monos, las más elevadas en la escala animal, nos ofrecen ya una práctica de la solidaridad de las más atractivas. El hombre avanza todavía un paso en este camino, y únicamente eso le permite conservar su endeble especie, en medio de los obstáculos que le opone la naturaleza, y desenvolver su inteligencia.

Cuando se estudian las sociedades primitivas que se hallan hasta el presente en la edad de piedra, se ve en sus pequeñas comunidades la solidaridad practicada en su más alto grado para todos sus miembros.

He ahí por qué este sentimiento, esta práctica de la solidaridad no cesan nunca, ni aun en las épocas peores de la historia; aun cuando las circunstancias temporales de dominación, de servidumbre, de explotación, hacen desconocer este principio de solidaridad, permanece siempre en el pensamiento de la mayoría de tal modo que conduce a reacciones contra las malas instituciones, por la revolución. Es comprensible: sin ellas la sociedad debería perecer.

Para la inmensa mayoría de los animales y de los hombres, ese sentimiento se halla, y debe hallarse, convertido en hábito adquirido, de principio permanente en el espíritu, por más que se desconozca con frecuencia en los hechos.

Es toda la evolución del reino animal la que habla con nosotros. Y es larga, muy larga: cuenta cientos de millones de años.

Aun cuando quisiéramos liberarnos de ella, no podríamos. Sería más fácil al hombre habituarse a andar en cuatro pies que librarse del sentimiento moral. Es anterior en la evolución animal a la posición recta del hombre. El sentido moral es en nosotros una facultad natural, igual que el sentido del olfato y del tacto.

En cuanto a la Ley y a la Religión, que también han predicado este principio, sabemos que sencillamente lo han escamoteado para con él cubrir su mercancía; sus prescripciones favorecen al conquistador, al explotador y al clérigo. Sin el principio de solidaridad, cuya justeza está generalmente reconocida, ¿cómo habrían tenido ascendiente sobre el espíritu? Con él se cubrían una a otra a semejanza de la autoridad, la cual también consiguió imponerse, declarándose protectora de los débiles contra los fuertes.

Arrojando por la borda la Ley, la Religión y la Autoridad, vuelve la humanidad a tomar posesión del principio moral, que se dejó arrebatar, a fin de someterlo a la crítica y de purgarlo de las adulteraciones con las que el clérigo, el juez y el gobernante lo habían emponzoñado y lo emponzoñan todavía.

Pero negar tal principio porque la Iglesia y la Ley lo han explotado sería tan poco razonable como declarar que uno no se lavará nunca, que comerá cerdo infectado de triquinas y que no se querrá la posesión en común del suelo, porque el Corán prescribe lavarse todos los días, porque el higienista Moisés prohibía a los hebreos que comieran cerdo, o porque el Sharia (el suplemento del Corán) quiere que toda la tierra que permanezca inculta durante tres años vuelva a la comunidad.

Además, ese principio de tratar a los demás como uno quiere ser tratado, ¿qué es sino el genuino principio de la igualdad, el principio fundamental de la Anarquía? ¿Y cómo puede uno llegar a creerse anarquista sin ponerlo en práctica?

No queremos ser gobernados. Pero por eso mismo, ¿no declaramos que no queremos gobernar a nadie? No queremos ser engañados, queremos que siempre se nos diga sólo la verdad. Pero con esto, ¿no declaramos que nosotros no queremos engañar a nadie, que nos comprometemos a decir siempre la verdad, nada más que la verdad? No queremos que se nos roben los frutos de nuestro trabajo. Pero, con eso, ¿no declaramos respetar los frutos del trabajo ajeno?

¿Con qué derecho, en efecto, pediríamos que se nos tratase de cierta manera, reservándonos tratar a los demás de un modo completamente opuesto? Seríamos acaso como el oso blanco[3] de los kirghises que puede tratar a los demás como se le antoja?

Nuestro sencillo concepto de igualdad se subleva ante esta idea.

La igualdad en las relaciones mutuas, y la solidaridad que de ella resulta necesariamente: he ahí el arma más poderosa del mundo animal en su lucha por la existencia.

Y la igualdad es la equidad.

Llamándonos anarquistas declaramos por adelantado que renunciamos a tratar a los demás como nosotros no quisiéramos ser tratados por ellos; que no toleramos ya la desigualdad, lo cual permitiría a alguno de entre nosotros ejercitar la violencia o la astucia o la habilidad del modo que nos desagradaría a nosotros mismos. Pero la igualdad en todo –sinónimo de equidad– es la anarquía misma. ¡Al diablo el oso blanco que se abroga el derecho de engañar la sencillez de los otros! No lo queremos y lo suprimimos por necesidad. No es únicamente a esa trinidad abstracta de Ley, Religión y Autoridad a la que declaramos la guerra.

Siendo anarquistas, declaramos la guerra al cúmulo de embustes, de astucia, de explotación, de depravación, de vicio, en una palabra de desigualdad, que han vertido en los corazones de todos nosotros. Declaramos la guerra a su manera de obrar y pensar. El gobernado, el engañado, el explotado, la prostituta, etc., hieren ante todo nuestros sentimientos de igualdad. En el nombre de la Igualdad, no queremos ya ni prostitutas, ni explotados, ni engañados, ni gobernados.

---

[3] En referencia al zar.

Se nos dirá acaso, se ha dicho alguna vez: "Pero si usted piensa que es preciso tratar siempre a los demás como usted quiere ser tratado, ¿con qué derecho usa la fuerza en determinadas circunstancias? ¿Con qué derecho dirigir los cañones contra los bárbaros o civilizados que invaden su país?, ¿Con qué derecho matar no sólo a un tirano, sino una simple víbora?

¿Con qué derecho? ¿Qué entiende usted con esta palabra extraña sacada de la Ley? ¿Quiere saber si yo tendría conciencia de obrar bien haciendo eso? ¿Si quienes estimo encontrarán que he hecho bien? ¿Es eso lo que usted me pregunta? En ese caso, nuestra contestación es sencilla.

Desde luego sí; porque nosotros pediríamos que se nos mate, sí, como animales venenosos, si fuésemos a hacer una invasión al Tonkín, o a tierras de los zulúes, cuyos habitantes no nos han hecho nunca mal alguno. Decimos a nuestros hijos: "Mátame, si me paso al partido de los invasores".

Desde luego sí; porque pedimos se nos desposea, si un día, mintiendo a nuestros principios, nos apoderamos de una herencia –aun caída del cielo, herencia– para emplearla en la explotación de los demás.

Desde luego sí; porque todo hombre sensible pide que antes se lo aniquile que llegar a ser víbora; que se le hunda un puñal en el corazón, si alguna vez ocupara el lugar de un tirano destronado.

De cien hombres con mujer e hijos habrá noventa que, sintiendo la proximidad de la locura (la pérdida del registro cerebral en sus acciones), intentarán suicidarse por miedo de dañar a los que aman. Cada vez que un hombre sensible comprende que se hace peligroso para quienes quiere, prefiere morir antes que llegar a tal extremo.

Cierto día, en Irkurtsk, un médico polaco y un fotógrafo fueron mordidos por un perrito rabioso. El fotógrafo se quemó la herida con hierro candente, el médico se limitó a cauterizarla. Era joven, hermoso, rebosando salud; acababa de salir del presidio al que el gobierno lo había condenado por su adhesión a la causa del pueblo. Fuerte con su saber y, sobre todo, con su inteligencia, hacía curas maravillosas; los enfermos lo adoraban. Seis semanas más tarde se percató de que el brazo mordido comenzaba a inflamarse. Siendo médico, no podía equivocarse: era la rabia que se manifestaba. Corrió a casa de un amigo, doctor desterrado como

él. "¡Pronto, venga la estricnina, te lo ruego! ¿Ves este brazo? ¿Sabes lo que es? Dentro de una hora, o menos, seré presa de la rabia; intentaré morderte a ti y a los amigos; no pierdas tiempo; venga la estricnina; es preciso morir." Se sentía víbora y quería que se lo matara.

El amigo vaciló, quiso ensayar un tratamiento antirrábico. Con una mujer animosa, ambos se pusieron a cuidarlo.... y dos horas después, el doctor, echando espuma, se arrojaba sobre ellos pretendiendo morderlos. Después volvía en sí, reclamaba la estricnina, y rabiaba de nuevo. Murió en medio de horrorosas convulsiones.

¡Cuántos hechos similares podríamos citar basados en nuestra propia experiencia! El hombre valeroso prefiere morir antes de llegar a ser la causa del mal de otros. Por esto tendrá conciencia de proceder bien y la aprobación de los que estima lo seguirá si mata a la víbora o al tirano.

Perovskaya y sus amigos mataron al zar ruso. Y la humanidad entera, a pesar de su repugnancia por la sangre vertida, a pesar de sus simpatías por quien permitió liberar a los siervos, les reconoció este derecho.

¿Por qué? No por reconocer el acto útil, las tres cuartas partes dudan aún, sino por comprender que por todo el oro del mundo Perovskaya y sus amigos no habrían consentido en llegar a ser tiranos a su vez. Quienes ignoran los detalles de todo el drama están seguros, sin embargo, de que no fue una bravuconada de jóvenes, un crimen palaciego, ni la ambición del poder; era el odio a la tiranía hasta el desprecio de sí mismo, hasta la muerte.

"Aquéllos –se dijo– habían conquistado el derecho a matar". Como se dijo de Luisa Michel: "Tenía el derecho de saquear", o todavía: "Ellos tenían el derecho de robar", hablando de esos terroristas que vivían de pan seco y que robaban un millón o dos al tesoro de Kichineff, tomando con el riesgo de sus propias vidas todas las precauciones posibles para evitar la responsabilidad del centinela que custodiaba la caja con bayoneta calada.

Este derecho de usar de la fuerza, la humanidad no lo rehúsa jamás a los que lo han conquistado: que valga este derecho sobre las barricadas o en la sombra de una esquina. Pero para que tal acto produzca profunda impresión en los espíritus es preciso conquistar ese derecho. De no ser así el acto –útil o no– quedaría

como un simple hecho brutal, sin importancia para el progreso de las ideas. No se vería en él más que una suplantación de fuerza, una sencilla sustitución de un explotador por otro.

VII

Hasta ahora, hemos hablado de acciones conscientes, reflexivas del ser humano (de las que hacemos a sabiendas). Pero al lado de la vida consciente, encontramos la vida inconsciente, infinitamente más vasta, y demasiado ignorada por lo pasado. Sin embargo, basta observar la manera cómo nos vestimos por la mañana, esforzándonos por abrochar un botón que sabemos haber perdido la víspera, o llevando la mano para tomar un objeto que nosotros mismos hemos cambiado de lugar, para tener idea de esa vida inconsciente y concebir el inmenso papel que desempeña en nuestra existencia.

Las tres cuartas partes de nuestras relaciones con los demás son actos de esa vida inconsciente. Nuestra manera de hablar, de sonreír o de fruncir las cejas, de acalorarnos en la discusión o de permanecer quietos; todo eso lo hacemos sin darnos cuenta de ello, por simple hábito, ya heredado de nuestros antepasados humanos o prehumanos (no hay más que ver la semejanza en la expresión del hombre y del animal cuando uno y otro se enfadan) o adquirido consciente o inconscientemente.

Nuestro modo de actuar para con los demás pasa así al estado de hábito. El hombre que haya adquirido más costumbres morales será ciertamente superior a ese buen cristiano que pretende siempre ser empujado por el diablo a hacer el mal, y que no puede impedirlo más que evocando las penas del infierno o los goces del paraíso.

Tratar a los demás como él mismo quisiera ser tratado, pasa en el hombre y en los animales sociales al estado de simple costumbre; de modo que generalmente el hombre ni se pregunta cómo debe obrar en tal circunstancia. Obra mal o sin reflexionar. Sólo en circunstancias excepcionales, en presencia de un caso complejo, o bajo el impulso de una pasión ardiente, vacila y entonces las diversas partes de su cerebro (órgano muy complejo, cuyas partes distintas funcionan con cierta independencia), entran en lucha.

Entonces sustituye con la imaginación a la persona que está enfrente de él, se pregunta si le agradaría ser tratado de la misma manera; y su decisión será tanto más moral cuanto mejor identificado esté con la persona a la cual estaba a punto de herir en su dignidad o en sus intereses. O un amigo intervendrá y le dirá: "Imagínate tú en su lugar. ¿Es que tú habrías soportado ser tratado por él como lo acabas de tratar?". Y eso basta.

Así sólo en un momento de vacilación se acude al principio de igualdad, mientras que en un noventa y nueve por ciento de los casos obramos moralmente por costumbre.

Se habrá notado ciertamente que en todo lo que hemos dicho hasta ahora no hemos tratado de imponer nada. Hemos expuesto sencillamente cómo las cosas pasan en el mundo animal y entre los hombres.

La Iglesia amenazaba en otro tiempo a los hombres con el infierno para moralizarles, y sabemos cómo lo ha conseguido: desmoralizándolos. El juez amenaza con la argolla, con el látigo, con la horca, siempre en nombre de esos mismos principios de sociabilidad que ha escamoteado a la sociedad, desmoralizándola. Y los autoritarios de toda clase claman también contra el peligro social a la sola idea de que el juez pueda desaparecer de la tierra al mismo tiempo que el cura.

Ahora bien, nosotros no tememos renunciar al juez y a la condena. Incluso renunciamos, con Guyau, a todo tipo de sanción, de obligación moral. No tememos decir: "Haz lo que quieras y como quieras" porque estamos persuadidos de que la inmensa mayoría de los hombres, a medida que sean más ilustrados y se liberen de las trabas actuales, hará y obrará siempre en una dirección determinada, útil a la sociedad, como estamos persuadidos de antemano que el niño andará un día de pie, y no a gatas, sencillamente porque ha nacido de padres que pertenecen a la especie humana.

Todo lo que podemos hacer es dar un consejo, y aun dándolo añadimos: "Ese consejo no tendrá valor más que si tú mismo reconoces, por la experiencia y la observación, que es bueno seguirlo".

Cuando vemos a un joven doblar la espalda encogiendo de este modo su pecho y sus pulmones, le aconsejamos que se enderece, que mantenga la cabeza levantada y el pecho abierto,

que aspire el aire a plenos pulmones ensanchándolos, porque en esto encontrará la mejor garantía contra la tisis. Pero al mismo tiempo le enseñamos la fisiología, a fin de que conozca las funciones de los pulmones y escoja por sí mismo la postura que más le conviene.

Es también cuanto podemos hacer en cuestión de moral. Sólo tenemos el derecho de dar un consejo, al que debemos todavía añadir: "Síguelo, si te parece bueno".

Pero dejando a cada uno actuar como mejor le parezca, negando a la sociedad el derecho de castigar a quién sea y como sea, por cualquier acto antisocial que haya cometido, no renunciamos a nuestra facultad de amar lo que nos parezca bueno y odiar lo que nos parezca malo. Amar y odiar, porque sólo quienes saben odiar, saben amar. Nos reservamos eso, y puesto que ello sólo basta a toda sociedad animal para mantener y desenvolver los sentimientos morales, bastará además a la especie humana.

Sólo pedimos una cosa, eliminar cuanto en la sociedad actual impide el libre desenvolvimiento de estos dos sentimientos, cuanto falsea nuestro juicio: el Estado, la Iglesia, la explotación, el juez, el clérigo, el gobernante, el explotador.

Hoy, al ver un Jack el destripador degollar en poco tiempo a diez mujeres entre las más pobres, las más miserables –y moralmente superiores a las tres cuartas partes de los ricos burgueses–, nuestra primer sentimiento es el del odio. De encontrarlo el día en que degolló a esa mujer que quería hacerse pagar por él los treinta centavos de su tugurio, le habríamos pegado un tiro en el cráneo, sin reflexionar que hubiera sido mejor colocarlo en el cráneo del propietario.

Pero cuando nos volvemos a acordar de todas las infamias que lo condujeron a cometer esos asesinatos, cuando pensamos en las tinieblas en que merodea, perseguido por las imágenes de libros inmundos o por pensamientos sugeridos por libros estúpidos, nuestro sentimiento se matiza. Y el día en que veamos a Jack en poder de un juez quien por si solo masacró rígidamente diez veces más vidas humanas, hombres, mujeres y niños que todos los Jack; en que lo veamos en las manos de esos fríos maníacos o de esas gentes que envían a un Borrás al presidio para demostrar a los burgueses que están velando por

ellos, entonces todo nuestro odio contra Jack el destripador desaparecerá. Se trasladará a otra parte, se transformará en odio contra la sociedad cobarde e hipócrita, contra sus representantes reconocidos. Todas las infamias de un destripador desaparecen ante esta serie secular de infamias cometidas en nombre de la Ley. Es a ello a quien odiamos.

Hoy nuestro sentimiento se amplía continuamente. Comprendemos que todos somos, más o menos voluntaria o involuntariamente, cómplices de esta sociedad. No nos atrevemos ya a odiar. ¿Osamos acaso amar? En una sociedad basada en la explotación y la servidumbre, la naturaleza humana se degrada.

Pero, a medida que la servidumbre vaya desapareciendo, volveremos a posesionarnos de nuestros derechos; sentiremos la fuerza de odiar y de amar, aun en casos tan complicados como el que acabamos de citar.

En cuanto a nuestra vida de cada día, damos ya libre curso a nuestras simpatías o antipatías; lo hacemos a cada momento.

Todos amamos la fuerza moral y despreciamos la debilidad moral, la cobardía. A cada instante nuestras palabras, nuestras miradas y nuestras sonrisas expresan nuestro gozo a la vista de actos útiles a la raza humana, los que consideramos buenos. A cada instante manifestamos por nuestras miradas y nuestras palabras la repugnancia que nos inspiran la cobardía, la mentira, la intriga, la falta de valor moral. Traicionamos nuestro asco, incluso cuando bajo la influencia de una educación de la etiqueta, es decir, la hipocresía, procuramos aún disimular este asco bajo apariencias falaces, que desaparecerán a medida que las relaciones de igualdad se establezcan entre nosotros.

Y esto sólo basta ya para mantener a cierto nivel la concepción del bien y del mal y transmitírsela mutuamente. Eso bastará cuando ya no haya ni juez ni cura en la sociedad. Será mejor porque los principios morales perderán todo carácter de obligación, siendo considerados como simples relaciones entre iguales.

Y, sin embargo, a medida que esas simples relaciones se establecen, un nuevo concepto moral aún más elevado surge en la sociedad y lo vamos a analizar.

VIII

Hasta ahora, en todo nuestro análisis sólo hemos expuesto meros principios de igualdad. Nos hemos rebelado y hemos invitado a los demás a rebelarse contra quienes se arrogan el derecho de tratar a otros como ellos no quisieran de ninguna manera ser tratados; contra quienes no querrían ni ser engañados, ni explotados, ni embrutecidos, ni prostituidos, pero que así actúan para con los demás. La mentira, la brutalidad, etc., como hemos dicho, son repugnantes no porque los desaprueban los códigos de moralidad –desconocemos estos códigos–, son asquerosos, porque la mentira, la brutalidad, etc., se oponen a los sentimientos de igualdad de aquel para quien la igualdad no es una vana palabra; escandalizan, sobre todo, a quien es realmente anarquista en su manera de pensar y actuar.

Pero sólo este principio tan sencillo, tan natural y tan evidente –de aplicarse generalmente en la vida– constituiría ya una moral muy elevada, abarcando cuanto los moralistas han pretendido enseñar.

El principio igualitario resume las enseñanzas de los moralistas. En él cabe también algo más, que es el respeto del individuo. Al proclamar nuestra moral igualitaria y anarquista, rechazamos adjudicarnos el derecho que los moralistas siempre han pretendido ejercer: el de mutilar al individuo en nombre de determinado ideal que creían bueno. Nosotros no reconocemos ese derecho a nadie, no lo queremos para nosotros.

Reconocemos la libertad plena y entera del individuo; queremos la plenitud de su existencia, el libre desarrollo de sus facultades. No queremos imponerle nada, volviendo así al principio que Fourier oponía a la moral de las religiones, al decir: "Dejemos a los hombres absolutamente libres, no los mutilemos; bastante lo han hecho las religiones. No temamos siquiera sus pasiones; en una sociedad libre no representarán ningún peligro".

Con tal de que no abdiquemos de la libertad, con tal de que no os dejemos esclavizar por los demás, y con tal de que opongamos a las pasiones violentas de tal indivuo nuestras pasiones sociales, tan vigorosas, no tenemos que temer nada de la libertad[4].

[4] Entre todos los autores modernos, Ibsen, que pronto se va a leer en Francia con pasión, como se lo lee en Inglaterra, ha formulado mejor estas ideas en sus dramas. Otro anarquista sin saberlo. [N.de A.]

Renunciamos a mutilar al individuo en nombre de cualquier ideal; cuanto nos reservamos es el expresar francamente nuestras simpatías y antipatías hacia lo que encontramos bueno o malo. Fulano engaña a sus amigos. ¿Es su voluntad, su carácter? Admitamos que así sea. Ahora bien, es propio de nuestro carácter, de nuestra voluntad, menospreciar al embustero. Y puesto que tal es nuestro carácter, seamos francos. No nos precipitemos hacia él para abrazarlo y tomarle la mano con cariño, como se hace hoy. A su pasión activa, opongamos la nuestra, tan activa y enérgica.

Es cuanto tenemos el derecho y el deber de hacer para mantener en la sociedad el principio igualitario; más aún, es el principio de igualdad puesto en práctica[5].

Todo esto, desde luego, sólo se hará del todo cuando hayan dejado de existir las grandes causas de depravación, capitalismo, religión, justicia, gobierno. Pero puede hacerse ya en gran parte hoy. Ya se hace.

Sin embargo, si las sociedades no conocieran más que ese principio de igualdad, si cada uno, ateniéndose al concepto de equidad mercantilista, dejara en todo momento de dar a los otros algo más de lo que él recibe de ellos, sería la muerte de la sociedad.

El mismo principio de igualdad desaparecería de nuestras relaciones, puesto que para mantenerlo es preciso que algo más grande, más bello, más vigoroso que la mera equidad, se produzca sin cesar en la vida.

Y esto se produce.

Hasta ahora no le han faltado nunca a la humanidad grandes corazones que, desbordando de ternura, de ingenio o de voluntad, empleaban su sentimiento, su inteligencia o su fuerza de acción al servicio de la raza humana, sin exigirle nada a cambio.

Esa fecundidad del espíritu, de la sensibilidad o de la voluntad cobra todas las formas posibles. Es el investigador apasionado de la verdad, que, renunciando a todos los demás placeres de la vida, se entrega con afán a la investigación de lo que él cree ser verdadero y justo, en contra de las afirmaciones de los ignorantes que lo rodean. Es el inventor que vive al día, olvida

[5] Ya oímos decir: "¿Y el asesino? ¿Y el que corrompe menores?". Nuestra respuesta es corta. El criminal que mata por sed de sangre es un caso muy limitado. Es un enfermo que hay que curar o evitar. En cuanto al depravado, velemos primero porque la sociedad no pervierta los sentimientos de nuestros hijos, y entonces no tendremos nada que temer de esos señores. [N.de A.]

hasta el alimento y apenas toca el pan que una mujer, entregada a él, le hace comer como a un niño, mientras él va siguiendo su invención, destinada, según él, a cambiar la faz del mundo. Es el revolucionario ardiente, para quien todos los goces del arte, de la ciencia, de la misma familia, parecen áridos en tanto no estén compartidos por todos, dedicándose a regenerar el mundo a pesar de la miseria y de las persecuciones. Es el joven que al oír relatar las atrocidades de los invasores, creyendo a ciegas en las leyendas del patriotismo que le han contado, iba a inscribirse en un cuerpo de voluntarios, andaba por la nieve, sufriendo el hambre y terminaba por caer bajo las balas.

Es el niño de París, mejor inspirado y dotado de inteligencia más fecunda, escogiendo mejor sus aversiones y sus simpatías, que corría a las murallas con su hermanito, quedaba bajo la lluvia de los obuses y moría murmurando: ¡Viva la Comuna! Es el hombre que se rebela por ver una iniquidad sin preguntarse qué resultará de ello y, cuando todos se agachan, desenmascara la iniquidad, golpea al explotador, al tiranuelo de la fábrica o al gran tirano de un imperio. Son, por fin, todas estas entregas innumerables, menos llamativas y por eso desconocidas, poco conocidas casi siempre, que se pueden ver constantemente, sobre todo en la mujer, con tal de que uno se ponga a abrir los ojos y notar lo que constituye el fondo de la humanidad, permitiéndole incluso arreglárselas a pesar de la explotación y la opresión que sufre.

Aquellos fraguan, unos en la oscuridad, otros en un escenario más amplio, los verdaderos progresos de la humanidad. Y la humanidad lo sabe. Por eso rodea sus vidas de respeto, de leyendas. Hasta los embellece y los hace héroes de sus cuentos, de sus canciones, de sus novelas. Ama en ellos el valor, la bondad, el amor y la dedicación que falta a la mayoría. Transmite sus recuerdos a sus hijos, se acuerda hasta de los que no han trabajado más que en el estrecho círculo de la familia y de los amigos, venerando su memoria en las tradiciones familiares.

Aquellos constituyen la verdadera moralidad –la única, por otra parte, digna de tal nombre–, no siendo el resto sino sencillas relaciones de igualdad. Sin esas valentías y dedicaciones, la humanidad se habría embotado en el lodazal de mezquinos cálculos. Estas cualidades, en fin, preparando la moralidad del porvenir, la que vendrá cuando, dejando de atesorar, nuestros

hijos crezcan con la idea de que el mejor uso de toda cosa, de toda energía, de todo valor, de todo amor, está donde la necesidad de esta fuerza se siente con mayor viveza.

Esos ánimos, esas entregas, han existido en todas las épocas. Se las encuentra en todos los animales. Se las encuentra en el hombre hasta en los períodos de mayor embrutecimiento. Y en todo tiempo las religiones han procurado apropiárselas, acuñarlas en su propia ventaja. Y si las religiones viven todavía es porque, aparte de la ignorancia, siempre han acudido precisamente a esas dedicaciones y valentías. A ellas acuden también los revolucionarios, sobre todo los revolucionarios socialistas.

Para explicarlas, los moralistas religiosos, utilitarios y otros, han caído a su vez en los errores que ya hemos señalado.

Corresponde a ese joven filósofo, Guyau –a ese pensador anarquista sin saberlo– haber indicado el verdadero origen de tales dedicaciones y valentías, fuera de cualquier fuerza mística, de todos los cálculos mercantiles, extrañamente imaginados por los utilitarios de la escuela inglesa.

Allá donde las filosofías kantiana, positivista y evolucionista han fracasado, la filosofía anarquista ha encontrado el verdadero camino.

Su origen, ha dicho Guyau, es el sentimiento de su propia fuerza, es la vida que se desborda, que busca propagarse. "El sentir interiormente lo que uno es capaz ya es la primera toma de conciencia de lo que uno tiene el deber de hacer".

El sentimiento moral del deber, que cualquier ser humano ha experimentado en su vida y que se ha intentado explicar por todos los misticismos, "el deber no es otra cosa que una superabundancia de vida, que necesita ejercitarse, darse; es al mismo tiempo el sentimiento de un poder".

Toda energía acumulada crea una presión sobre los obstáculos colocados ante ella. Poder obrar es deber obrar. Y toda esa "obligación" moral, sobre la que se ha hablado y escrito tanto, despojada de toda suerte de misticismos, se reduce a esta verdadera concepción: la vida no puede mantenerse sino a condición de propagarse.

"La planta no puede impedir su florecimiento. Algunas veces, florecer para ella es morir. ¡No importa, la savia sube siempre!", concluye el joven filósofo anarquista.

Lo mismo le sucede al ser humano cuando está pletórico de fuerza y de energía. La fuerza se acumula en él para que propague su vida, dándola sin contar, sin lo cual no viviría. Y si debe perecer, como la flor, al florecer, no importa; la savia sube, si la hay.

Sé fuerte: desborda de energía pasional e intelectual, y verterás sobre los otros tu inteligencia, tu amor, tu fuerza de acción.

He ahí a qué se reduce toda la enseñanza moral, despojada de las hipocresías del ascetismo oriental.

IX

Lo que la humanidad admira en el hombre verdaderamente moral es la fuerza, la exuberancia de la vida que lo empujan a dar su inteligencia, sus sentimientos, sus actos, sin pedir nada en cambio.

El hombre fuerte de pensamiento, el hombre exuberante de vida intelectual, procura naturalmente esparcirla. Pensar sin comunicar su pensamiento a los demás carecería de atractivo. Sólo el hombre pobre en ideas, después de haber concebido una con trabajo, la oculta cuidadosamente para ponerle más tarde la estampilla de su apellido. El hombre de poderosa inteligencia desborda de ideas, las siembra a manos llenas; sufre si no puede compartirlas, lanzarlas a los cuatro vientos; en ello está su vida.

Lo mismo sucede con el sentimiento –"no nos bastamos a nosotros mismos, tenemos más lágrimas que las necesarias para nuestros propios dolores, más alegrías en reserva que las justificadas para nuestra propia existencia"– ha dicho Guyau, resumiendo así toda la cuestión moral en algunas líneas tan atinadas, inspiradas en la naturaleza. El ser solitario sufre, es presa de cierta inquietud, porque no puede compartir su pensamiento, sus sentimientos, con los demás. Cuando experimentamos un gran placer, querríamos hacer saber a los demás que existimos, que sentimos, que amamos, que vivimos, que luchamos, que combatimos.

Al mismo tiempo sentimos la necesidad de ejercitar nuestra voluntad, nuestra fuerza activa. Obrar, trabajar se han convertido en una necesidad para la inmensa mayoría de los seres humanos, de modo que cuando unas condiciones absurdas alejan al hombre o a la mujer del trabajo útil, inventan tareas, obligaciones fútiles e insensatas para abrir un ámbito a su fuerza de

acción. Inventan cualquier cosa –una teoría, una religión, un "deber social"– para persuadirse de que están haciendo algo útil. Si bailan es por caridad, si se arruinan con sus tocados es para mantener la aristocracia a su debida altura, si no hacen absolutamente nada, es por principio.

"Hay necesidad de ayudar a los demás, empujar al pesado vehículo que arrastra trabajosamente la humanidad ; en todo caso se bulle de actividades en su derredor", dice Guyau. Semejante necesidad de ayuda es tan grande, que se la encuentra en todos los animales sociables, por inferiores que sean. Y toda esta inmensa actividad que cada día se gasta con tan poco provecho en política, ¿qué es sino la necesidad de empujar al vehículo o bullir de actividades en torno suyo?

Por cierto, esta "fecundidad de la voluntad", esta sed de acción, cuando sólo va acompañada de una sensiblería pobre y de una inteligencia incapaz de crear, no dará más que un Napoleón I o un Bismarck, locos que querían hacer marchar el mundo al revés. Por otra parte, una fecundidad del espíritu, despojada, sin embargo, de sensibilidad, se desarrollará dando frutos secos, los sabios que no hacen sino detener el progreso de la ciencia. Y por fin, la sensibilidad no guiada por una inteligencia bastante amplia, producirá mujeres dispuestas a sacrificarlo todo por cualquier fortachón, al que entregan todo el amor.

Para ser realmente fecunda, la vida debe ser a la vez inteligencia, sentimiento y voluntad. Esa fecundidad en todas sus modalidades es la vida: la única cosa que merece tal nombre. Por un momento de esta vida, quienes la han entrevisto dan años de existencia vegetativa. Sin esa vida desbordante, uno no es sino un anciano desde ya, un impotente, una planta que se seca sin haber florecido nunca.

"Dejemos a las podredumbres decimonónicas esta vida que no es tal", exclama la juventud, la verdadera juventud llena de savia, que anhela vivir y sembrar la vida en torno suyo. Y cada vez que una sociedad está en decadencia, un empuje venido de dicha juventud rompe los viejos moldes económicos, políticos, morales, para hacer germinar nueva vida. ¡No importa que algunos caigan en la lucha! La savia sube siempre. Para el joven, vivir es florecer, cualesquiera sean las consecuencias. Él no las lamenta.

Pero sin hablar de épocas heroicas en la humanidad, tomando de la vida de cada día, ¿es vida vivir en desacuerdo con su ideal?

En la actualidad se oye a menudo decir que la gente se burla del ideal. Se comprende. ¡Tantas veces se ha confundido el ideal con la mutilación budista o cristiana, tantas veces se ha empleado esta palabra para embaucar a los ingenuos, que la reacción es necesaria y saludable!

También a nosotros nos gustaría reemplazar la palabra "ideal", cubierta de tantas infamias, por una nueva más conforme con las ideas modernas.

No obstante, cualquiera sea la palabra, el hecho existe: todo ser humano tiene su ideal.

Bismarck tenía el suyo, por fantasioso que fuese: el gobierno por el hierro y el fuego. Cada burgués tiene el suyo, aunque sea la bañera de plata de Gambetta, el cocinero Trompette y muchos esclavos para pagar a Trompette y comprar la bañera sin que lo critiquen demasiado.

Pero al lado de esos está el ser humano que ha concebido un ideal superior. La vida del bruto no puede satisfacerlo; el servilismo, la mentira, la falta de buena fe, la intriga, la desigualdad en las relaciones humanas lo asquean. ¿Cómo puede convertirse en servil, mentiroso, intrigante, dominador a su vez? Entrevé cuán hermosa sería la vida si existieran mejores relaciones entre todos. Siente fuerza para no dejar de establecer esas relaciones con quienes encuentre por su camino. Concibe lo que se llama el ideal.

¿De dónde viene ese ideal? ¿Cómo se fragua, por la herencia, de una parte, y las impresiones de la vida, de otra? Apenas lo sabemos. A lo sumo, podríamos hacer en biografías una historia más o menos verdadera. Pero está el ideal variable, progresivo, abierto a las influencias externas, pero siempre vivo. Es una sensación, inconsciente en parte, de lo que dará la mayor suma de vitalidad, el goce de existir.

Pues bien, sólo es la vida vigorosa, fecunda, rica en sensaciones, si responde a esta sensación del ideal.

Actuemos contra esa concepción y sentiremos nuestra vida menguar ; no es ya única: pierde su vigor. Faltemos con frecuencia a nuestro ideal y terminaremos por paralizar nuestra voluntad, nuestra fuerza de acción. Pronto no volveremos ya a encontrar ese vigor, esa espontaneidad en la decisión que teníamos antes.

Nada misterioso hay en ello, una vez que uno enfoca al hombre como un compuesto de centros nerviosos y cerebrales obrando con independencia. Uno fluctúa entre los diversos sentimientos que luchan en uno mismo y llegan a romper la armonía del organismo, uno se convierte en un enfermo sin voluntad. La intensidad de la vida descenderá y por mucho que uno busque sustitutos, ya no es el ser completo, fuerte, vigoroso que uno era cuando los actos se encontraban acordes con las concepciones ideales del cerebro.

X

Y ahora conviene decir, antes de concluir, algo de esos dos términos procedentes de la escuela inglesa, altruismo y egoísmo, que nos remachan continuamente.

Hasta el presente ni hemos hablado de ellos en este estudio. Y ni siquiera vemos la distinción que los moralistas ingleses han intentado introducir.

Cuando decimos: "Tratemos a los demás como queremos que nos traten", ¿es el altruismo o el egoísmo lo que recomendamos? Cuando pasamos a un nivel superior y decimos: "La felicidad de cada uno está íntimamente ligada a la felicidad de cuantos lo rodean. Se puede tener algunos años de dicha relativa en una sociedad basada en la desgracia de los demás, pero esta felicidad está edificada sobre arena. No puede durar, la cosa más insignificante basta para destruirla, y es infinitamente pequeña en comparación con la posible dicha en una sociedad igualitaria. Así, cada vez que apuntas al bien de todos, obrarás bien; cuando decimos esto, ¿es el altruismo o el egoísmo lo que predicamos. Sólo constatamos sencillamente un hecho".

Y cuando añadimos, parafraseando una palabra de Guyau: "Sé fuerte, sé grande en todos tus actos, desarrolla tu vida en todas las direcciones; sé tan rico como te sea posible en energía, siendo para ello el ser más social y más sociable, si quieres gozar de una vida llena, entera y fecunda. Guiado siempre por una inteligencia ampliamente desarrollada, lucha, arriesga –el riesgo depara inmensos goces–, arroja tus fuerzas, sin contarlas, mientras las tengas, en todo lo que creas ser hermoso y grande,

y entonces habrás gozado la mayor suma posible de felicidad. Únete con las masas, y entonces, ocurra lo que te ocurra en la vida, sentirás latir contigo precisamente los corazones que amas, y latir contra ti los que menosprecies". Cuando decimos eso, ¿es el altruismo o el egoísmo lo que enseñamos?

Luchar, afrontar el peligro, arrojarse al agua para salvar, no ya a un ser humano, sino a un simple gato; alimentarse con pan seco para poner fin a las inquietudes que lo escandalizan, acordarse de los que merecen ser amados, ser amado por ellos. Para un filósofo enfermo, todo eso es quizá un sacrificio: pero para el hombre y la mujer llenos de energía, de fuerza. de vigor, de juventud, es el placer de sentirse vivir. ¿Es egoísmo? ¿Es altruismo?

En general, los moralistas que han levantado sus sistemas en una pretendida oposición entre los sentimientos egoístas y altruistas, han fallado en el intento. Si esa oposición existiera en realidad, si el bien del individuo fuera verdaderamente opuesto al de la sociedad, la especie humana no habría podido existir; ninguna especie animal habría podido alcanzar su actual desarrollo. De no encontrar las hormigas un intenso placer en trabajar juntas por el bienestar del hormiguero, éste no existiría, y la hormiga no sería lo que es hoy, el ser más desarrollado entre los insectos: un insecto cuyo cerebro, apenas perceptible bajo la lente, es casi tan poderoso como el cerebro medio del hombre. Si no encontraran las aves un intenso placer en sus emigraciones, en los cuidados que se toman para cuidar su prole, en la acción común para la defensa de sus sociedades contra las aves de rapiña, el pájaro no habría podido alcanzar el desarrollo a que ha llegado. El tipo pájaro habría retrogradado, en lugar de progresar.

Y cuando Spencer prevé un tiempo en que el bien del individuo se confundirá con el de la especie, olvida una cosa: si ambos no hubieran sido siempre idénticos, no hubiera podido cumplirse la evolución misma del reino animal.

Lo que siempre ha habido, se ha encontrado, en el mundo animal como en la especie humana, es un gran número de individuos que no comprendían que el bien del individuo y el de la especie son en el fondo idénticos. No comprendían que siendo el fin del individuo vivir intensamente, éste encuentra la mayor intensidad de la existencia en la mayor sociabilidad, en la más perfecta identificación de sí con todos los que lo rodean.

Pero esto era únicamente una falta de inteligencia, de comprensión. Siempre ha habido hombres limitados, tontos; pero en ninguna época de la historia, ni aun en las geológicas, el bien del individuo ha sido opuesto al de la sociedad. Siempre han sido idénticos, y quienes mejor lo comprendieron siempre gozaron de la vida más completa.

La distinción entre el egoísmo y el altruismo es por lo tanto absurda a nuestros ojos. Por eso tampoco hemos dicho nada de los compromisos que el hombre, si seguimos a los utilitarios, haría constantemente entre sus sentimientos egoístas y sus sentimientos altruistas. Tales compromisos no existen para el hombre convencido.

Lo que sí existe es que en las condiciones actuales, cuando pretendemos vivir conforme a nuestros principios de igualdad, los vemos contrapuestos a cada paso. Por modestas que sean nuestra comida y nuestra cama, somos aún Rotchschild en comparación con el que duerme bajo los puentes, y que a menudo se halla falto de pan seco. Por poco que nos entreguemos a los goces intelectuales y artísticos, somos todavía ricachones en comparación con los millones que regresan a su casa a la tarde embrutecidos por el trabajo manual, monótono y pesado, sin poder gozar del arte y de la ciencia, y que morirán sin haber conocido nunca tan nobles satisfacciones.

Nos damos cuenta que no hemos aplicado el principio hasta el máximo. Pero no queremos transigir con estas condiciones. Nos alzamos contra ellas. Nos aplastan. Nos convierten en revolucionarios. No nos conformamos con lo que nos asquea. Repudiamos toda transacción, cualquier armisticio, y nos prometemos luchar a fondo contra estas condiciones sociales.

No es un alivio. Y el hombre convencido no quiere que se le permita dormir tranquilo, esperando que todo cambie por sí mismo. Hemos llegado al fin de nuestro estudio.

Hay épocas, hemos dicho, en que la concepción moral cambia por completo. Se observa que lo que se había considerado como moral es la más profunda inmoralidad. Aquí, había una costumbre, una tradición venerada, pero inmoral en el fondo. Allá, no se encuentra más que una moral en provecho de una sola clase. Se la arroja por la borda y se grita: "¡Abajo la moral!". Constituye un deber practicar actos inmorales.

Saludemos estos tiempos, son épocas de crítica, la señal más segura de que está sucediendo un gran trabajo intelectual en la sociedad. Es la elaboración de una moral superior.

Hemos tratado de formular lo que será esa moral, basándonos en el estudio del ser humano y de los animales. Hemos visto la moral que se dibuja ya en las ideas de las masas y de los pensadores.

Semejante moral no ordenará nada. Se negará en absoluto a modelar al individuo de acuerdo con una idea abstracta, como rechazará mutilarlo por la religión, la ley y el gobierno. Dejará la libertad plena y entera al individuo. Se convertirá en una simple demostración de hechos, en una ciencia.

Y esta ciencia dirá a los hombres: si no sientes en ti la fuerza, si tus fuerzas se limitan a ser las necesarias para conservar una vida grisácea, monótona, sin fuertes emociones, sin grandes goces y también sin grandes sufrimientos, entonces no te separes de los sencillos principios de la equidad igualitaria. En las relaciones igualitarias encontrarás, a lo sumo, la mayor suma de felicidad posible dadas tus mediocres fuerzas. Pero si sientes en ti el vigor de la juventud, si quieres vivir, si quieres gozar la vida entera, plena, desbordante –es decir, conocer el mayor goce que un ser viviente pueda anhelar–, sé fuerte, sé grande, sé enérgico en todo lo que hagas.

Siembra la vida a tu alrededor. Observa que engañar, mentir, tramar, zancadillear, es envilecerse, empequeñecerse, reconocerse débil de antemano, ser como el esclavo del harén que se siente inferior a su amo. Hazlo si te gusta, pero entonces has de saber que la humanidad te considerará pequeño, mezquino, débil, y te tratará en consecuencia. No viendo tu fuerza, te tratará como a un ser que merece lástima, sólo lástima. No te quejes de los humanos si tú mismo paralizas así tu fuerza de acción.

Sé fuerte, por el contrario, y cuando veas una iniquidad y la hayas comprendido –una iniquidad en la vida, una mentira en la ciencia o un sufrimiento impuesto por otro– rebélate contra la iniquidad, la mentira y la injusticia. ¡Lucha! La lucha es la vida, más intensa si la lucha es más viva. "Y entonces habrás vívido, y por algunas horas de esta vida no darás años para estar vegetando en la podredumbre del pantano".

Lucha para permitir a todos vivir esta vida rica y exuberante, y ten por seguro que encontrarás en esta lucha goces tan grandes, como no los encontrarías parecidos en ninguna otra actividad.

Tal es cuanto puede decirte la ciencia de la moral: a ti te toca escoger.

Apéndices

Selección y comentarios de Frank Mintz

Acepté la sugerente propuesta de la editorial de completar el breve texto de Kropotkin sobre la moral ampliando la visión del autor. Me pareció significativo insistir en el rol de la ética en la propia vida de Kropotkin. Acudí a su correspondencia en ruso y a varios textos poco conocidos en castellano, o cuidando mejor el sentido original ruso en el caso de las dos cartas a Lenin.

Cada vida encierra un mensaje y una incógnita. En el caso de Kropotkin, con una salud precaria, pasado los setenta años y tras más de cuarenta fuera de su tierra, dejó la quietud inglesa para regresar a su país convulsionado por la revolución social.

¿Yo, tú lector(a), habríamos hecho lo mismo? De presentarse un evento similar, ¿haremos igual que Kropotkin? La moral se vive y Kropotkin prefirió estar unido a la lucha, reunido con los excluidos del poder marxista-leninista (hasta morir entre los suyos) a la solidaridad crítica desde la lejanía, acaso más tiempo pero con un compás atenuado.

Consciente o inconscientemente Kropotkin vivió el fin de su obra "*[…] "Y entonces habrás vívido, y por algunas horas de esta vida no darás años para estar vegetando en la podredumbre del pantano"*.

F. M. Mayo de 2008

1 - La moral en la obra de Kropotkin

Kropotkin resumió su propio pensamiento en 1905:

Como anarcocomunista, quien escribe [Pedro Kropotkin] *se esforzó durante muchos años en desarrollar las siguientes ideas: enseñar la relación profunda, lógica, que existe entre la filosofía moderna de las ciencias naturales y el anarquismo; poner el anarquismo sobre una base científica a través del estudio de las tendencias que se manifiestan ahora en la sociedad, y que pueden indicar una ulterior evolución; y elaborar una ética anarquista. En cuanto al contenido del anarquismo como tal, Kropotkin se propuso probar que el comunismo –al menos en parte– tiene más probabilidades de ser instaurado que el colectivismo, sobre todo en las comunas avanzadas, y que el comunismo libre (es decir, anarquista) es la única forma de comunismo que tiene alguna probabilidad de ser aceptada en las sociedades civilizadas. Comunismo y anarquismo son, pues, dos metas evolutivas que se complementan recíprocamente, ya que el segundo resulta posible y aceptable en virtud del primero. Además trató de señalar cómo puede organizarse una gran ciudad, en un período revolucionario, de acuerdo con un comunismo libre, suponiendo que sus habitantes hayan aceptado esa idea; la ciudad ha de garantizar a cada habitante vivienda, alimento y vestido en un nivel correspondiente al confort del que en esa misma época gocen las clases medias: a cambio de eso recibirá el trabajo de una media jornada o de cinco horas. Señaló también que todo lo que se considera lujo podría ser obtenido por cada miembro de la sociedad si durante la otra mitad de la jornada participase en toda clase de asociaciones libres consagradas a todos los fines posibles: educativo, literario, científico, artístico o deportivo. Para demostrar la primera de estas afirmaciones analizó las posibilidades de combinar el trabajo agrícola e industrial con el trabajo intelectual. Y para elucidar los principales factores de la evolución humana analizó el papel desempeñado en la historia por las organizaciones constructivas de apoyo mutuo del pueblo y el papel histórico del Estado.*[1]

[1] Extraído del artículo publicado en la 11ª edición de la Enciclopedia Britanica con referencia al termino Anarquismo. De *Kropotkin Obr(a)s*, Barcelona 1977, corregido con el original inglés. [N. de T.]

La ciencia moderna y la anarquía[2]

Desde todos los tiempos dos corrientes están luchando en el seno de las sociedades humanas. Por una parte, las masas, el pueblo, elaboraban bajo forma de costumbres una multitud de instituciones necesarias para posibilitar la vida en sociedades: mantener la paz, apaciguar las querellas, practicar el apoyo mutuo en cuanto requería un esfuerzo combinado. […]

De la otra, hubo desde siempre brujos, magos, hacedores de lluvia, oráculos, sacerdotes. Éstos fueron los primeros poseedores de conocimientos de la naturaleza y los primeros fundadores de diferentes cultos (el del sol, de las fuerzas de la naturaleza, de los antepasados, etc.), así como diferentes ritos para mantener la unidad de las federaciones de tribus. […]

Por fin existían también los jefes temporarios de bandas de lucha, que se suponía poseían los secretos de los encantos, mediante los cuales se lograba la victoria. También tenían los secretos de envenenamiento de las armas, así como otros secretos militares.

Esas tres categorías de hombres siempre han constituido entre sí, desde tiempos inmemoriales, sociedades secretas, para mantener y transmitir (tras un largo y doloroso período de iniciación) los secretos de las funciones sociales o de las profesiones. […]

Por lo tanto podemos decir que, en este sentido, siempre existieron anarquistas y partidarios del Estado.

Además, desde siempre ocurrió que las instituciones, incluso las mejores –las que habían sido elaboradas en su origen para el mantenimiento de la igualdad, de la paz y del apoyo mutuo–, se petrificaron a medida que iban envejeciendo. Perdían su sentido primitivo, caían bajo la dominación de una minoría ambiciosa terminando por ser un obstáculo para el desarrollo ulterior de la sociedad. Entonces determinados individuos más o menos aislados se rebelaron. Pero, mientras algunos de estos descontentos, al rebelarse contra una institución ya molesta, buscaban modificarla por el interés de todos –y sobre todo derrocar la autoridad, ajena a la institución, que había terminado por imponerse a la misma–, otros intentaban emanciparse de la institución social (la tribu, el municipio, la guilda, etc.), exclusivamente para colocarse ello mismos

[2] Kropotkin, *La science moderne et l'anarchie*, 1913. Es el título de una obra en la que profundiza su pensamiento.

fuera y encima de esta institución, con el fin de dominar a los otros miembros de la sociedad y enriquecerse a expensas de éstos.

Todos los reformadores, políticos, religiosos, económicos, pertenecieron a la primera de estas categorías. […] sin embargo, los mismos revolucionarios se presentaban también bajo dos aspectos diferentes. Unos, al mismo tiempo que se rebelaban contra la autoridad que había crecido dentro de la sociedad, no intentaban en absoluto destruir aquella autoridad, sino obrar para adueñarse de ella. […]

Podemos decir de este modo que siempre hubo jacobinos y anarquistas entre los reformadores y los revolucionarios[3].

[A propósito de Spencer y Huxley y de la lucha por la vida] Hasta qué punto el mismo Darwin fue responsable de esta comprensión incorrecta de la lucha por la existencia, esta cuestión no se puede discutir aquí[4]*. Pero es cierto que cuando, doce años después de la publicación de* El origen de las especies, *Darwin público* El origen del hombre, *comprendía ya la lucha por la existencia bajo un aspecto mucho más amplio y más metafórico que el de la lucha a ultranza en el seno de cada especie*[5].

¿Qué posición ocupa, pues, la anarquía dentro del gran movimiento intelectual del siglo XIX*?*

La respuesta a esta pregunta ya se intuye de lo expuesto en los capítulos precedentes. La anarquía es una concepción del universo basada en una interpretación mecánica de los fenómenos[6]*, que abarca toda la naturaleza, incluida la vida de las sociedades. Su método es el de las ciencias naturales; y según este método, toda conclusión científica debe ser verificada. Su tendencia es fundar una filosofía sintética que incluiría todos los hechos de la naturaleza –incluso la vida de las sociedades humanas y sus problemas económicos, políticos y morales– sin caer sin embargo en los errores que cometieron Comte y Spencer por las razones ya indicadas*[7].

---

[3] Kropotkin *La science moderne et l'anarchie*, 1913, pp. 2-15 [reedición, 2004].

[4] Véase *El apoyo mutuo (un factor de evolución)*. Sobre el modo de cómo Darwin evolucionó en sus opiniones sobre este tema y admitió cada vez más *la acción directa del medio* en la evolución de las nuevas especies, véanse mis artículos sobre la selección natural y la acción directa en la revista *Nineteen Century*, julio, noviembre, diciembre, 1910 y en marzo 1912. [Nota de Kropotkin.]

[5] Kropotkin *La science o. c.*, p. 37.

[6] Habría sido mejor decir: *cinética*; pero esta expresión es menos conocida. [Nota de Kropotkin.]

[7] El error consiste en confiar en el Estado y en grupos supuestamente cultos para dirigir la sociedad. [N. de T.]

Es evidente que la anarquía debe, por eso mismo, dar a todas las preguntas planteadas por la vida moderna otras respuestas, y tomar una actitud diferente a la de todos los partidos políticos. Y, hasta cierto punto diferente, de la de los partidos socialistas que todavía no se han separado de las viejas ficciones metafísicas.

Por cierto, la elaboración de una concepción mecánica completa de la naturaleza y de las sociedades humanas apenas ha comenzado en su parte sociológica, que estudia la vida y la evolución de las sociedades. Sin embargo, lo poco que ya se ha hecho indica –a veces incluso de una manera inconsciente– el carácter que acabamos de señalar. En la filosofía del derecho, en la teoría de la moral, en la economía política y en el estudio de la historia de los pueblos y de las instituciones, los anarquistas ya han probado que no se contentarían con conclusiones metafísicas, sino que tratarían de dar a sus conclusiones un fundamento naturalista.

Se niegan a dejarse influir por la metafísica de Hegel, de Schelling o de Kant, por los comentaristas del derecho romano y del derecho canónico, por los sabios profesores de derecho político o por la economía política de los metafísicos. Los anarquistas tratan de sacar un balance de todas las cuestiones planteadas en esos dominios, sobre la base de una masa de obras de estos últimos cuarenta o cincuenta años desde el punto de vista naturalista.

Así como las concepciones metafísicas acerca del "Espíritu Universal", "la Fuerza Creadora de la Naturaleza", "la Atracción Amorosa de la Materia", "la Encarnación de la Idea", "la Finalidad de la Naturaleza y su Razón de Ser", "lo desconocible", "la Humanidad" entendida en el sentido de un ser inspirado por "el Soplo del Espíritu", y así sucesivamente; lo mismo que estas concepciones son abandonadas en la actualidad por la filosofía materialista (mecánica o mejor cinética), y así como los embriones de generalizaciones que se ocultaban detrás de esas palabras son traducidos al lenguaje concreto de los hechos, del mismo modo tratamos de proceder cuando abordamos los hechos de la vida societaria.

Cuando los metafísicos quieren convencer al naturalista de que la vida intelectual y pasional del hombre se desarrolla de acuerdo con "leyes inmanentes del Espíritu", el naturalista se encoge de hombros y continúa su estudio paciente de los fenómenos de la

vida, de la inteligencia, de las pasiones, para probar que todos pueden reducirse a fenómenos físicos y químicos. El naturalista busca descubrir las leyes naturales de dichos fenómenos.

Del mismo modo, cuando le dicen a un anarquista que, según Hegel, "toda evolución representa una tesis, una antítesis y una síntesis" o que "el Derecho tiene como objeto el establecimiento de la justicia, que representa la sustancialización material de la Idea Suprema" o también cuando se le pregunta qué es para él "la Finalidad de la Vida", también este anarquista se encoge de hombros y se pregunta: "¿cómo es posible que en medio del auge actual de las ciencias naturales haya todavía gente anticuada que siga creyendo en esas «palabrerías»? ¿Cómo es posible que existan aún seres atrasados que sigan hablando en el lenguaje del salvaje primitivo que «antropomorfizaba» la naturaleza y se la representaba como algo gobernado por seres semejantes al hombre?".

Los anarquistas no se dejan impresionar por esas "palabras rimbombantes", porque saben que siempre se utilizan para cubrir la ignorancia, es decir la investigación incompleta, o, lo que es mucho peor, la superstición. Por eso cuando les hablan en ese lenguaje, lo ignoran. Siguen estudiando las concepciones sociales y las instituciones del pasado y del presente según el método naturalista. Y comprueban, desde luego, que el desarrollo de la vida de las sociedades es en realidad infinitamente más complejo (y mucho más interesante desde un punto de vista práctico) de lo que podría llegar a creerse si se lo juzgara según aquellas fórmulas.

Últimamente hemos oído hablar mucho del método dialéctico, que los socialdemócratas nos recomiendan para elaborar el ideal socialista. No admitimos en absoluto ese método, que por lo demás no es aceptado en ninguna de las ciencias naturales. Al naturalista moderno ese "método dialéctico" le recuerda algo muy antiguo, algo ya vivido y felizmente olvidado por la ciencia desde hace mucho tiempo. Ninguno de los descubrimientos del siglo XIX –en mecánica, en astronomía, en física, en química, en biología, en psicología, en antropología– se produjo por el método dialéctico. Todos se realizaron por el método inductivo, el único método científico. Y dado que el hombre es una parte de la naturaleza, dado que su vida personal y societaria es también

un fenómeno de la naturaleza, al igual que el crecimiento de una flor o la evolución de la vida de las hormigas o de las abejas, no existe pues ninguna razón para que, al pasar de la flor al hombre o de una aldea de castores a una ciudad humana, tengamos que abandonar el método que hasta entonces nos había sido tan útil, y buscar otro en el arsenal de la metafísica.

El método inductivo que utilizamos en las ciencias naturales ha probado tan certeramente su poder que el siglo XIX *pudo hacer progresar las ciencias en cien años más de lo que éstas habían avanzado antes durante dos mil años. Y cuando, en la segunda mitad del siglo, se comenzó a aplicar ese método al estudio de las sociedades humanas en ningún punto surgieron escollos que obligasen a rechazarlo para volver a la escolástica medieval resucitada por Hegel. Existe más aún. Cuando ciertos naturalistas, pagando tributo a su educación burguesa, quisieron enseñarnos, pretendiendo basarse en el método científico del darwinismo: "¡Aplasten a quien es más débil que usted: tal es la ley de la naturaleza!", nos resultó fácil probar, por el mismo método científico, que esos científicos estaban fuera del camino. Tal ley no existe: la naturaleza nos enseña algo muy distinto. Las conclusiones de tales naturalistas no eran de ninguna manera científicas. Lo mismo vale para la afirmación que quiere hacernos creer que la desigualdad de las fortunas es "una ley de la naturaleza" y que la explotación capitalista representa la forma más ventajosa de organización societaria. Precisamente la aplicación del método de las ciencias naturales a los hechos económicos nos permite probar que las presuntas "leyes" de las ciencias sociales burguesas –incluida la economía política actual– no son en absoluto leyes, sino simples afirmaciones o suposiciones que nunca se ha tratado de verificar.*

Una palabra más. La investigación científica sólo es fructífera a condición de tener una finalidad determinada: ser emprendida con la intención de encontrar una respuesta a una pregunta precisa, bien formulada. Y cada investigación es tanto más fructífera cuanto mejor se ven las relaciones que existen entre la pregunta planteada y las líneas fundamentales de nuestra concepción general del universo. Cuanto mejor cabe dentro de esta concepción general, más fácil es la solución.

Pues bien, la pregunta que se plantea la anarquía podría expresarse de la siguiente manera: "¿Qué formas societarias garantizan mejor, en una sociedad dada, y por extensión, en la humanidad en general, la mayor suma de felicidad y por consiguiente la mayor suma de vitalidad?". "¿Qué formas de sociedad permiten mejor que esa suma de felicidad aumente y se desarrolle en cantidad y en calidad, es decir, cuáles permiten que la felicidad sea más completa y más general?" Con lo cual, dicho sea de paso, obtenemos también la fórmula del progreso. El deseo de ayudar a la evolución en esta dirección determina el carácter de la actividad social, científica, artística, etc., del anarquista[8].

El origen de la violencia, el sistema capitalista

Un vasto conjunto de tribunales, jueces, verdugos, policías y carceleros es necesario para mantener los privilegios. Y este conjunto se convierte en el origen de todo un sistema de delaciones, engaños, amenazas y corrupción. Por otra parte este sistema frena el desarrollo de los sentimientos sociales. Cualquiera comprende que sin rectitud, sin respeto por sí mismo, sin simpatía y apoyos mutuos, la especie debe desaparecer, como desaparecen las pocas especies animales que viven del merodeo y de la servidumbre. Pero esto atentaría contra los intereses de las clases dirigentes, las cuales inventan toda una ciencia absolutamente falsa para probar lo contrario.

Se han dicho cosas muy bonitas acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquellos que no tienen nada. Pero cuando se le ocurre a cualquiera poner en práctica este principio, rápidamente es advertido que todos esos grandes sentimientos son buenos en los libros poéticos, pero no en la vida.

"Mentir es envilecerse, rebajarse", decimos nosotros, y toda la existencia civilizada se trueca en una inmensa mentira. ¡Y nos habituamos, acostumbrando a nuestros hijos a practicar como hipócritas una moralidad de dos caras! Y como el cerebro no se presta a ello con facilidad, lo acostumbramos al sofisma. Hipocresía y sofisma se convierten en la segunda naturaleza del hombre civilizado. Pero una sociedad no puede vivir así. Hay que volver a la verdad o desaparecer.

[8] Kropotkin. *La science..., op. cit.*, pp. 46-50.

El simple hecho del acaparamiento extiende sus consecuencias al conjunto de la vida social. A riesgo de desaparecer, las sociedades humanas necesitan recurrir a los principios fundamentales: siendo los medios de producción obra colectiva de la humanidad, deberán volver al poder de la colectividad humana. La apropiación personal de ellos no es justa ni útil. Todo es de todos, ya que todos lo necesitan, y todos han trabajado en la medida de sus fuerzas, siendo imposible determinar la parte que pudiera corresponder a cada uno en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos! Consideremos el ingente equipamiento que el siglo XIX ha creado; consideremos los millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen e hilan para nosotros, que descomponen y recomponen la materia prima y forjan las maravillas de nuestra época. Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y decir: "Es mía; por su uso pagarás un tributo por cada elemento que con ella produzcas"[9].

Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio –que se estudia con el nombre de derecho romano– y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos acostumbran a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado providencial.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Las teorías sobre las leyes son redactadas con el mismo objetivo. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: "¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre ti!".

Desde la cuna a la tumba todas nuestras acciones son dirigidas por este principio. Al abrir cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, se encuentra siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando un lugar tan importante que nos acostumbramos a creer que por fuera del gobierno y de los hombres de Estado no hay nada.

La prensa repite la misma lección en todos los tonos. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte la inmensa vida cotidiana de una nación en algunas líneas que tratan

[9] Kropotkin, *La conquista del pan*, Buenos Aires, pp. 28-29.

de un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o en la de sucesos del día. Y cuando se leen esos periódicos, en lo que menos se piensa es en el inmenso número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes molestos, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubren y ocultan la humanidad.[10]

La justicia y el sistema carcelario vista por el ex detenido Kropotkin[11]

Cuando se conocen las estafas increíbles que se cometen en el mundo de los grandes negocios financieros; cuando se sabe de qué modo íntimo el engaño va unido a todo ese gran mundo de la industria; cuando uno ve que ni aun los medicamentos escapan de las falsificaciones más innobles; cuando se sabe que la sed de riquezas, por todos los medios posibles, forma la esencia misma de la sociedad burguesa actual, y cuando se ha sondeado toda esa inmensa cantidad de transacciones dudosas, que se colocan entre las transacciones burguesamente honradas y las que son acreedoras de la Correccional [legislación sobre la delincuencia común]; cuando se ha sondeado todo eso, llega uno a decirse, como decía cierto recluso, que las prisiones fueron hechas para los torpes, no para los criminales.

En tal caso, ¿por qué tratan de moralizar a los que llenan cárceles y presidios? […]

Las cosas no son más bellas cuando se toma en consideración el trabajo útil de las prisiones. Ya dije por qué salario irrisorio

[10]Ibídem, pp. 47-48.

[11]Kropotkin estuvo encarcelado por propaganda clandestina antizarista unos dos años en Rusia –desde diciembre de 1874 hasta su fuga (organizada por sus camaradas) sin heridos ni muertos el 29 de julio de 1876– y tres en Francia desde diciembre de 1882 a enero de 1886. Estaba condenado a 5 años por pertenecer a la Asociación Internacional de los Trabajadores y por presión del gobierno zarista, pero una campaña de prensa por la liberación de los miembros de la Comuna de París (de Louise Michel) y de los presos anarquistas (Pouget) logró que el gobierno lo liberara. "Esta liberación significaba también la de mi mujer, cuya prisión voluntaria en la aldea, a las puertas mismas del penal, había empezado a alterar su salud": *Memorias de un revolucionario,* Madrid, 1973, p. 408.

trabaja allí el obrero. En estas condiciones, el trabajo, que ya en sí no tiene ningún atractivo, porque no hace funcionar las facultades mentales del trabajador, es tan mal retribuido, que llega a considerarse como castigo. Cuando mis amigos anarquistas de Clairvaux hacían corsés o botones de nácar, y ganaban 60 centavos en diez horas de trabajo (60 centavos que se convertían en 30 después de que el Estado se apropiase su parte), comprendían muy bien el disgusto que tal trabajo había de inspirar a un hombre condenado a hacerlo. ¿Qué placer puede encontrarse en semejante labor? ¿Qué efecto moralizador puede ejercer ese trabajo, cuando el preso se repite continuamente que no trabaja sino para enriquecer a un amo? Cuando, al acabar la semana, recibe una peseta y 60 centavos exclama, y con razón:

Decididamente, los verdaderos ladrones no somos nosotros; son los que aquí nos tienen.

Más aún. Nuestros compañeros no estaban obligados a trabajar; y, en ocasiones, por un trabajo asiduo recibían una peseta. Y obraban de tal modo porque la necesidad los impulsaba a hacerlo. Los que estaban casados, con el dinero aquel mantenían correspondencia con sus esposas. La cadena que unía la casa con la cárcel no estaba rota, y los que no estaban casados ni tenían una madre a quien sostener, sentían una pasión: la del estudio; y trabajaban con la esperanza de poder comprar, llegado el fin del mes, el libro deseado. Porque ¿dónde, sino en la cárcel puede estudiar el trabajador?

Tenían una pasión. Pero ¿qué pasión puede experimentar un prisionero de derecho común, privado de todo lazo que pudiera aficionarlo a la vida exterior? Por un refinamiento de crueldad, los que imaginaron nuestras prisiones hicieron cuanto pudieron para interrumpir toda relación entre el prisionero y la ciudad.[12]

La violencia es inherente al sistema capitalista. "*Día a día, en todas partes, se suceden las ejecuciones, y los ahorcamientos en las cárceles, incluso de jóvenes, sin ningún juicio ni examen, y su causa es el pillaje. Y cada día los revolucionarios mueren heroicamente entregando sus jóvenes vidas a la causa de la liberación del pueblo ruso. Es imposible razonar con tranquilidad*

[12]Kropotkin, "Las prisiones", en *El anarquismo (las prisiones, el salariado, la moral anarquista, más sobre la moral),* Caracas, 1972, pp. 41-44.

en este momento acerca de la utilidad que pueda tener para la revolución el pillaje de los centros del Estado y de la sociedad. Cuando el gobierno multiplica ferozmente las ejecuciones sumarias por causa del pillaje y no contento con ello organiza abiertamente él mismo el bandidismo, el pillaje y el asesinato en las calles con las Centurias Negras; cuando los pogromos y las violencias contra los judíos se preparan en los ministerios con el asentimiento de la Corte y son asesinados por las Centurias Negras sin contar ni siquiera con un arma para defenderse; en tales condiciones, razonar es inútil. Al obrar de esa manera, el gobierno mismo empuja a cada ciudadano al pillaje y justifica de antemano toda exacción"[13].

Una evocación de fines del siglo XIX que suena a una descripción de un país tercermundista del siglo XXI. Y viene de un libro *La conquista del pan,* con un título tan actual para millones de individuos como en la edición original de 1892.

Anarquismo y violencia

Las federaciones jurasiana, española e italiana, y las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores, así como los grupos anarquistas franceses, alemanes y americanos, fueron durante los años siguientes los principales centros del pensamiento y de la propaganda anarquista. Se abstenían de toda participación en la política parlamentaria y mantuvieron siempre un estrecho contacto con las organizaciones del trabajo. Sin embargo, después de 1885 y hacia 1890, cuando la influencia de los anarquistas empezó a hacerse notar en las huelgas, en las demostraciones del 1° de Mayo, en donde desarrollaron la idea de una huelga general para obtener la jornada de 8 horas, y en la propaganda antimilitarista en el ejército, fueron violentamente perseguidos, sobre todo en los países latinos (inclusive se empleó contra ellos la tortura física en el castillo de Barcelona) y en los Estados Unidos (la ejecución de cuatro anarquistas en Chicago en 1887). Los anarquistas respondieron a esas persecuciones con actos de violencia a los cuales, a su vez, siguieron más ejecuciones desde arriba, y nuevos actos de desquite por parte de los de abajo. Esto creó en el público la impresión de

[13]Kropotkin, *La conquista del pan,* Buenos Aires, pp. 6-7.

que la violencia es la esencia del Anarquismo, un punto de vista rechazado por sus partidarios, los cuales afirman que, en realidad, la violencia es utilizada por todo grupo en la proporción en que su acción sea obstaculizada por la represión, al tiempo que leyes de excepción los declaren fuera de la ley[14].

Jean Maitron, historiador francés conocido por su seriedad, escribió: "*Kropotkin podía definir la acción anarquista, «la rebelión permanente por la palabra, por el escrito, el puñal, el fusil, la dinamita […] Todo es bueno para nosotros –escribía– si no está en la legalidad»* "[15]. Me había chocado esta afirmación y la atribuía a un exceso pasajero de Kropotkin, porque no existe ninguna otra página que sigue la misma corriente. Y como siempre habría que hacerlo, no fui a verificar la fuente. Gaetano Manfredonia lo hizo y comprobó que es un artículo anónimo, y si hay que buscarle una autoría sería la de Cafiero[16]. Por lo tanto, es necesario apoyarse en textos claros y consultables.

Primeras medidas revolucionarias

Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todos; tal es la única manera en verdad científica de proceder, la única que comprende y desea la masa del pueblo. Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse rápidamente para llenar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no ya para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva y se desarrolle la sociedad.[17]

¡Pan; la revolución necesita pan! ¡Ocúpense otros en lanzar circulares con frases rimbombantes! ¡Pónganse otros en los hombros tantos galones como puedan llevar encima! ¡Peroren otros acerca de las libertades políticas! Nuestra tarea consistirá

[14]Kropotkin, *El anarquismo..., op. cit*., pp. 25-27.
[15]Maitron Jean, *Le mouvement anarchiste en France (1 Des origines à 1914)*, 1975, p. 78.
[16]Manfredonia Gaetano, *Anarchisme (changement social, insurrectionnalisme, syndicalisme, éducationnisme-réalisateur)*, 2007, p. 331.
[17]Kropotkin, *La conquista del pan,* Buenos Aires, p. 39.

en hacer de manera que en los primeros días de la revolución, y mientras dure ésta, no haya un solo hombre en el territorio insurrecto a quien le falte el pan, ni una sola mujer que se vea obligada a hacer cola ante una panadería para recoger el pedazo de pan de salvado que le quieran arrojar de limosna, ni un solo niño a quien le falte lo necesario para su débil constitución.[18]

¿Quién tendrá derecho a los víveres comunes? Ésta será, por cierto, la primera cuestión que se plantee. Cada población responderá según su contexto, y estamos convencidos de que todas las respuestas serán dictadas por el sentimiento de justicia. Mientras los trabajos no estén organizados, en tanto dure el período de efervescencia y sea imposible distinguir entre el holgazán perezoso y el desocupado involuntario, los alimentos disponibles deben ser para todos, sin excepción alguna. Quienes hayan resistido con las armas en la mano la victoria popular o hayan conspirado en su contra se apresurarán por sí solos a liberar de su presencia al territorio insurrecto. Pero nos parece que el pueblo, siempre enemigo de las represalias y magnánimo, compartirá el pan con todos los que hayan permanecido en su seno, ya sean expropiadores o expropiados. Si se inspira en esta idea, la revolución no habrá perdido nada; y cuando se reanude el trabajo, se verá a los combatientes de la víspera reencontrarse en el mismo taller. En una sociedad en la que el trabajo sea libre, no habrá que temer a los holgazanes.

–Pero al cabo de un mes faltarán los víveres –nos gritan ya los críticos.

–¡Tanto mejor! –les respondemos. Eso probará que, por primera vez en su vida, el proletario habrá comido hasta saciarse. En cuanto a los medios de reemplazar lo que se haya consumido, ésa es precisamente la cuestión que nos disponemos a desarrollar.[19]

Los gustos varían con las épocas, y el que predomine durante la revolución será seguramente el gusto de lo simple. La sociedad, como el individuo, tiene sus horas de cobardía, pero también tiene sus minutos de heroísmo. Por miserable que sea –cuando se envilece como ahora en la búsqueda de intereses mezquinos y neciamente personales– cambia de aspecto en las

[18]Ibídem, p. 65.
[19]Ibídem, pp. 75-76.

grandes épocas. Ella tiene sus momentos de nobleza, de entusiasmo. Los hombres de corazón adquieren el ascendiente que hoy está reservado a los embaucadores. Los sacrificios se hacen cotidianos, los grandes ejemplos son imitados; no hay egoístas que no se sientan avergonzados de quedarse atrás y, de buen o mal grado, no se apresuren a hacer causa común con los generosos y los valientes.

La gran revolución de 1793 abunda en ejemplos de este género. Y es durante estas crisis de renovación moral –tan naturales en las sociedades como en los individuos– que se ven esos impulsos sublimes que permiten a la humanidad dar un paso adelante.

No queremos exagerar el probable papel de estas buenas pasiones, y no es sobre ellas sobre las que basamos nuestro ideal de sociedad. Pero no exageraremos nada si admitimos que ellas nos ayudarán a atravesar los primeros momentos, los más difíciles. Nosotros no podemos contar permanentemente con la continuidad de esos sacrificios en la vida cotidiana, pero podemos esperarlos en un comienzo, y eso es todo lo que hace falta. Es precisamente porque deberá despejar el terreno y limpiar el estiércol acumulado por siglos de opresión y de esclavitud, que la sociedad anarquista necesitará estos impulsos de fraternidad. Más adelante, podrá vivir sin hacer llamamientos al sacrificio, ya que ella habrá eliminado la opresión y creado, por sí misma, una sociedad nueva abierta a todos los sentimientos de solidaridad.

Por lo demás, si la revolución se hace con el espíritu del que hablamos, la libre iniciativa de los individuos encontrará un vasto campo de acción para evitar los obstáculos puestos por los egoístas. En cada calle y cada barrio podrán surgir grupos que se hagan cargo de proveer la vestimenta. Harán el inventario de lo que posea la ciudad sublevada, y conocerán, aproximadamente, de qué recursos se dispone en este género. Y es muy probable que acerca del vestir los ciudadanos adopten el mismo principio que respecto de los alimentos: "Tomar a discreción lo que se encuentre en abundancia; racionamiento para lo que haya en cantidad limitada"[20].

[20] Ibídem, pp. 96-97.

Las mujeres en la nueva sociedad (el mejor criterio para juzgar una teoría)

Otros socialistas repudian el falansterio [comuna]. *Pero cuando se les pregunta cómo podría organizarse el trabajo doméstico, responden: "Cada cual hará 'su propio trabajo'. Mi mujer desempeña bien el de la casa; las burguesas harán otro tanto". Y si es un burgués socializante el que habla, dirá a su mujer con una sonrisa graciosa: "¿No es verdad, querida, que estarías bien sin mucama en una sociedad socialista? Tú harías lo mismo que la mujer de nuestro buen amigo Pablo o la de Juan el carpintero, a quien conoces, ¿no es así?".*

A lo que la mujer contesta con una sonrisa agridulce y un "Claro que sí, querido", diciéndose aparte que, afortunadamente, eso no sucederá tan pronto.

Sirvienta o esposa, es sobre la mujer, ahora y siempre, con la que cuenta el hombre para librarse del trabajo del hogar.

Pero por fin la mujer también reclama su parte en la emancipación de la humanidad. Ya no quiere seguir siendo la bestia de carga de la casa. Ya es suficiente con todos los años de su vida que tiene que dedicar a la crianza de sus hijos. ¡Ya no quiere ser más la cocinera, la remendona, la barrendera de la casa! Y como las norteamericanas han tomado la delantera en esta obra de reivindicación, en los Estados Unidos hay una queja generalizada por la falta de mujeres que estén dispuestas a realizar tareas domésticas. La señora prefiere el arte, la política, la literatura o la sala de juego; la obrera hace otro tanto, y ya no se encuentran sirvientas. En los Estados Unidos, son raras las solteras y casadas que estén dispuestas a aceptar la esclavitud del delantal.

Y la solución llega, evidentemente muy simple, dictada por la vida misma. Es la máquina la que se encarga de las tres cuartas partes del cuidado del hogar. […]

¡Lavar la vajilla! ¿Dónde habrá un ama de casa que no tenga horror a ese trabajo? Tarea larga y sucia a la vez, y que se hace todavía mayormente a mano, únicamente porque el trabajo de la esclava doméstica no cuenta.

En Norteamérica se ha encontrado algo mejor. Ya hay cierto número de ciudades en las cuales el agua caliente se envía a domicilio, como el agua fría entre nosotros. En estas condiciones,

el problema era de una gran sencillez, y una mujer, la señora Cockrane, lo ha resuelto. Su máquina lava veinte docenas de platos, los enjuaga y seca en menos de tres minutos. […]

Porque aquellos mismos que quieren la liberación del género humano no han incluido a la mujer en su sueño de emancipación y consideran como indigno de su alta dignidad masculina pensar "en esos menesteres de la cocina", de los que ellos se descargan sobre las espaldas del gran chivo expiatorio: la mujer.

Emancipar a la mujer no es abrir para ella las puertas de la universidad, del foro y del Parlamento. Es siempre sobre otra mujer que la mujer liberada descarga el peso de los trabajos domésticos.

Emancipar a la mujer es liberarla del trabajo embrutecedor de la cocina y del lavado: es organizarse de modo que le permita, si le parece, criar y educar a sus hijos, conservando tiempo libre para tomar parte en la vida social.

Esto se hará, ya lo hemos dicho, ya comienza a hacerse. Sepamos que una revolución que se embriague con las bellas palabras de Libertad, Igualdad y Solidaridad, manteniendo la esclavitud del hogar, no será la revolución. La mitad de la humanidad, sufriendo la esclavitud de la hornalla de cocina, tendría aún que rebelarse contra la otra mitad[21].

Los sedicentes organizadores desde arriba

Por mucho que se predique la paciencia, el pueblo ya no aguantará; y si todos los víveres no se ponen en común, saqueará las panaderías.

Si el empuje del pueblo no es bastante fuerte, se lo fusilará. Para que el colectivismo pueda establecerse, necesita, ante todo, orden, disciplina, obediencia. Y como los capitalistas advertirán muy pronto que hacer fusilar al pueblo por los que se llaman revolucionarios es el mejor medio de darle asco por la revolución, prestarán ciertamente su apoyo a los defensores del orden, aun a los mismos colectivistas. Ya verán más tarde el medio de aplastar a éstos a su vez.

Si "se restablece el orden" de esta manera, las consecuencias son fáciles de prever. La represión no se limitará a fusilar a "los saqueadores". Habrá que buscar a "los promotores del desorden",

[21] Ibídem, pp. 124-128.

restablecer los tribunales, la guillotina, y los revolucionarios más fervientes subirán al cadalso. Será una repetición de 1793.

No olvidemos cómo triunfó la reacción en el siglo pasado. Primero se guillotinó a los hebertistas, a los "enragés" a quienes, con el recuerdo reciente de las luchas, llamaba Mignet "los anarquistas". No tardaron en seguirlos los dantonianos. Y cuando los robespierristas hubieron guillotinado a estos revolucionarios, les tocó el turno de subir también al patíbulo. Con lo cual, disgustado el pueblo y viendo perdida la revolución, dejó hacer a los reaccionarios.

Si "el orden queda restablecido", los colectivistas guillotinarán a los anarquistas, los posibilistas guillotinarán a los colectivistas, que a su vez serán guillotinados por los reaccionarios. La revolución tendría que volver a empezar.[22]

Kropotkin y el individualismo anarquista

Por otra parte, el anarquismo individualista encontraba en Alemania, igualmente, su más llana expresión en Max Stirner (Kaspar Schmidt) de quien las obras relevantes ("Der Einzige und Sein Eigentun"[23]*, y artículos de colaboración para la "Rheinische Zeitun") no fueron prácticamente conocidas hasta que fueron puestas de realce por John Henry Mackay.*

V. Basch, en una introducción muy competente a su libro, L'Individualisme Anarchiste: Max Stirner *(1904) mostró como el desarrollo de la filosofía alemana de Kant a Hegel y "el absoluto" de Schelling y el "Geist" de Hegel necesariamente provocaron, cuando la revuelta antihegeliana empezó, la predicación de un "absoluto" parecido en el campo de los rebeldes. Así hizo Stirner, quien invocaba, no solamente una revuelta total contra el Estado y contra la servidumbre que el comunismo autoritario quería imponer a los hombres, sino más aún, la liberación completa del individuo de toda atadura social y moral, la rehabilitación del "yo", la supremacía del individuo, el amoralismo total y la "asociación de los egotistas". La conclusión final de esta especie de anarquismo individualista ha sido indicada por Basch. Afirma que la finalidad de toda civilización superior está, no en*

[22]Ibídem, p. 70.
[23]Véase Max Stirner, *El Único y su propiedad*, Utopía Libertaria, 2008.

permitir a todos los miembros de la comunidad de desarrollarse normalmente, sino en permitir a ciertos individuos más dotados de "desarrollarse completamente", inclusive si el precio es la felicidad y la existencia de la masa de la humanidad. Se trata pues de un regreso al individualismo más ordinario, defendido por todas las minorías que se creen superiores, para las cuales, en verdad, el hombre necesita en su historia precisamente del Estado y el resto, que los individualistas combaten. Su individualismo va tan lejos que conducen a la negación de su propio punto de partida, y eso sin hablar de la imposibilidad para el individuo de alcanzar un desarrollo realmente completo en las condiciones de opresión de las masas por parte de las "bellas aristocracias". Su desarrollo quedaría unilateral. Es por eso que esa dirección de pensamiento, sin poner en duda su invocación sana y útil para el pleno desarrollo de cada individualidad, sólo encuentra un terreno propicio en los cenáculos artísticos y literarios[24]*. […]*

El Anarquismo ha continuado desarrollándose en parte, hacia la dirección del mutualismo de Proudhon, pero sobre todo como anarquismo comunismo, al cual Tolstoy añadió una tercera dirección, el anarquismo cristiano; y una cuarta, que puede ser descrita como el anarquismo literario, empezó con algunos eminentes autores modernos. Las ideas de Proudhon, principalmente sobre el banco mutual, correspondientes a las de Josiah Warren, encontraron un eco considerable en los Estados Unidos, creando una verdadera escuela cuyos principales autores fueron Stephen Pearl Andrewa, William Grene, Lysander Spooner (quien empezó a escribir en 1850 y cuyo trabajo inacabado "Natural Law" estaba lleno de promesas).

Benjamin R. Tucker ha mantenido un lugar importante entre los anarquistas individualistas de los Estados Unidos. Su diario "Liberty" empezó en 1881, y sus conceptos son una combinación de los de Proudhon y de los de Herbert Spencer. Partiendo

[24]Kropotkin retoma este párrafo con algunos cambios en *La ciencia moderna y la anarquía* (*op. cit.*, p. 64.): "*Es un «derecho al desarrollo integral» para una minoría de privilegiados. Pero tal monopolio no podría mantenerse sin que fuera protegido por una legislación monopolista y por la coerción, organizada dentro del Estado, lo que hace que las peticiones de estos individualistas los obliga necesariamente a un regreso a la idea de Estado y de autoridad, que ellos mismos criticaron tan certeramente*".

de la verificación de que los anarquistas son egoístas, estrictamente hablando, y que cada grupo de individuos, ya sea una asociación secreta de algunas personas, o bien el congreso de los Estados Unidos, tiene el derecho de oprimir a toda la humanidad con tal que tenga el poder de hacerlo, que una libertad igual para todos y una igualdad absoluta deben ser ley, y que: "el que cada uno se ocupe de lo que le importa" es la única ley moral del Anarquismo, Tucker quiere demostrar que una aplicación general y entera de esos principios sería ventajosa y no presentaría ningún peligro, pues los poderes de cada uno serían limitados por los derechos similares de los demás. Además, indicó (siguiendo las ideas de Spencer) la diferencia que existe entre el abuso de los derechos de alguien y la resistencia a tal abuso, entre la dominación y defensa: la primera siendo siempre condenable ya bien sea por la acción de un criminal contra un individuo, de uno solo contra todos los demás, o de todos contra uno solo; mientras que la resistencia es justa y útil. Para su propia defensa, el ciudadano y el grupo tienen el derecho a toda violencia, inclusive la pena capital. La violencia está también justificada para obligar a observar un contrato. Tucker sigue así a Spencer, y, como él, abre la vía (según la opinión actual del autor) a la reconstitución, a partir del principio, de "defensa" de todas las funciones del Estado. Su crítica del Estado actual es muy detallada, y su defensa de los derechos del individuo muy poderosa. Para sus ideas económicas, Tucker sigue a Proudhon.

El anarquismo individualista de los proudhonianos norteamericanos no ha encontrado sin embargo sino muy poca simpatía en la masa de los trabajadores. Los que lo han defendido –eran sobre todo intelectuales– se han dado cuenta rápidamente que la individualización tan esgrimida no podía ser alcanzada por esfuerzos individuales; abandonaron entonces las filas del anarquismo y terminaron en el individualismo liberal de los economistas clásicos, o bien se retiraron en una especie de amoralismo epicuriano o de teoría del superhombre, parecida a la de Stirner o de Nietzsche.

La gran mayoría de los trabajadores anarquistas prefirió las ideas anarquistas-comunistas que han ido evolucionando, poco a poco, del colectivismo anarquista de la Asociación Internacional de los Trabajadores. A esta tendencia pertenecían

–para nombrar únicamente a los más conocidos– Eliseo Reclus, Juan Grave, Sebastián Faure, Emilio Pouget en Francia; Errico Malatesta y Covelli en Italia; Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo y la mayoría de los muchas veces desconocidos autores de los excelentes manifiestos en España; Johan Most entre los alemanes; August Spies, Albert Parsons y sus discípulos de los Estados Unidos; etc.; Domela Nieuwenshuis ha ocupado una posición intermedia en los Países Bajos. Los principales periódicos anarquistas que se han publicado desde 1880 pertenecen también a esta tendencia; mientras tanto numerosos anarquistas de esta corriente se han sumado al llamado movimiento sindicalista (el nombre francés para designar el movimiento obrerista no político, dedicado a la lucha directa contra el capitalismo) tan importante en Europa[25].

Contra las pequeñas comunas libertarias

Al principio casi todas las comunas fueron fundadas como consecuencia de un impulso de entusiasmo casi religioso. Se les pedía a los hombres que se convirtiesen en "pioneros de la humanidad", que se sometiesen a minuciosos reglamentos morales, que se transformasen totalmente a través de la vida comunista, que entregasen todo su tiempo, durante las horas de trabajo y al margen de las mismas, para la comuna, que viviesen totalmente para la comuna. Eso era hacer lo mismo que hacen los monjes y entrañaba pedirles a los hombres –sin ninguna necesidad– que fuesen lo que no son. Sólo hace muy poco tiempo algunos obreros fundaron comunas anarquistas sin ninguna pretensión, con una finalidad puramente económica: la de substraerse a la explotación patronal.

El otro defecto era el de tomar la familia como modelo para la comuna y querer convertir a ésta en "la gran familia". Para ello se vivía bajo un mismo techo, obligado en todo momento a estar en compañía de los mismos "hermanos y hermanas". Ahora bien: si dos hermanos encuentran a menudo dificultades para vivir bajo un mismo techo y si la vida de familia no es un logro que todos alcanzan, era pues un error fundamental pretender imponer a todos "la gran familia", en vez de tratar por el contrario de asegurar lo más posible la libertad y la privacidad de cada uno.

[25]Kropotkin, *El anarquismo..., op. cit.*, Caracas, 1972.

Además una pequeña comuna no puede vivir. Forzados al contacto permanente, con la pobreza de impresiones que los rodea, los "hermanos y hermanas" terminan por odiarse. Pero si basta con que dos personas, que llegan a rivalizar o simplemente a no soportarse la una a la otra, perturben y provoquen la disolución de una comuna, sería entonces muy extraño que esa comuna perdurase, más aún por cuanto todas las comunas que se han fundado hasta ahora se han aislado de todo el mundo. Hay que reconocer de antemano que una asociación reducida, de diez, veinte o cien personas, sólo podrá durar tres o cuatro años. Si durara más, sería incluso lamentable, porque lo único que ello probaría sería que todos se habrían dejado someter por uno solo o bien que todos habrían perdido su individualidad. Y puesto que con seguridad al cabo de tres, cuatro o cinco años, una parte de los miembros de la comuna querrá separarse, sería necesario pues tener por lo menos una decena o más de comunas federadas, para que los que, por una u otra razón, quisiesen abandonar una comuna, pudiesen entrar en otra y ser sustituidos por personas procedentes de otros grupos. De otra manera la colmena comunista ha de perecer necesariamente o caerá (como ocurre casi siempre) en manos de uno solo, por lo general el "hermano" más astuto que los demás.

Por último, todas las comunas fundadas hasta el presente se aislaban de la sociedad. Pero la lucha, una vida de lucha, es para el hombre activo una necesidad mucho más estimulante que una mesa bien provista. Esta necesidad de ver el mundo, de arrojarse a su corriente, de luchar sus luchas, de sufrir sus sufrimientos, es aún más acuciante para la joven generación. Por eso los jóvenes, cuando llegan a los diecinueve o veinte años, abandonan necesariamente una comuna que no forma parte de toda la sociedad. […]

Es inútil añadir que el gobierno, cualquiera que éste sea, ha sido siempre el escollo más importante con el que se han topado todas las comunas. Las que sólo lo han tenido en forma muy moderada o las que no lo han tenido de ninguna manera (como la joven Icaria) son las que mayor éxito han alcanzado. Esto es comprensible: los odios políticos se cuentan entre los más violentos; podemos vivir en una ciudad junto a nuestros adversarios políticos, mientras no estemos obligados a codearnos permanentemente con ellos. Pero, ¿cómo vivir junto a ellos en una pequeña

comunidad en la que estamos obligados a verlos en todo momento? La lucha política se traslada al taller, al cuarto de trabajo, a la habitación de descanso, y la vida se hace imposible.

En cambio, está probado que en amplias comunidades, como la de los 7.000 dujobores[26] *en Canadá, el éxito económico fue completo y rápido*[27].

Kropotkin y Tolstoy

Por ignorancia algunos suelen atribuir la misma moral a estos dos pensadores. Es indudable que ambos se apreciaban y respetaban, y en el caso de la persecución de los dujobores, Tolstoy y Kropotkin intervinieron a su favor y facilitaron la emigración de varios millares a Canadá, a una región de característica similar, que el geógrafo que era Kropotkin había elegido.

Paradójica e insólita fue la iniciativa de Kropotkin de defender a la secta religiosa de los dujobores, que le interesaba por su organización fraternal, casi comunista, y sobre la que había hecho un estudio para la publicación *Geografía universal*, coordinada por el también geógrafo y anarquista Eliseo Reclus. En 1898, los dujobores eran víctimas de medidas vejatorias por parte del zarismo y de los religiosos ortodoxos. Kropotkin publicó en una revista intelectual inglesa un artículo en el que no sólo denunciaba esos atropellos, sino que proponía que los dujobores emigraran a Canadá cuyas características climáticas y democráticas podían convenirles. Tolstoy al leer la propuesta se dirigió a Kropotkin para ayudarlo, Kropotkin escribió entonces a un catedrático de Toronto –Mejor– para que contactara a las autoridades canadienses. Rápidamente se dio el visto bueno y en 1899 unas ocho mil personas emigraron a América. En 1901, aprovechando un viaje a Boston para dar unas conferencias sobre la literatura rusa, Kropotkin visitó por segunda vez Canadá y fue a ver los dujobores. Escribió entonces: "*Las comunas de dujobores son un éxito asombroso en tanto que empresas económicas. Enseñan cómo el*

[26] Dujobor, literalmente el combatiente de dios, léase la parte sobre Kropotkin y Tolstoy, en esta misma página.

[27] "Comunismo y Anarquía", pp. 8-9 (texto del congreso de Londres), 1896; retomado en *La ciencia moderna y la anarquía*, 1913, pp. 152-155.

trabajo comunista es extraordinariamente superior al individual. Y no es todo. Globalmente demuestran [...] el absurdo de «la inspiración religiosa» y de la sociedad teocrática en su conjunto".[28]

Kropotkin, lo hemos visto, reconoció a Tolstoy como anarquista: "*El Anarquismo ha continuado desarrollándose, en parte, hacia la dirección del mutualismo de Proudhon, pero sobre todo como anarquismo-comunismo, al cual Tolstoy añadió una tercera dirección, el anarquismo cristiano*". Pero después de la muerte de Tolstoy, los cristianos no continuaron su camino.

En sus *Memorias*, Kropotkin reconoce la influencia del novelista. La observación directa evidenció para mí la importancia del papel jugado por las masas desconocidas en todos los eventos históricos, incluso durante la guerra, y terminó por compartir las ideas que Tolstoy expresa sobre los jefes y las masas en su obra monumental *Guerra y paz*.

Existe un diálogo indirecto entre Tolstoy y Kropotkin, a través del secretario de aquél, Chertkov. Kropotkin expresa en una carta del 10 de junio de 1897: "*Si consiguiera reunir a un gran cantidad de gente […] que, en nombre de la humanidad […] se exprese en contra de cada violencia desde arriba –económica, política y moral–, entonces la violencia desde abajo, en tanto que protesta que denuncia la violencia de arriba, se volvería cada vez más inútil. Mientras no sea así, la violencia desde abajo sigue siendo un factor de progreso moral*".

Al recibir esta carta de Chertkov, Tolstoy respondió el 19 de junio de 1897: "*La carta de Kr[opotkin] me gustó mucho. Sus argumentos por la violencia no me parecen la expresión de su convicción, sino de su fidelidad a la bandera por la que ha dedicado su vida con honradez. Él sólo puede ver que la protesta contra la violencia, para ser fuerte, debe estar sólidamente fundamentada, pero la protesta, que admite la violencia, «has no leg to stand upon» [no tiene patas para apoyarse] y se convierte en un fracaso*"[29].

No prosiguió el diálogo, por el evidente alejamiento de posturas.

---

[28] Citado por Pirumova, *Piotr Alkseevich Kropotkin,* Moscú, Nauka [Editorial de Academia de Ciencias] 1972, p. 158, a partir de un inédito de los archivos rusos.

[29] Pirumova, "Piotr Kropotkin i Lev Tolstoy" [Pedro Kropotkin y León Tolstoy], 1992, las fuentes de las dos citas son de los archivos rusos "GARF, f. 1129, op. 4, ed. Jr. 24, l.1" y "Tolstoy L. N., V. G. Chertkovy, 19 VI 1897, Poln. Sobr. Soch. M. GIJL, 1957, T. 88, c. 31".

Después de la muerte de Tolstoy, los cristianos tampoco continuaron su camino, excepto Gandhi en India, con una aplicación muy distinta y muy estatal.

Es de destacar que Kropotkin encarna perfectamente la postura anarquista frente a la religión. La fe y la capacidad de vivir respetando a los demás son muestras de sociabilidad. La jerarquía religiosa es sinónimo de explotación espiritual y debe combatirse por la palabra, por la convicción resultante de la fuerza de un ideal, especialmente en lo que se refiere a la capacidad de creación del ser humano. Kropotkin nunca propugnó la quema de las iglesias.

Los ataques que se produjeron en España contra el clero antes de la aparición del anarquismo y durante las primeras semanas del golpe militar en 1936 responden a una reacción espontánea, visceralmente anticlerical. Una asimilación entre la Iglesia católica y las clases dirigentes opresoras que gran parte del pueblo español padeció en carne propia a través de los siglos. Una reacción ajena por completo al criterio libertario.

El terrorismo

Ha sido y será siempre un problema del movimiento obrero. Para mí coexisten en esta táctica tres finalidades:

- fomentar el espíritu revolucionario en una situación de apatía ante la explotación capitalista;

- vengarse de la explotación contra cualquier miembro de la clase dirigente;

- incentivar la violencia endémica y visible de los explotados.

Malatesta se opuso claramente al terrorismo del tipo Émile Henry y Ravachol[30]. Kropotkin se refiere escasamente a ello en sus escritos publicados en los países europeos. En cambio en sus textos en ruso sus análisis fueron constantes y matizados. El terrorismo era efectivamente una táctica corriente en Rusia de todo el movimiento socialista. Existían incluso partidarios entre los anarquistas de llevar a cabo atentados indiscriminados contra los ricos, a lo Émile Henry, que se autodefinían como "bezmotivniki", o sea los "sin motivos".

[30]Émile Henry tiró una bomba en un café burgués para atacar a la burguesía en bloque, lo que Malatesta criticó duramente. Ravachol, al parecer, no había cortado del todo con la delincuencia individual.

El terror es una cosa horrible, y sólo hay una cosa peor: aguantar con resignación la violencia[31].

Compañeros, cuando ustedes decidieron organizar este mitin, el movimiento revolucionario en Rusia sólo empezaba. Ahora podemos hablar de la primera victoria del pueblo ruso. Es verdad que el resultado de la victoria se limita de momento, principalmente, en promesas. Y las promesas del zar ruso pueden fácilmente quedar incumplidas […]

Sin embargo, lo importante es que estas promesas fueron arrancadas por el pueblo[32]*. Y más importante aún por la huelga general. […] El pueblo tiene que armarse, si no el rey, los burócratas y los capitalistas lo aplastarán. [...] Sin embargo, en este momento los trabajadores no deben olvidar sus propias reivindicaciones. [...] No esperen nada de todo tipo de protector. En cada fábrica, en cada astillero, taller o mina, establezcan ustedes mismos un nuevo orden de cosas; el que hayan elegido todos juntos. Pero no permitan que nadie se interponga. Ésa es la tarea de ustedes y deben realizarla ustedes. [...] Hagan ustedes mismos la revolución en las organizaciones del trabajo, así como la han hecho en los órganos directivos de Rusia. No crean a quienes les digan. "¡Todavía no! ¡Es muy temprano!". No, no es muy temprano; ahora, de una vez por todas. ¡Viva la revolución social en Rusia y en todas partes*[33]*!*

Kropotkin preveía la reacción violenta de los opresores. En estos dos documentos, Kropotkin definía con una claridad excepcional una actitud moral del uso de la violencia. Desgraciadamente no la dio a conocer en otros idiomas.

Acerca del saqueo y las expropiaciones

En nuestro congreso hemos discutido profundamente la cuestión de la llamada "expropiación", individual y colectiva, y

[31] *Carta a un compañero*, 2-II-1895, citada por O. V. Budnitski, "P. A. Kropotkin i problema revoliutsonnogo terrorizma" [Kropotkin y el problema del terrorismo revolucionario].

[32] Todos los subrayados son de Kropotkin. [N. de T.]

[33] 1905, Declaración leída en el mitin de Whitehall, Londres, el 3 de noviembre de 1903, reproducida por *Freedom* en noviembre de 1905; traducido del ruso, *Probujdenie*, Detroit, 1931, p.131.

hemos reunido y formulado nuestros pensamientos en forma de informes y conclusiones.

Hemos querido mostrar que es indispensable tomar la palabra "expropiación" en el sentido de "apoderarse por la violencia de las tierras, fábricas, factorías, casas, etc., que producen para toda la sociedad –los campos, las ciudades, etc.– en interés de todas las aldeas, ciudades, regiones o pueblos"; y no en el sentido de actos individuales o colectivos para capas privilegiadas, con aspectos revolucionarios.

Esforzarse para expropiar las tierras y todos los medios de producción para el pueblo ruso no quiere decir que hemos de limitarnos de antemano el sentido de esa gran idea, fundamento de toda concepción comunista.

Deseamos subrayar también el peligro que encierra para todo partido revolucionario –más aún en período de crisis– el apoderarse de dinero –incluso por medios muy revolucionarios–, porque tal conducta sería adoptada por el programa de acción del partido y por consiguiente sería imitada en gran escala. Sin dejar de reconocer plenamente las condiciones impuestas por una situación de lucha, queremos indicar que la multiplicación de los actos de pillaje como medio de vida en las zonas enemigas, en el caso de que se los tolere, siempre ha desmoralizado a los ejércitos. Queremos recordar que durante la Gran Revolución [francesa] *las cosas fueron tan lejos que entre los revolucionarios extremistas, que apuntaban al bien común, hubo una gran cantidad de individuos que sólo pensaban en su interés individual, porque en definitiva su concepción social ya no lograba separar lo "mío" de lo "nuestro". Por supuesto, esta situación fue utilizada primero por los moderados y luego por los partidos reaccionarios, que exaltaron el sentimiento general de los trabajadores contra los revolucionarios extremistas, para aplastarlos y aplastar con ellos a la propia revolución.*

Más cerca de nosotros, vemos que desde hace unas tres semanas los acontecimientos han tomado en Rusia un giro completamente nuevo. El régimen zarista ha establecido tribunales militares que han ejecutado despiadadamente a todos los revolucionarios, y se han encarnizado con una furia muy especial con quienes habían cometido actos de pillaje o con quienes sólo estaban acusados de complicidad.

Día a día, en todas partes, se suceden las ejecuciones, y los ahorcamientos en las cárceles, incluso de jóvenes, sin ningún juicio ni examen, y su causa es el pillaje. Y cada día los revolucionarios mueren heroicamente entregando sus jóvenes vidas a la causa de la liberación del pueblo ruso.

Es imposible razonar con tranquilidad en este momento acerca de la utilidad que pueda tener para la revolución el pillaje de los centros del Estado y de la sociedad. Cuando el gobierno multiplica ferozmente las ejecuciones sumarias por causa del pillaje y no contento con ello organiza abiertamente él mismo el bandidismo, el pillaje y el asesinato en las calles con sus Centurias Negras; cuando los pogromos y las violencias contra los judíos se preparan en los ministerios con el asentimiento de la Corte y son asesinados por los Centurias Negras sin contar ni siquiera con un arma para defenderse; en tales condiciones, razonar es inútil. Al obrar de esa manera, el gobierno mismo empuja a cada ciudadano al pillaje y justifica de antemano toda exacción.

Todo lo que podemos hacer, pues, es recordarles a los camaradas que en ninguna circunstancia debemos abandonar la grande e importante tarea revolucionaria.

Cuando se ha iniciado una lucha a muerte entre los funcionarios, el entorno despótico del trono y el pueblo ruso, y cuando los dirigentes rusos no vacilan en recurrir a medios como el ahorcamiento sin juicio de los mineros, la matanza de mujeres y niños en las calles y la organización del pillaje y de los pogromos, en estas condiciones es difícil razonar sobre una base ética.

Pero, a pesar de todo, la fuerza principal, poderosa, triunfante de la revolución no reside en los medios materiales. En este plano toda revolución es más débil que el Estado, así como toda revolución está hecha por una minoría. La principal fuerza de la revolución reside en su grandeza moral, en su grandeza para perseguir su finalidad, que es el bien del pueblo en su totalidad, el sentimiento que suscita en las masas, la impresión que produce en millones de personas, la atracción que ejerce. Y esta fuerza depende por completo de su encarnación en la vida.

Sin esas fuerzas morales nunca sería posible ninguna revolución. Las debemos conservar cualesquiera sean las condiciones pasajeras del combate.

Y sólo podemos preservar esta fuerza moral de la revolución si la recordamos siempre y en todas partes, como en todas partes lo hacen los campesinos rusos, porque la meta de la revolución no es el paso de la riqueza de unos a otros, sino el paso de los bienes privados a la sociedad, al conjunto del pueblo.

Debemos consagrarnos ante todo a esas elevadas metas sociales y recordar que sólo podemos alcanzarlas de la siguiente manera: por la acción del conjunto del pueblo en todo. Para ello es necesario conservar con firmeza una línea moral, que hasta ahora los revolucionarios siempre han presentado al pueblo ruso.

Acerca de los actos de protesta individual y colectiva

En nuestra literatura se ha señalado a menudo que los actos individuales o colectivos de protesta –calificados como terroristas– se realizan inevitablemente contra la actual organización social. En períodos no revolucionarios, suelen indicar una toma de conciencia social y elevan el deseo de independencia de las masas. Brindan un ejemplo de heroísmo individual al servicio de la causa social y despiertan a la mayoría de la indiferencia. Al mismo tiempo socavan la fe en el poder de los opresores en política y en economía. Ya en épocas revolucionarias forman parte de una situación general y no son sólo obra de individuos dotados de un heroísmo excepcional, que responden a la opresión mediante la resistencia armada. Tampoco en ese momento han de ser realizados necesariamente por revolucionarios, que aprueban tales actos. Pero sin dejar de reconocer esta situación general, no hay que olvidar sin embargo que el sentido de todo acto terrorista se mide por sus resultados y por las impresiones que produce.

Esta observación puede servir como criterio para distinguir los actos que ayudan a la revolución y los que resultan ser una pérdida inútil de fuerza y de vidas humanas. La primera condición, de importancia vital, consiste en que los actos de un terrorista sean comprensibles para todos, sin necesidad de largas explicaciones ni exposiciones complicadas. En cada localidad hay individuos o habitantes conocidos por sus acciones habituales en toda la comarca, y cualquier anuncio de un atentado contra ellos, dado su pasado, de una manera inmediata y sin que sea necesario el apoyo de la propaganda revolucionaria, revela

con absoluta claridad el sentido del acto terrorista. Si para comprender un acto el hombre de la calle, que no es un militante, comienza a hacerse muchas preguntas, la influencia de ese acto resulta nula o incluso negativa. El acto de protesta se convierte entonces para las masas en un crimen incomprensible.

Consideramos que la acción por el terror en política y en economía, ya sea centralizada o "espontánea", es completamente artificial. Luchamos igualmente en contra de la opresión económica y política, la opresión del Estado centralista y de los poderes locales.

En el problema del terror hay otro aspecto: el de la organización. Pensamos que el acto terrorista es el resultado de la decisión de individuos aislados o de círculos que los ayudan. Por eso el terror centralizado, en el que un individuo ejecuta las decisiones de los demás, va en contra de nuestros principios. Así como nos parece imposible alejar a los camaradas de los actos revolucionarios en nombre de la disciplina de partido, tampoco nos parece posible invitarlos a que den su vida por actos que ellos mismos no hayan decidido y pensado.

La principal diferencia sobre la cuestión del terror entre nosotros y los partidos políticos consiste en que no pensamos en absoluto que el terror puede servir como medio para cambiar el orden actual. En cambio lo consideramos como una manifestación completamente natural de la conciencia indignada y como un acto de autodefensa que precisamente por eso tiene un sentido de agitación, permitiendo el desarrollo del sentimiento de indignación en el pueblo[34].

Como documento final incluimos esta carta que muestra cómo el lenguaje de Kropotkin sobre este tema era similar en público y en privado. Prueba, como se va a ver en el siguiente capitulo, de que Kropotkin vivía su propia moral.

Desearía escribirte extensamente respecto a de la idea que desarrollas en tu carta del 17 de abril: "El pueblo se equivoca menos, al creernos lo que no somos, que nosotros cuando pensamos no ser lo que él nos cree". Hay mucha verdad en esto y pensaré seriamente en ello.

[34]Puntos II y III de las conclusiones del congreso anarcocomunista ruso de 1906, redactados por Kropotkin, en *Ruskaya revolutsia y anarjizm*, Londres, 1907.

Por el momento solamente hay una cosa: el pueblo no tiene una idea muy clara de la revolución. La masa no la cree posible. Hablan al pueblo algunos jóvenes que generalmente cambian de idea al pasar los 30 años y, después de haber sido terroristas de 20 a 25, se vuelven juiciosos a los 35. En Rusia esos jóvenes han tratado de obrar y han hecho un credo del "terrorismo difuso", lo que quería decir: "terrorismo contra los pequeños" (los polizontes, los capataces, etc., etc.). De éstos se han matado a millares, tal vez 3.000 o 4.000 y no dio ningún resultado. Se han cometido innumerables "expropiaciones" en pequeña escala (latrocinios y pillajes), y... ¡nada ha quedado de ello! Mientras que el movimiento de la masa del 22 de enero de 1905 y la huelga general de octubre de 1905 (apariciones de las organizaciones secretas obreras) trastornaron todo en este inmenso imperio. Han dado margen a una nueva Rusia.

En cuanto a que se nos cree repartidores, ya es otra cosa. En la repartición el pueblo ve algo más que el hecho de poner en montón, juntar los sobretodos y repartírselos: comprende la nivelación de las riquezas, el cercenamiento de los privilegios de los ricos. Aquí nosotros debemos seguirlo […] es nuestra única razón de ser.

En cuanto al "bombismo", es siempre la exageración individualista del blanquismo. ¡Es Malato escribiendo que si se arrojaran cien bombas sobre París se haría una revolución!… No se haría nada de nada. Numerosos jóvenes obreros piensan así. Por esto ¡cuántos han muerto en Rusia! ¡Una verdadera hecatombe! En fin; ya volveremos a hablar de este asunto, ¿no es cierto? Y entonces tal vez escriba algo más extenso[35].

[35] Carta a Luigi Bertoni del 25-IV-1909, publicada en *La Protesta*, Buenos Aires, 8-II-1926.

2 - La moral de Kropotkin en su vida

Predicar la moral supone aplicarla. Antes de llegar a formular la necesidad de una moral, hay que adquirir experiencia o tener una disposición singular.

Kropotkin, como Bakunin, adolescente y sin formación política acabada, rompía con la rutina y la jerarquía y buscaba la aventura y el descubrimiento. Se impuso a los veinte años a la presión del mismo zar de Rusia (por su educación había sido formado en la corte imperial y era conocido del emperador como oficial fiel y capaz) y en contra de la voluntad de su padre. La elección de Kropotkin era ser responsable de un regimiento desconocido, incluso con fama de rebelión, en Siberia.

El segundo cambio de rumbo en la vida de Kropotkin fue la consecuencia de esta estadía de cinco años en Siberia: "*Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera logrado aprender en otra parte. Pronto me convencí de la absoluta imposibilidad de hacer algo de verdadera utilidad para la masa del pueblo por medio de la máquina administrativa. Tal ilusión la perdí para siempre. Entonces fue cuando empecé a comprender, no sólo al hombre y su carácter, sino el móvil interno de la vida de las sociedades humanas. El trabajo constructivo de la masa anónima, de que rara vez se hace mención en los libros, y apareció por completo ante mis ojos la importancia de tal obra en el crecimiento de la sociedad*"[1].

Kropotkin necesitaba conocer las ideas de los opositores y por eso pidió una autorización para ir al extranjero. Estuvo en Suiza entre febrero y mayo de 1872 y tuvo contactos con todas las tendencias de los emigrados políticos rusos. Allí conoció a los antiautoritarios y escogió esta opción, si bien no se entrevistó personalmente con Bakunin (aparentemente porque estaba muy enfermo).

Al regresar a Rusia dimitió de sus últimos cargos oficiales y trabajó como geógrafo. Así fue contactado por una organización socialista clandestina, el circulo Chaykovsky. Eran jóvenes cultos de ambos sexos que estudiaban las ideas socialistas, unos dos o tres mil en varias ciudades del país. Kropotkin los definió

[1] Kropotkin, *Memorias, op. cit.,* p. 182.

como socialdemócratas con unos pocos revolucionarios auténticos. Allí Kropotkin sustentó la necesidad de formar cuadros obreros y redactó un informe: *¿Debemos ocuparnos del examen del ideal de la futura sociedad?* Esta inquietud corresponde en gran parte a sus obras en la emigración.

Encerrado en 1874 en la fortaleza Pedro y Pablo de San Petersburgo, pasó casi dos años en una *abrumadora soledad*, si bien gracias a su hermano, obtuvo el visto bueno de la administración carcelaria y de la Sociedad de Geografía de San Petersburgo para redactar un libro: *Issledovania o lednikovom periodo* [Estudio sobre el período glaciar]. Su salud se quebró y tuvo que ser trasladado al Hospital Militar, de donde se escapó en 1876 en una "sensacional huida"[2]. Esta evasión, fruto de la complicidad con los grupos de *narodnik* [populistas, en el sentido de dedicados al pueblo, no para usarlo y abusar de él], sin verter la sangre de nadie, sin dejar rastro alguno, ni provocar detenciones posteriores, dio mucho que hablar: "*No sólo es uno de los episodios más asombrosos de la historia del movimiento revolucionario ruso, sino que es un ejemplo sorprendente de solidaridad, de valentía, de audacia, de sangre fría de los revolucionarios rusos*"[3].

Tenía pues 32 años y abandonaba un país en que había brillado en cada una de las actividades que emprendió. Sus ideas sobre el período glaciar planteaban una teoría de la glaciación en Siberia en contradicción con las opiniones de los científicos alemanes, tenidos por los mejores de la época. Gracias a sus expediciones y descubrimientos en aquella región, pudo establecer una teoría "que conserva hoy actualidad"[4] y abarca "la interacción entre los glaciares y el clima, la geomorfología y la paleogeografía"[5].

Atrás quedaba su hermano Alejandro, detenido cuando él, confinado en Siberia y que en 1886 mandó su familia a Moscú y se suicidó. Kropotkin la ayudó desde entonces.

---

[2] Citas de Paul Avrich del prólogo a *In Russian and French Prisons,* reproducido en *Reconstruir*, Buenos Aires, octubre de 1972.

[3] Pirumova Natalia, *op. cit.,* p. 83.

[4] Grosvald M. Gu. *P. A. Kropotkin i problema drevnogo oledenia Sibiri* [Kropotkin y el problema de la antigua glaciación de Siberia] 1992, contribución al Coloquio de 1992 dedicado al 150 aniversario del nacimiento de Kropotkin; www.history.dux.ru, incluye unas 40 aportaciones en ruso.

[5] V. A. Markin en *Piotr Alexeyevich Kropotkin,* [mismo título y misma editorial que el libro de Pirumova] Moscú, Academia de Ciencias, 1985, p.169.

Antes de abordar la última fase de los compromisos fundamentales en la vida de Kropotkin, quiero presentar tres cuestiones espinosas en cada moralista. Son el nacionalismo, las polémicas y, por fin, la actitud ante el movimiento obrero. Estos temas están reunidos en esta carta personal de 1897 que Kropotkin aconsejaba destruir para no dar indicios a la policía secreta rusa en el extranjero (afortunadamente para nosotros, la corresponsal Maria Goldsmith la conservó)[6]

"*Allí donde la gente no se ha levantado en contra de la explotación de un individuo, la explotación por la economía, el gobierno y hasta la religión*[7]*, y más aun la nación, hemos de estar con ella. 'No son insurrectos', señalan algunos. Por eso todas mis simpatías van a los negros de América, los armenios en Turquía, los finlandeses y los polacos en Rusia, etcétera.*

Observe otra cosa, estimada compañera, que todos estos movimientos van de consuno. Usted no vivió los años 1859-1860. Pero le puedo asegurar que las valientes campañas de Garibaldi hicieron más por la propagación del espíritu liberal, radical de la rebeldía y del socialismo en toda Europa, que cualquier otra cosa."

"*Los campesinos rusos esperaban a Garibaldi. 'No habrá libertad mientras no venga Garibaldi', oí decir yo mismo. Y usted sabe que si no hubiera habido en Rusia rebeldías campesinas, no habría libertad. Y las páginas pasadas merecerían ser escritas. [...*]

Así tenemos que presentar, me parece en cada movimiento nacionalista, las cuestiones del pueblo al mismo tiempo que los nacionalistas. Pero para esto debemos estar en todos los movimientos nacionales. En pocas palabras, nuestras relaciones tendrían que ser así: ¿Queréis quitaros el yugo de los rusos, turcos, ingleses? ¡Excelente! ¡Poneos a la obra! Presentad la cuestión del pueblo, entonces resolveréis el problema nacional. Odiamos también vuestros opresores, pero miramos más a fondo y vemos al pueblo oprimido. No nos confundiremos con vosotros y ni nos alejaremos, planteamos la cuestión del pueblo. Y entre vuestros seguidores, ¡los más honrados estarán con nosotros!

[6] *Anarchistes en exil (Correspondance inédite de Pierre Kropotkine à Marie Goldsmith 1897-1917)*, París, Institut d'Études Slaves, 1995, 579 pp. [Edición, presentación y notas de Michaël Confino.] El libro tiene la característica de brindar las cartas en su idioma original (el ruso en el 99 % de los casos) con notas excelentes en francés.

[7] Todos los subrayados son de Kropotkin. [N. de T.]

¿No le llama la atención, ahora se me ocurre, la analogía con las relaciones con los políticos radicales? ¿Quiere la libertad política? ¡Haga de la misma un problema popular! Clara es nuestra posición en Rusia. Odiamos igualmente la autocracia, pero vayamos más allá y presentemos el problema globalmente.

He aquí, estimada compañera, una respuesta apresurada a su primera pregunta de si el anarquismo tiene que apoyar del todo el movimiento nacionalista y el de Creta en particular. [...]

[Sobre las polémicas] *no es necesario contestarlas. Por supuesto que se puede polemizar, claro, sin usar términos injuriosos, y menos de manera personal, pero por lo general la gente no respeta estas normas. Por ello, prefiero evitar por completo las polémicas y expresarme individualmente. Una vez que se conocen las observaciones y las réplicas, ¿cuál es mi posición? En tal caso, veo las opiniones, no como provenientes de una persona o un grupo en particular, sino como una corriente de opinión general. Y siguiendo el ejemplo del querido Darwin, me esfuerzo en reforzar la opinión que me propongo criticar, mediante diferentes argumentos que pueden o no ser citados, pero sí utilizados. Este ejemplo, no sé si es válido. Puede ser incluso mejor polemizar directamente. Pero en cualquier caso, haciéndolo sin pasión.*

[Sobre los cooperativistas] *Usted cita los cooperativistas, a ver este punto. ¡Qué peor podemos encontrar! Hoy por hoy son burgueses. Pero la idea, que originó este movimiento, no era burguesa. Y actualmente la idea, que inspiró a no pocos militantes, no era en absoluto burguesa. Es posible declarar: no tengo nada que hacer con ellos: son burgueses. Y así lo hicimos. Cuando éramos unas diez-cien personas, y cuando no había ninguna esperanza que el medio de los cooperadores adoptara las ideas comunistas, y mucho menos anarquistas. Pero, por la fuerza del espíritu del siglo, estas ideas aparecieron entre los mismos también. Además, la esencia, la idea de este movimiento es fundar grupos de productores y de consumidores, que intercambian los productos y los frutos de su trabajo. Sin esta idea oculta, su movimiento habría desaparecido desde hace mucho tiempo. Vaya a convertir a Rothshild al socialismo: inútil; pero propague el ideal comunista entre los cooperativistas, es posible. En efecto, si se presenta una persona decidida, que piensa y vive los principios del anarquismo y se lanza en la propaganda*

anarquista o comunista entre los cooperativistas, que lo haga. Hace falta únicamente para que no se desanime, que sienta el apoyo de un grupo amigo y sólido que no haga compromiso, que no oculte su bandera. […]

[Sobre la acción entre los trabajadores] *Mire que si nos negamos a pensar en tales cosas, en buscar fórmulas, a ayudar a estas personas en sus búsquedas, ¿qué pasará? Al ver que no las ayudamos, aceptarán las fórmulas estatales apropiadas, adoptarán el socialismo estatal, la vía estrecha de la socialdemocracia y de la politiquería. […] Tome Rusia. Allí existe un fuerte movimiento obrero (y 'uno no se hace obrero en dos años' dijo recientemente un inglés que vivió varios años en Rusia). Nadie atendió los obreros, excepto los socialdemócratas. Y ahora el movimiento obrero está en sus manos y lo conducirán a sus metas, a la catástrofe. ¿Acaso no está ocurriendo también en Europa occidental? Todo el movimiento obrero ha caído en manos de los políticos, que lo ahogan, como ya ahogaron el primero de mayo revolucionario. ¿Por qué? Porque los anarquistas somos muy pocos, y lo que pasa, es que los que están se apartan del movimiento obrero, incluso cuando los obreros no se apartan de nosotros, y en lugar de ir hacia ellos; hasta durante las huelgas, algunos encuentran 'very anarchistic' no unirse a los huelguistas, y continúan trabajando.*

Mantener la pureza de los principios, quedando fuera, no interviniendo en ningún asunto social, no trae ningún mérito ni ninguna ventaja. Hay que mantener los principios trabajando con los demás, en medio de los otros. Apunto de paso, con gran amargura, que en la práctica sucede constantemente que la gente, partidaria encarnizada del rechazo de cualquier huelga, agitación obrera, etc., cumplida la cuarentena, suele cambiar de repente, súbitamente, hacia una dirección opuesta.

Nuestro partido[8] *entra –ahora– en un periodo crítico. Nuestros simpatizantes son numerosos, y de todos los lados la gente viene con nosotros, aceptando un punto de nuestro programa. Son los*

[8] Kropotkin usa "partido" en el sentido de movimiento, como en *La ciencia moderna y la anarquía,* p. 125. Malatesta también lo hacía, lo que su discípulo Luigi Fabbri comenta en *Malatesta*, Buenos Aires, p. 315. "*Pero Malatesta daba poca importancia a estas cuestiones de palabras, y no vacilaba en dejar a un lado determinada terminología cuando observaba que podía dar lugar a equívocos*."

burgueses influenciados por Spencer, los economistas burgueses, los religiosos, los tolstoyanos, etc. Algunos anarquistas quieren rechazarlos a todos, otros unirlos todos. Ambas actitudes son erróneas. No hay que rechazarlos o unirlos en absoluto a nosotros. Hay que crear un grupo de gente decidida, que irán a la huelga y quedarán anarquistas. […]

Para nosotros, existe un único límite: nunca estaremos en las filas de los explotadores, de los jefes y de los dirigentes religiosos. Nunca nos elegirán o nos convertiremos en explotadores, gerentes, dirigentes. Eso es mucho, más incluso de lo que parece a primera vista, y basta. [...]"

Otros dos rasgos morales de la personalidad de Kropotkin me parecen importantes. La ecuanimidad, la imparcialidad frente a la opinión contraria (el consejo que daba en las polémicas). En *La ciencia moderna y la anarquía,* Kropotkin, en varias oportunidades, señala en notas sugerencias de algunos lectores, para matizar sus análisis. No obstante, cuando estaba preparando el libro *La Gran Revolución* tuvo problemas con James Guillaume: "*estoy bastante asustado de verte entrar en una parte de la historia todavía tan poco estudiada*[9] […] Y en 1905, Guillaume precisaba: "*En resumidas cuentas, tienes una teoría y buscas los hechos agrupándolos para sostenerla. En lo que concierne a las cuestiones de la revolución francesa, no tengo ninguna teoría*[10]*, sólo busco los hechos [...] poco conocidos hasta ahora del todo e ignorados, y me preocupo de lo que se desprende de los mismos*"[11]. "*La inquietud de Guillaume de que el libro de Kropotkin enseñara el carácter de aficionado en tanto que historiador no quedó justificada*"[12].

La financiación autónoma de una revista militante es el segundo punto. Es la constante en su correspondencia con Maria

[9] Guillaume, en V. M. Dalin, *Annales historiques de la Révolution française*, N° 217, juillet - septembre 1974, p. 385, y en la edición soviética de *La Gran Revolución*, 1979, p. 472.

[10] Esa afirmación es discutible, porque cada historiador elige su campo de investigación por empatía. En el fondo Guillaume desconfiaba de Kropotkin y quería imponerle una orientación.

[11] Guillaume, en V. M. Dalin, *Annales op. cit.,* p. 386, edicion soviética, *op. cit.,* p. 475. Dalin subrayaba que la polémica entre los dos compañeros alcanzó niveles altos, pero que ambos supieron reponerse.

[12] V. M. Dalin, edición soviética, *op. cit.,* p. 475.

Goldsmith para editar textos de propaganda y una publicación anarquistas, que se remitían clandestinamente a Rusia. Suponía también desconfiar de los denunciantes mandados por la policía secreta zarista (y Kropotkin demostró tener buen olfato). Resolvió en gran parte la cuestión económica aportando muchísimos de sus derechos de autor con la ediciones de sus libros en diferentes lenguas (de ahí cierta estrechez y limitación en la vida diaria de la familia Kropotkin, que ya tenia más de 55 años). La actitud de bastantes compañeros rusos recién exiliados era distinta y Kropotkin reaccionó: *"El dinero adquirido con ex[propiaciones] debe ser absolutamente excluido como posible fuente de ingresos"*[13]. *"Y estoy profundamente convencido que ahora es necesario ante todo dar con compañeros capaces, que no renuncien a nada del aspecto revolucionario de nuestro programa anarquista, para decirles lo que fue meditado, vivido, y del todo muy sinceramente, el rechazo preciso de los métodos jacobinos, adoptados hasta ahora en Rusia por la anarquía. En particular: 1) La negativa de las expropiaciones, como medio de proporcionarse fondos para las tareas revolucionarias y 2) el categórico rechazo de relaciones con la policía para atentados, como modo de combatir la reacción"*[14].

El tercer cruce que Kropotkin emprendió es dramático. Desde inicios del siglo xx defendía la superioridad de la cultura latina (e inglesa) sobre la alemana, con el necesario apoyo a uno de los bandos en caso de guerra[15]. En 1914 Kropotkin siguió en sus trece: *Por supuesto en Alemania hay socialistas que son de verdad nuestros hermanos espirituales. Pero la fuerza infame militar, estatal y capitalista los aplasta*[16]. *¡Como deben de sufrir usted y*

[13] *Anarchistes en exil, op. cit., p. 327, carta de 1908.*

[14] *Anarchistes en exil, op. cit.,* p. 415, carta al grupo anarquista ruso de Paris, 19/10/1911. El tipo de atentado al que alude Kropotkin fue el de Bogrov que ejecutó a [el ministro] Stolypin en 1911 contactándolo como denunciante.

[15] "*Tengo sesenta y dos años, no abrigo ningún sentimentalismo hacia Francia, allí fui condenado a la cárcel […]. Si Francia fuese invadida por los alemanes hay algo que lamentaría, el hecho de que con mis sesenta años pasados probablemente no tendría fuerzas para tomar el fusil y defenderla. […] No como soldado de la burguesía, por supuesto, sino como soldado de la revolución, en las legiones francas de los revolucionarios […]" Les Temps Nouveaux*, 4.11.1905, en *Kropotkin. Obras,* Barcelona, 1977, pp. 252-253.

[16] *Anarchistes en exil, op. cit.,* p. 471, Carta a María Goldsmith, en ruso, 29.08.1914.

su madre! Y me duele el corazón al pensar en los padecimientos que inflige esa guerra. Pero como Clémenceau, estoy seguro que a fines de cuenta, los hunos invasores no saldrán victoriosos. La civilización triunfará sobre la fuerza brutal y repugnante[17].

Se imponen dos comentarios: evocar en una carta personal a Clémenceau (un primer ministro francés, conocido como represor de huelguistas, manipulador y chovinista) y a los "hunos" (sinónimo peyorativo habitual de pueblo inculto y cruel, pero ¿existen tales pueblos?) era caer en una actitud sectaria, impropia del mismo Kropotkin. Luego, el enfoque de Kropotkin descartaba su propia interpretacion del nacionalismo, tan claramente expuesta en la carta de 1897 a María Goldsmith.

En octubre de 1914 Kropotkin escribía en la revista anarquista *Freedom* de Londres: "*Por haber trabajado en las diversas fracciones socialdemócratas y anarquistas del gran movimiento socialista de Europa, sabemos con precisión hasta qué punto la amenaza de una invasión alemana ha paralizado todos los movimientos avanzados en Bélgica, en Francia y en Suiza, puesto que los trabajadores sabían que si en esos países llegaba a surgir una lucha interior, inmediatamente se produciría la invasión alemana […] los últimos cuarenta y tres años han confirmado lo que Bakunin escribía en 1871, es decir, que si la influencia francesa desapareciese de Europa, el desarrollo de Europa se retrasaría medio siglo* […][18].

Kropotkin se dejaba en el tintero que Bakunin tanto en 1871 como hasta su muerte quedó fiel a la lucha de clases: "*Os declaro que, tanto en las relaciones internacionales, como en las relaciones de clase a clase, estaré siempre de parte de los que se quiera civilizar por este procedimiento* [atentar contra la libertad y la independencia]. *Me rebelaré con ellos contra todos estos civilizadores arrogantes, llámense obreros o alemanes, y rebelándome contra ellos serviré a la revolución contra la reacción*"[19].

Así lo manifestó Errico Malatesta en noviembre de 1914 en "Los anarquistas han olvidado sus principios" en *Freedom* de

[17] Ibídem, p. 474, carta a María Goldsmith y a su madre, en francés, 7-IX-1914.
[18] *Kropotkin. Obras,* p. 260.
[19] Bakunin, *Carta a un francés,* en *Obras completas*, tomo I, Madrid, 1977, p. 131; misma frase en *El imperio knutogermánico y la revolución social*, *op. cit.*, tomo 2, p. 89 (traducción ligeramente distinta)...

Londres, que Kropotkin trataba de influir[20], aludiendo sin citar apellidos a "*compañeros a los que más hemos amado y respetado*"[21]. "*La mayoría de los socialistas y muchos anarquistas de los países beligerantes se asocian con los gobiernos y con las burguesías de sus respectivas naciones olvidando el socialismo, la lucha de clases, la fraternidad internacional y todo lo demás. ¡Qué desastre! […] En mi opinión, la victoria de Alemania significaría por cierto el triunfo del militarismo y de la reacción, pero el triunfo de los Aliados significaría un dominio ruso-inglés, –es decir, una predominancia del capitalismo del látigo– en Europa y en Asia, la conscripción obligatoria y el desarrollo del espíritu militarista en Inglaterra, y una reacción clerical, y quizá monárquica, en Francia*".

En 1931 añadía Malatesta: "*Fue uno de los momentos más dolorosos de mi vida –y me atrevo a decir que también de la suya– aquel en que, después de una discusión extremadamente penosa, nos separamos como adversarios, casi como enemigos*"[22].

No modificó su postura Kropotkin, la agudizó con la publicación del "Manifiesto de los dieciséis" en 1916, un texto que repetía la misma argumentación con las firmas de amigos franceses, del japonés Ishikawa y del compañero ruso Cherkesoff, pero sin la adhesión de María Goldsmith.

En efecto, ella contaba mucho con el grupo de Zimmerwald al que Kropotkin no le daba importancia y por eso María se negó a firmar. "*Usted habla del aspecto político y militar de los eventos […] evidentemente si se espera de las victorias de los aliados la liquidación del militarismo, la libertad de los pueblos y otras muchas cosas buenas, entonces es posible justificar una próxima guerra, pero únicamente en favor de los Estados, y no de nosotros*" (19 de febrero de 1916).

[20]Una consecuencia directa de la toma de posición de Kropotkin fue su evicción del grupo de la revista *Freedom*. Kropotkin evocó brevemente ese doloroso episodio. "El editor actual de *Freedom* defiende a toda costa a alemanes y austríacos." *Anarchistes en exil, op. cit.*, 14-x-1914. "Él [Keel] (quizás, legalmente) se considera el propietario de *Freedom*: de la publicación, de la imprenta, del stock importante y de los clichés." (31-xii-1914). Woodcock y Avakoumovitch, en *Pierre Kropotkine le prince anarchiste* París 1953, y John Quail en *The slow burning fuse (the lost history of the British anarchists*), Londres 1978, corroboran esa postura. Quail insiste en el coraje de Keel, que había sido "un adorador de Kropotkin". (p. 289).

[21]El artículo completo está en *Malatesta (pensamiento y acción revolucionarios*), Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2007, pp. 235-239.

[22]"Pedro Kropotkin. Recuerdos y críticas de un viejo amigo", ibídem, p. 454.

Frente a la guerra tanto Kropotkin como Malatesta tenían una lógica interpretativa que, a mi parecer, no fue explicada bastante. Con la extensión del fascismo, la Guerra Civil Española de 1936-1939, inseparable de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945, el mismo problema se volvió a plantear y fue resuelto de modo distinto, pero casi automáticamente y sin muchas discrepancias, aunque sí con consecuencias pesadas.

Me figuro que Kropotkin veía el desarrollo del anarquismo en un marco geopolítico preciso, o sea la "civilización latina, eslava (e inglesa)", porque fuera del mismo resultaba imposible la germinación libertaria, o sea dentro del área germánica desde el siglo XVIII. Antes, tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, las ciudades libres brotaron en las zonas alemanas como en las otras, la guerra de los campesinos de cultura alemana contra la nobleza fue incluso un brote libertario único[23].

Para Malatesta, la lucha de clases estaba en todos los países y mayormente con la explotación capitalista. Reconocía un matiz diferente de las clases dirigentes alemanas, con una mayor dureza, pero no hasta el punto de imposibilitar la militancia libertaria. Malatesta, como todos los socialistas auténticos se oponía a la guerra, obra de los capitalistas. La solución era crear y fortalecer el pacifismo entre los trabajadores.

De hecho, Kropotkin consideraba su época con un prisma deformante. El colonialismo alemán en África (desde fines del siglo XIX) no tuvo rasgos diferentes del de Francia, Bélgica e Inglaterra. Para todos estos países imperialistas europeos, los africanos, los colonizados, eran razas inferiores, subhombres. Es la herencia de la visión portuguesa y española de 1492: un marco interpretativo estricto de dominación europea, con seres infrahumanos que se usan como pañuelos echables. Así obraron Francia e Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial con las tropas coloniales colocadas en primeras líneas en las trincheras de Verdún. Y así siguen actuando las multinacionales europeas y sus ex colonias fraguadas y moldeadas a su semejanza, EE.UU.,

[23] "¡Abajo todos los explotadores y todos los tutores de la humanidad ; libertad y prosperidad al trabajo, igualdad de todos y fraternidad del mundo humano, constituido libremente sobre las ruinas de todos los Estados!" Bakunin (*El imperio knutogermánico op. cit.,* 2, p. 152) [Grito de los campesinos insurrectos alemanes en 1517-1525].

Canadá, Australia, y los fieles discípulos en parte imitadores y en parte con un desenvolvimiento parecido, Japón y China (con India y Brasil que siguen la misma vía).

No sé si Kropotkin llegó a conocer en Rusia los ecos de la extensión de los consejos obreros en Alemania, las luchas de los espartaquistas, la expansión del anarcosindicalismo alemán. Eran eventos que sonaban mucho más a las rebeliones campesinas alemanas del siglo XVI que a una presunta emasculación de la clase obrera por la tradición prusiana y marxista parlamentaria del siglo XIX.

El problema de la participación en un conflicto bélico se volvió a plantear en circunstancias del todo distintas. Como el golpe militar en la España de 1936 surgió a la par con la toma de parte de los instrumentos productivos por los trabajadores, la defensa de la revolución social se mezcló con una supuesta defensa de las instituciones burguesas de la república. Régimen que no sólo había combatido el movimiento obrero, sino que fue incapaz de prever los evidentes indicios de rebelion del ejército (golpe en Sevilla de 1932), preparar a la población y que colapsó durante el golpe, para renacer con la ayuda de la URSS.

Muy normalmente los trabajadores españoles combatieron con las armas en las manos a los golpistas. En 1939 parte de los refugiados españoles en Francia siguieron la lucha contra Alemania e Italia, que eran aliados de Franco y países fascistas como la España católica falangista.

En países como Francia, Bélgica, Holanda, el movimiento libertario se inclinaba al pacifismo, aunque había refugiados antifascistas alemanes, italianos, algunos búlgaros y españoles a partir de 1939. Durante la Segunda Guerra Mundial, sin que hubiera una discusión sobre qué postura adoptar, unos mantuvieron el pacifismo y la objeción de conciencia (y objetores en la clandestinidad), otros pasaron a la clandestinidad de la lucha antifascista. Terminada la guerra, no siempre los libertarios pacifistas tuvieron buena acogida entre los trabajadores, que en su mayoría tuvieron actitudes antifascistas. Al contrario, los libertarios con un pasado de lucha tuvieron mucho impacto. El movimiento anarcosindicalista español instalado en Francia se benefició de múltiples ayudas indirectas de responsables del Estado gracias a amistades con izquierdistas franceses en la lucha común antifascista.

En 1939-1945, la intervención en un conflicto militar, antes que el pacifismo, se impuso a los trabajadores libertarios pero no es atribuible a la influencia directa de Kropotkin. Él dio el ejemplo en 1914 por razones que resultaron absurdas. El ejemplo fue retomado como elemento de lucha emancipadora en una guerra imperialista, lo que Bakunin veía en 1871. Pero el antifascismo se convirtió enseguida en su contrario en los casos de Francia e Inglaterra (represión de movimientos indepentistas en Argelia, Madagascar, Indochina, India, con masacres de decenas de miles de muertos). El problema de fondo es que el fascismo es una cara del capitalismo cuando su proletariado nativo es demasiado agresivo. Fiat, Volswagen, Krupp, Bayer, etc., son firmas, directivos, ingenieros, mimados en todos los regímenes, a pesar de las etiquetas contradictorias (monárquica, republicana, fascista, democrática).

Kropotkin, a partir de 1914, se aisló del movimiento libertario y arreciaron las críticas incluso de anarquistas rusos. Allí está el drama. Kropotkin acentuó sus declaraciones pro Aliados. Los sucesos de 1917 en Petrogrado fueron para él una confirmación de su punto de vista: un ímpetu antialemán de los trabajadores rusos creaba una situación revolucionaria. En realidad era, como en 1905-1906, una consecuencia de las derrotas militares que desvelaban la impericia, la corrupción y la dedocracia global del imperio zarista.

A los 75 años de edad, tras cuarenta de exilio, Kropotkin, achacoso, regresaba en 1917 al país. Era una Rusia empobrecida por la guerra, una situación social incierta, con fuertes probabilidades de guerra civil, con un movimiento anarquista incipiente desde 1905 y fuertemente reprimido. Los puntos positivos de Kropotkin eran el mantenimiento de los contactos con las elites rusas (casi todas las personas que pasaban por Londres lo iban a visitar) y su militancia entre los anarquistas rusos en el extranjero. Y por fin, una cabeza sana y de buenos consejos, pero con una salud muy quebrantada.

Kropotkin, como Bakunin y Malatesta, fue militante hasta la muerte. Su última carta a María Goldsmith remitida de Moscú el 12 de noviembre de 1917 evocaba los achaques de salud y noticias de amigos y combates en las calles a inicios de noviembre. "*Sin trastornos la revolución es imposible, y sabiéndolo, no perdí la esperanza –y ahora tampoco la pierdo–, estoy obrando en la soledad y voy a seguir haciéndolo*".

3 - Dos ideales y dos morales, diálogo entre Lenin y Kropotkin

Muy edificante es el texto del secretario de Lenin, Vladimir Bonch Bruevich[1] sobre Kropotkin y Lenin. Los primeros contactos pasaron por la hija de Kropotkin y Bonch Bruevich en 1918 porque Kropotkin tenía dificultades en Moscú para encontrar alojamiento. Lenin dio un aval y luego Bonch Bruevich fue a visitar a Kropotkin. Es muy dudosa y poco creíble parte de la charla que atribuye Bonch Bruevich a Kropotkin (simpatía en la práctica por el PC en el poder, interés por el libro *El Estado y la revolucion* de Lenin, que Kropotkin no conocería, atracción por las ideas de Marx). Pero así eran las publicaciones soviéticas en el socialismo real. De todos modos, hay que agradecer a Bonch Bruevich la grandeza de haber respetado en gran parte sus apuntes, sin corromper los grandes principios de Kropotkin. Y también reconocer a la censura soviética esta mezcla de prepotencia por el pasado y de indiferencia a ciertas críticas, que enriquece nuestra comprensión del mecanismo dictatorial de Lenin.

Lenin apreciaba mucho la obra de Pedro Alexeyevich Kropotkin sobre la Revolución Francesa, diciendo que había que "reeditarla con una gran tirada y distribuirla gratuitamente y en todas las bibliotecas de nuestro país". En una conversación con Bonch Bruevich Lenin expresó el deseo de conocer personalmente a Kropotkin. A fines de abril de 1919 Bonch Bruevich invitó a Kropotkin a aprovechar un próximo viaje a Moscú para entrevistarse con Lenin porque "él le manda un saludo y estaría muy satisfecho de verlo".

El encuentro tuvo lugar entre el 8 y el 10 de mayo en el departamento del secretario del Kremlin. La charla empezó por la objeción de Kropotkin a la postura de Lenin contra las cooperativas. Y éste contestó que no era cierto, que estaba contra las "*cooperativas donde se esconden los kulaks* [pequeños propietarios]*, los grandes propietarios, los emboscados y en general el capital privado. Sólo queremos desenmascarar las falsas cooperativas y permitir a amplios sectores entrar en las cooperativas auténticas*".

[1] Bonch Bruevich V. D. *Vospominania o Lenine* [Recuerdos sobre Lenin], Moscú, 1965, pp. 440-453.

"*No voy a polemizar sobre esto –respondió Kropotkin– y, por supuesto, donde las hay, hay que combatir con todas las fuerzas la mentira y las mistificaciones. No necesitamos enchufados, debemos despiadadamente desenmascarar cada mentira. En Dmitrov* [donde residía] *veo que muchas veces persiguen a cooperadores, que no tiene ninguna relación con la gente a la que usted aludió. La razón es que las autoridades locales, quizá revolucionarias antes, como todas las otras autoridades, se han burocratizado, se han convertido en funcionarios, que se aprovechan del todo de la gente que le es inferior. Piensan que toda la población está a su servicio*. [Es la base de la nueva clase y de la usurpación del poder de los soviets libres.]"

"*Estamos en contra de los funcionarios siempre y por todas partes –dijo Vladimir Ilich– estamos contra los burócratas y la burocratización, y este modo antiguo debemos arrancarlo de cuajo, si se anida en nuestro nuevo régimen.* [Fue inseparable del marxismo leninismo hasta el colapso de la URSS en 1991…] *Nuestra falta de cultura, nuestro analfabetismo, nuestro retraso, desde luego, dan muestra de su presencia* [Para derrocar de hecho al zarismo y crear soviets libres los trabajadores mostraron tesoros de inteligencia a solas y sin el Partido] *pero nadie puede acusarnos como Partido, como poder estatal, de cometer errores en el marco de este poder, más aún, en la Rusia profunda, en las partes alejadas del centro*". [Dmitrov está a unos 80 kilómetros de Moscú y como se ve a continuación Lenin fue incapaz de intervenir.]

Luego Kropotkin siguió hablando del cooperativismo con ejemplos de cooperativas de estibadores ingleses, de cooperativas españolas, del empuje del movimiento sindical francés. "*No se contuvo Lenin. Es totalmente negativo por no tener ninguna preocupación por la parte politica de la vida y es claramente desmoralizador para las masas trabajadoras de cara a las luchas inmediatas.*" [Lo uno no quita lo otro, excepto si se cree que los trabajadores son globalmente tontos y necesitan un Comité Central para pensar.]

"*Pero el movimiento sindical reúne a millones de operarios. Esto es en sí un factor enorme, dijo con emoción Pedro Alexeyevich. Con el cooperativismo, el sindicalismo representa un gran paso adelante*".

"*Todo esto es muy bonito, –lo interrumpió Vladimir Ilich–. Desde luego, el movimiento cooperativo es importante, pero como el sindical es negativo. ¿En el fondo qué es? ¿Acaso puede traer algo nuevo? ¿Acaso cree usted que el mundo capitalista va a ceder su lugar al movimiento cooperativo? Se esfuerza por todos los medios y todas las medidas en mantenerlo en sus manos*. [1917 es en parte una creación espontánea por la influencia sindical ya fuerte en 1905…] *Discúlpeme, pero todo esto son pamplinas. Todo es pequeñez. Hace falta la acción directa de las masas* [cuando lo determine el Partido], *y mientras no la haya, no sirve de nada hablar de federalismo, de comunismo y de revolución social. Son juegos de niños, chácharas, que no tienen ninguna base real, ni fuerzas; ni medios, que casi no nos acerca a ninguno de nuestros objetivos socialistas*. [Exageraciones infantiles, Lenin había remachado sus ideas decenas de años pese a la limitada implantación del Partido en Rusia.]"

Todo eso lo dijo poniéndose de pie, añadiendo: "Sólo las masas, no necesitamos la lucha y los atentados de individualidades, y hace mucho tiempo que los anarquistas lo tienen que entender. Sólo en las masas, por las masas y con ellas. Todos los otros medios, incluso de los anarquistas, la historia los mandó a los archivos. No nos sirven, no valen en ninguna parte, a nadie les interesa y sólo atraen a los que se pierden en los caminos viejos, sin salidas". [El derrumbe de la URSS es un ejemplo típico de la historia que manda lo inservible al arrastre.] Lenin se disculpó explicando que los bolcheviques no pueden hablar con sosiego de estos problemas.

Kropotkin habría dicho que si los camaradas comunistas así lo piensan y "*no se dejan embriagar por el poder y se sienten vacunados contra la servidumbre del Estado, pueden realizar muchas cosas. La revolución se encuentra entonces efectivamente entre manos llenas de esperanzas*". [Una pizca de humor británico, que Kropotkin adquirió en Londres, me parece.]

Propuso Lenin que se editara *La Gran Revolución Francesa*. Kropotkin dijo que no quería que se hiciese en ediciones estatales. Lenin dijo que en cooperativas. Kropotkin aprobó siempre que fuera un precio barato, Lenin terminó diciendo "esperémoslo". [Al final se hizo en 1979, o sea 60 años más tarde ¡!] Y así terminó la charla y se fue Kropotkin.

Lenin comentó de esta manera el encuentro. "*¡Cómo envejeció! –me dijo Vladimir Ilich– está viviendo en un país, con el hervor revolucionario de punta a punta, y es incapaz de hablar de otra cosa que del cooperativismo* [o sea la capacidad creadora de los trabajadores]. *Tal es la pobreza de las ideas anarquistas y de todos los otros reformadores y teóricos burgueses* [amalgama habitual en Lenin desde 1918 con "Las tareas inmediatas de los soviets"], *que en el momento de la creación de las masas, de la revolución, nunca pueden dar un plan correcto, una indicación útil* [para un explotador de la clase obrera], *qué hacer y cómo avanzar. Si se lo escucha sólo un minuto –y de haber mañana* [la amenaza] *de un poder absoluto, todos nosotros, y él también, vamos a hablar bajo los faroles–, sólo porque se dice anarquista. Pero qué bien escribió, qué libros excelentes, que manera sensible y joven sintió por el pasado y ahora nada. Es verdad que es muy anciano, y hay que cuidarlo, ayudarlo en todo* […]"

Las consideraciones finales leninistas son demostrativas de la poca utilidad del diálogo de igual a igual entre la clase dirigente en el poder y representantes o pensadores de las asociaciones de base de los explotados.

Es indiscutible y evidente que había un doble juego entre los dos teóricos. Para Lenin hubiera sido una baza ostentar la adhesión de Kropotkin a algunas medidas del Partido, aunque fuera sólo para desorientar a la militancia anarquista. Para Kropotkin, era otra tentativa de sugerir reformas favorables a los trabajadores, entre los variopintos intentos que intentaba realizar.

Dos modos de organizar la sociedad, dos morales se oponían.

Kropotkin le mandó a Lenin varias cartas[2] de críticas y sugerencias. La investigadora soviética Natalia Pirumova se refirió a las relaciones entre Lenin y Kropotkin, afirmando que hubo cartas entre ellos en 1918, 1919 y 1920, (sólo tenemos dos de 1920), e incluye este fragmento inédito del 17 de septiembre de 1918:

[2] Unas veinte cartas, introducción en ruso de Tvardoskaya, a la edición soviética de *Memorias de un revolucionario*, Moscú, 1966, p. 31.

"*Todos los dirigentes políticos, todos, arrastrados por la cresta de la ola revolucionaria, deben saber que cada día, constantemente se arriesgan a caer víctimas de un atentado político: son los gajes del oficio, como el riesgo para el conductor de una locomotora [...] En América, está en los momentos álgidos de las pasiones, que viven todos los grandes mandos de un partido. Yo mismo lo sentí hace mucho tiempo, en la época de mi servicio de paje devoto de Alejandro III*"[3].

En julio de 1920, Ángel Pestaña, delegado de la CNT de España a un Congreso Internacional de Sindicatos en Moscú se entrevistó con Kropotkin señalando que éste había querido ver a Lenin (que "no lo quiso recibir") para oponerse a "*la pena de muerte que el tribunal soviético quería aplicar a diez cooperativistas* [de Dmitrov] *denunciados por un agente de la Tcheka como conspiradores revolucionarios"*. La intervención de Kropotkin los "*libró de la muerte; aunque no de los diez años de presidio a que cada uno de ellos fueron condenados*"[4].

Salta a la vista que hasta marzo de 1920 Kropotkin sugiere reformas, con la actitud de humilde cortesano ante el rey. En diciembre de 1920, Kropotkin trata de igual a igual a Lenin y lo rechaza como incapaz de comprender la situación y remediarla. De hecho es una carta de ruptura. En este período las relaciones entre bolcheviques y anarquistas habían cambiado por completo. De cierta comunidad de análisis sobre las actitudes de los contrarrevolucionarios se había pasado a la oposición frontal, excepto la minoría de los anarquistas no violentos (que serían encarcelados más tarde; una parte de ellos –los tolstoyanos y otros– murieron en huelgas del hambre de protesta, sin que reaccionase el Estado marxista leninista) y de algunos anarquistas que se pasaron al marxismo leninismo (bastantes terminaron en los gulags). Forzosamente Kropotkin estaba al corriente de esta evolución.

---

[3] Pirumova Natalia, *op. cit.,* p. 105-106.

[4] Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia*. Los cooperativistas habían expresado libremente opiniones sobre la situación, "alguno aventuró la idea que los demás confirmaron, de que seria precisa una conspiración de todos los descontentos con el régimen bolchevique para destruirlo". Se nota de paso que son las ideas Jan Waclav Makhaïski que Kropotkin no discutió, véase la antología de Alexandre Skirda, *El socialisme des intellectuels,* París, 2000, extractos en la revista *Futuros* de Buenos Aires.

Primera de las cartas disponibles a Lenin (4-III-1920)
(Carta sobre la miseria de los trabajadores de Dmitrov y la dictadura de un partido lleno de advenedizos que impiden la creación desde la base y por la base)

Dmitrov, 4 de marzo de 1920

Estimado Vladimir Illich:

Varios empleados de Correos me pidieron que le presentara a usted su situación que es realmente desesperada. Puesto que este problema no sólo concierne al Ministerio de Correos y Telégrafos, sino también a la condición general del país, me he apresurado a transmitir su demanda.

Usted sabe, por supuesto, que vivir en el Distrito de Dmitrov con dos o tres mil rublos como salario es absolutamente imposible[5] *para estos empleados. Con dos mil rublos, ni se puede comprar un kilo de papas, lo sé por experiencia personal. Y a cambio, le pueden pedir jabón y sal, que no se encuentran en ninguna parte. Desde que el precio de la harina alcanzó nueve mil el "pud"* [unos dieciséis kilos], *incluso cuando se consigue algo, no basta para cuatro kilos de pan, o bastante harina buena para cinco libras.*

Además, los escasos subsidios que los empleados reciben de Moscú, del deposito de Correos –de acuerdo con el decreto del 18 de agosto de 1918, cuatro kilos de harina por persona y cinco libras de harina por enfermo por familia– no fueron entregados desde hace dos meses. Los comités locales de alimentación no les pueden otorgar nada, y los llamamientos de los empleados a Moscú –ciento veinticinco en el distrito– fueron en vano. Hace mes y medio uno de ellos le escribió personalmente, pero no tuvo respuesta.

Considero mi deber testimoniar que la situación de estos empleados es verdaderamente desesperada. La mayoría se muere literalmente de hambre. Se lee en sus rostros. Muchos piensan partir sin saber a dónde. Pero siguen con sus tareas de modo concienzudo, de modo que perder a estos trabajadores iría a expensas de los intereses de la población local.

Sólo añadiré que todas las categorías de empleados soviéticos en otras ramas del trabajo se encuentran en la misma desesperada situación.

[5] Todos los subrayados son de Kropotkin. [N. de T.]

No puedo no decirle, en conclusión, algunas palabras sobre la situación general. Cuando se vive en un gran centro, en Moscú, resulta imposible conocer las verdaderas condiciones del país. Hay que vivir en provincia, en contacto directo con la vida diaria, con sus necesidades y sus desgracias, con los hambrientos, los adultos y los niños, en las idas y vueltas por las oficinas para conseguir una autorización de compra de una lamparita barata de queroseno, etc., para conocer de verdad las penosas pruebas actuales.

Sólo hay una solución a todo lo que vivimos ahora. Es necesario acelerar el paso a condiciones más normales de vida. No se podrá continuar mucho tiempo así. Vamos hacia una catástrofe sangrienta. Ningún envío [de alimentos] *de los aliados, ninguna exportación rusa de trigo, de fibra de cáñamo, de lino, de pieles, etc., que son indispensables para nosotros, podrá ayudar a la población.*

Una cosa es segura. Incluso si la dictadura de un partido fuera un medio eficaz para derribar el sistema capitalista –de lo que dudo mucho–, para el establecimiento del nuevo régimen socialista, resulta totalmente dañina. Es preciso, es imprescindible que la construcción se haga localmente con las fuerzas existentes en cada lugar, pero no sucede en absoluto. En cambio, en cada instante, hay gente que, por no estar nunca al tanto de la situación real, comete los peores errores, cuyo precio es la muerte de millares de personas y la destrucción de regiones enteras.

Sin la participación de las fuerzas locales, sin la construcción desde abajo, de los mismos campesinos y obreros, la elaboración de una nueva vida es imposible.

Se decía que precisamente esta reconstrucción desde abajo la iban a cumplir los soviets. Pero Rusia se ha convertido en una República Soviética sólo de nombre. Una gran afluencia y una dirección impuesta, o sea los comunistas recientes y oportunistas –los convencidos están en las grandes capitales– ya aniquilaron la influencia y la fuerza constructiva de este órgano prometedor, el soviet. Ahora en Rusia, no dirigen los soviets sino los comités del Partido. Y sus esfuerzos constructivos sufren de las insuficiencias del sistema burocrático.

Para poder salir de esta desorganización actual, Rusia está forzada a retomar el genio creativo de las fuerzas locales de cada comunidad, que, según yo lo veo, pueden ser un factor en la construcción de la nueva vida. Y cuanto más pronto sea comprendida

la necesidad de retomar este camino, mejor será. La gente tenderá entonces a aceptar nuevas formas sociales de vida.

Si la situación presente continúa, la misma palabra "socialismo" se convertirá en una maldición. Esto fue lo que pasó con la concepción de "igualdad" en Francia durante cuarenta años después de la dirección de los jacobinos.

Saludos amistosos.[6]

Pedro Kropotkin

Segunda y última de las cartas disponibles a Lenin (XII-**1920**)
(Carta para protestar por la política del gobierno de tomar rehenes, un "regreso al peor período de la Edad Media y de las guerras de religión" e insistir en el "futuro")

Estimado Vladimir Ilich:

Izvestia *y* Pravda *publicaron la declaración de que el poder soviético ha decidido tomar como rehenes a los socialistas revolucionarios de los grupos de Savinkof y Chernof, los guardias blancos del centro nacionalista y táctico y los oficiales de Vranguel*[7] *. Y que si se cometieran atentados contra jefes soviéticos los rehenes serían "exterminados sin piedad".*

¿Acaso no ha habido nadie entre ustedes que recordase y convenciese a sus camaradas de que semejantes medidas representan una vuelta a los peores momentos de la Edad Media y de las guerras de religión, y son indignas de personas encargadas de crear una sociedad futura sobre bases comunistas, y que con tales medidas no se puede marchar hacia el comunismo?

¿No ha habido nadie para explicar qué es un rehén?

El rehén está preso pero no por una falta cualquiera que haya cometido. Se le mantiene preso para amenazar con su muerte a

[6] Publicada por Bontch Bruevitch en *Zvezda,* de Leningrado, en 1930; texto recogido en *Dielo Truda,* Nueva York, 1956.

[7] Se trata de la táctica bien conocida que consiste en amalgamar la extrema izquierda y la extrema derecha, tan apreciada por todo "buen ministro del Interior". No olvidemos que Lenin fue el creador de la Cheka en 1917, como lo recordaba *Pravda* cada día 20, luego, 21 de diciembre, día de los "trabajadores de la Seguridad". "Auténtica guardia de la revolución", título del editorial de 1935 por el 15 aniversario, "Honor y gloria a los chekistas soviéticos, guardia de la seguridad estatal de la Unión de las Repúblicas socialistas soviéticas", fin del mensaje conjunto del Comité Central del PC, del Presidium y del Consejo de Ministros de la URSS, en 1967 por los 50 años.

los contrarios. "Si matan a uno de nosotros, mataremos a otro de los suyos". ¿Acaso no es como conducir cada mañana a una persona hasta el lugar de ejecución y luego volverla a llevar a su celda y decirle: "Será más tarde"?

¿No comprenden sus camaradas que eso equivale al restablecimiento de la tortura para el rehén y sus familiares?

Espero que nadie me conteste que tampoco las personas que están en el poder viven alegremente... En la actualidad, hasta los reyes consideran los atentados como "gajes del oficio".

Los revolucionarios –como lo demostró Louise Michel– se defienden por sí solos ante los tribunales contra el atentado que se quiere hacer a su vida. O se niegan a discutir, como lo hicieron Malatesta y Voltairine de Cleyre.

Hasta los reyes y los papas han abandonado medios de defensa tan bárbaros como la toma de rehenes. ¿Cómo pueden los propagandistas de una vida y de una sociedad nueva recurrir a tales armas para protegerse de sus enemigos? ¿No sería el signo innegable de que consideran que su intento de comunismo es un fracaso y de que ya no defienden la edificación de una nueva vida sino las suyas?

¿Acaso vuestros camaradas no saben que como comunistas –cualesquiera hayan sido sus errores– trabajan por el futuro? Por eso, en ningún caso pueden ensuciar su compromiso con sus actos, tan parecidos a un miedo animal. Precisamente tales actos, cometidos en el pasado por revolucionarios, hacen tan difíciles nuevas tentativas de aplicar el comunismo.

Estoy seguro de que los mejores de ustedes juzgan más caro el futuro del comunismo que su propia vida. Y al pensar en este porvenir, deben obligarlo a usted a renunciar a estas medidas.

A pesar de sus graves insuficiencias –que, como Vd. sabe, veo bien–, la revolución de Octubre ha realizado un gran cambio en el ámbito de la igualdad, lo que no impide tentativas de volver al régimen anterior. ¿Por qué colocar la revolución en un camino que la conduce a la destrucción, principalmente a causa de sus defectos que no son en absoluto inherentes al socialismo o al comunismo, sino que representan la persistencia del orden antiguo y de los viejos escándalos de una autoridad ilimitada y devoradora.

Dmitrov, 21 de diciembre de 1920[8].

[8] Enteramente cotejado con el texto ruso, sin fórmula de despedida; texto publicado por S. P. Melgunov –salvo los dos últimos párrafos y con la fecha del 30 de noviembre de 1920– en *Na chusoi storony* de Berlín en 1924 y en

Bonch Bruevich, bastante atento, cuando supo de una grave pulmonía que aquejaba a Kropotkin fue con dos médicos a Dmitrov y comprendió que eran sus últimos momentos de vida. Kropotkin lo reconoció y le agradeció así como a los presentes.

"Ánimo para la lucha de ustedes. Les deseo una victoria completa, pero nunca olviden la justicia, la generosidad y no sean rencorosos, el proletariado está encima de eso"[9]*. Y él de repente se incorporó y me atrajo hacia él y me besó dos veces. Su respiración irritada me quemó, un rojo fuerte y enfermizo estaba en sus mejillas, y me dolía hasta las lágrimas verlo y entender que aquel científico famoso en el mundo, aquel revolucionario inquebrantable, aquel tan generoso corazón, que luchaba por toda la humanidad que está sufriendo, tocaba los últimos instantes de su vida. ¡Se iba muriendo! Me sentía muy mal y muy triste. Me ahogaban las lágrimas. Reponiéndome, me quedé mirando el bello rostro de Pedro Alexeyevich y salí despacio de la habitación. Fue mi último encuentro con él. Su apariencia inspiradora permanece hasta este instante delante de mis ojos.*

parte traducida en *La Protesta-Suplemento* de Buenos Aires, el 26 de mayo de 1924; también editada por Bontch Bruevitch, al igual que la carta precedente. La publícación de estas dos cartas –¿y por qué precisamente de estas dos?– en 1930 se enmarca en la lucha de fracciones del PC soviético que Stalin acalló luego.

[9] Cualquier lector soviético comprendía el hondo significado de la frase y su justeza como premonición de las centenas de miles de vida ejecutadas por la represión de la Cheka. Todo el testimonio me parece sincero.

4 - Kropotkin en la Rusia revolucionaria:
el problema de un teórico –famoso y anciano– dentro del torbellino social

Ya vimos con Lenin que Kropotkin supo intervenir a un nivel cumbre para tratar de contrarrestar en vano errores garrafales de los bolcheviques. Las intenciones previas eran más modestas, como se deduce de la carta a continuación.

Desde aquel entonces [1861], *los círculos de propaganda en el campo y en las fábricas se sucedieron año tras año. Y vino 1881* [asesinato del zar Alejandro II], *luego las primeras intentonas de 1905 y finalmente este gran movimiento que estaba en preparación desde que empezó la guerra* [de 1914-1918].

Usted entiende que estamos saliendo para Rusia. Usted, Jorge [Brandés] *y los jurásicos saben bien que no voy para ocupar ningún cargo gubernamental. Pero una vida bien empleada, la experiencia y cierta cultura nos permiten a veces comprender mejor los acontecimientos, y Sofía* [su esposa], *Cherkesov* [un escritor anarquista georgiano] *y yo mismo pensamos que puedo ser útil.*

Creo que en Francia y en Rusia hay inmensas posibilidades de avance en el sentido de construir el comunismo comunal.[1]

Kropotkin salió de Inglaterra el 4 de junio de 1917 y mandó una serie de cartas a un amigo e historiador ruso en Inglaterra, Serguey Petrovich Tiurin[2]. La primera fue una carta de despedida a los ingleses, por su generosa acogida y ayuda a los emigrados rusos, dirigida a un diario.

Una larga carta escrita entre el 26 de julio y el 8 de agosto da cuenta de las primeras impresiones de Kropotkin en la Rusia revolucionaria y, asimismo, de su casi incorporación en la vida política que tanto había criticado.

"[Desde la frontera en tren hasta Petrogrado] *En las grandes estaciones la guarnición viene a saludar, en Rijimiaki todo el*

[1] Carta del 21-v-1917 a François Dumartheray en Ishill, Joseph *Peter Kropotkin, the rebel, thinker, and humanitarian: Tributes and appreciations, excerpts, fragments from the uncollected works, miscellaneous letters, and illustrations*, 1923.

[2] S. P. Tiurin, "Otezd P. A Kropotkina iz Anglii v Rossiu i ego pisma [viaje de Kropotkin de Inglaterra a Rusia y sus cartas]", en *Na chusoi Storone*, Praga, 1924.

batallón está con banderas rojas […] con 'Jleb i Volia' [Pan y libertad, el eslogan de los narodnikis]. *Y en todas partes hay que tomar la palabra. En Rijimiaki los soldados juraron* [cumplir con su deber] *en respuesta a mis palabras, 'que no lleguen los alemanes a Petrogrado'. […] En Beloostrov, vinieron periodistas. En Petrogrado llegamos a las dos de la madrugada, en lugar de medianoche. Una muchedumbre esperaba con calma, pero cuando el tren arribó despacio a la estación con el canto de la Marsellesa y los gritos de los centinelas la muchedumbre de 60.000 personas se lanzó en los vagones, por todos lados. Cuando intenté salir y no quise ser llevado en brazos, traté de ir hacia la guardia de honor de los guardias […] Sonia casi se cayó. Gracias a ocho guardias, haciendo con los brazos una barrera a mi alrededor, salimos de la estación, donde nos esperaban […] El primer día hablé en el Bolshoy como un joven. No es bueno ser viejo en tales momentos.* […tomó contacto con el príncipe Lvov, un político liberal] *Ambos nos apreciamos mutuamente, y lamento mucho que haya salido del gobierno. Él y sus ayudantes de la unión de los Zemstvos* [asociaciones municipales] *obran seriamente para organizar una autonomía municipal sobre una base ampliamente democrática.* [Kropotkin rechazó la oferta que le hacia Kerensky, el jefe del gobierno, de un puesto de ministro, así como una pensión del Estado de parte de Lenin[3]. Pero aceptó Kropotkin la invitación de Kerensky a participar con otras personalidades conocidas, Pléjanov, antiguos presos de la época zarista, en una Conferencia Democrática en Moscú.] *Empezamos en nuestra Liga de Federalistas una gran labor. Vamos a editar cuatro recopilaciones, de 20 páginas cada una, sobre la federación en todos sus ámbitos, geográficos, etnográficos, económicos, políticos, históricos, etc. Cada tomo tendrá diez artículos de especialistas."*

Kropotkin se había colocado en un plano político e intelectual, aparentemente ajeno a sus preocupaciones anteriores, pero, al mismo tiempo, se preocupó de la reedición de sus obras en ruso, con grandes penurias de papel, y venta con pérdidas de la editorial de compañeros anarquistas de Golos Truda.

[3] Richter G. "P. A. Kropotkin i Oktiabskaya revoliutsia (Politsia ne mojet bit stroitelnitsey novoy sijni" [Kropotkin y la revolución de Octubre, la policía no puede ser la construcción de una nueva vida].

En paralelo, el regreso y la presencia de Kropotkin en plena revolución fue un estímulo para todos los anarquistas. Ésta es la reacción crítica del líder campesino, Néstor Makhno.

"*En ese momento recibimos informaciones de que Kropotkin ya estaba en Petrogrado. […] Ahora, recibíamos periódicos y cartas de Petrogrado, que contaban que Kropotkin emprendía el viaje de Londres a Rusia enfermo, pero llegando bien al mismo corazón de la revolución, Petrogrado. Supimos que se había entrevistado con socialistas del gobierno de Kerenski. […] La alegría en las filas de nuestros grupos era indescriptible. Hubo una asamblea general, que dedicó una serie de ponencias sobre lo que nos iba a proponer el anciano Pedro Alexeyevich. […] se nos planteaba el problema directo de dónde está el camino y los medios para administrar la tierra y, sin el Poder encima de nosotros, cómo quitarse de los parásitos que no producen nada, que viven en la alegría y el lujo. […] La respuesta a esta pregunta la dio Kropotkin en* La conquista del pan. *Pero las masas no habían leído esta obra. Una minoría la conocía. Ahora las masas no tienen tiempo de leerla. Ahora para ellas es necesario que oigan lo más concreto de la lengua sencilla, viva y fuerte de* La Conquista del Pan, *para que no la comprendan de modo rutinario, sino que agarren enseguida el hilo conductor de las acciones. […] En este momento en que estamos ocupados con el cambio de nombre formal del sindicato en soviet, se abrió en Moscú el 14 de agosto* [de 1917] *la Conferencia democrática de toda Rusia y apareció en la tribuna nuestro estimado y querido anciano Pedro Alexeyevich Kropotkin.*

El grupo anarco-comunista de Guliay Pole quedó estupefacto, a pesar de que sabía bien que para nuestro anciano, que trabajó tanto en su vida, siempre perseguido en el extranjero y ahora vuelto a la patria, ocupado exclusivamente en sus años de vejez por las ideas humanistas en pro de la humanidad, le hubiera sido incómodo negarse a participar en esta Conferencia democrática. Pero estas consideraciones quedaban en segundo plano frente al trágico período revolucionario, que iba a estallar poco después de la Conferencia. Condenamos en nuestro fuero interno a nuestro anciano por su participación en esta Conferencia, pensando que de ex maestro de la anarquía revolucionaria se

había convertido en un viejo sentimental, en búsqueda de tranquilidad y fuerza para la última transmisión de sus saberes en la vida. Pero este juicio sobre Pedro Alexeyevich era interior en el grupo, en su alma, no comunicado a los enemigos[4].

El mejor especialista del anarquismo ucraniano, Alexandre Skirda, evoca el encuentro entre Makhno y Kropotkin.

"*Encuentra a Kropotkin, en víspera de su mudanza a Dmitrov, en las afueras de la capital. El apóstol de la Anarquía lo acogió con cariño, respondió de modo satisfactorio a sus preguntas y le habló muchos de los campesinos ucranianos, pero cuando Makhno le pide consejos sobre lo que debe hacer a su vuelta, Kropotkin se niega rotundamente a dárselos: 'esto supone un gran riesgo para su vida, compañero, y sólo usted le puede dar una respuesta justa*'.

Durante la despedida, el anciano anarquista le dice que: 'La lucha es incompatible con el sentimentalismo. La abnegación, la firmeza de ánimo y la voluntad son imprescindibles de cara a los objetivos que uno se ha fijado'. El teórico del comunismo libertario había advertido la recia personalidad de Néstor y observó su tendencia a una cierta exaltación. De no ser así no se comprende que el autor de la Ética *haya podido apartar el sentimiento de la lucha revolucionaria. Era probablemente un consejo para que Makhno no se desviase de sus objetivos. En todo caso, causó efecto en el ex terrorista y ex presidiario, que lo recordó siempre. Poco después, Kropotkin le transmitió un mensaje diciendo que: 'cuidase de sí mismo, porque hombres así son escasos en Rusia', lo que demuestra la estimación que inspiró a su venerable compañero, así como la perspicacia de éste"*[5].

Teniendo que instalarse por motivos de salud a unos 80 kilómetros de Moscú en el pueblo de Dmitrov, Kropotkin asesoró a las cooperativistas, ayudó al desarrollo de la vida cultural y recibía visitantes anarquistas como Makhno y Pestaña de la CNT de España. Indudable es que las tensiones y penurias y la salud fragilizada de Kropotkin acortaron su vida.

---

[4] Makhno *Russkaya revoliutsia na Ukraine (ot marta 1917 g. po aprel 1918 god)*, París, 1927, pp. 50-52, 58; *La révolution russe en Ukraine (Mars 1917 - avril 1918)*, París, 1927 (reedición 2003), pp. 90-92, 101-102.

[5] Skirda *Alexandre, Nestor Makhno (le cosaque libertaire 1888-1934, La guerre civile en Ukraine 1917-1921)*, París, 1999, pp. 67-68.

Su entierro dio lugar a la última manifestación pública anarquista en Moscú en febrero de 1921. En señal de respeto a Kropotkin, Lenin había autorizado a diez presos anarquistas famosos –Volin, Maximov y Gorelik entre ellos– a que asistiesen al entierro. Más tarde serían liberados y expulsados de la URSS (por la presión de delegados anarquistas extranjeros en un congreso del Komintern).

Trágica coincidencia, una lógica contestataria ya prevista por Kropotkin en sus cartas a Lenin, pocas semanas después ocurrió la sublevación de los marineros y trabajadores de Kronstadt. Pedían que se cumplieran reivindicaciones obreras como:

1 – *Dado que los soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y campesinos, proceder inmediatamente a la reelección de los soviets con una votación secreta. La campaña electoral previa tendrá que desarrollarse con plena libertad de palabra y de propaganda entre los obreros y campesinos.*

2 – *Otorgar la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y para todos los partidos socialistas de izquierda.*

3 - *Garantizar la libertad de reunión para las organizaciones sindicales y campesinas. […]*

5 - *Liberar a todos los presos políticos socialistas, así como a todos los obreros, campesinos, soldados rojos y marinos, encarcelados por movimientos reivindicativos.*[6]

[6] "*En un lugar se encarcelará a una docena de ricos, a una docena de pillos, a media docena de obreros que huyen del trabajo (del mismo modo hamponesco que lo hacen en Petrogrado numerosos tipógrafos, sobre todo en las imprentas del partido). En otro se les obligará a limpiar las letrinas; en un tercero se les dará, al salir de la cárcel, carnets amarillos para que el pueblo los vigile como seres nocivos mientras no se enmienden. En otro se fusilará en el acto a un parásito de cada diez*". (Lenin *¿Cómo debe organizarse la emulación?*, 25/28 de diciembre de 1917, texto de circulación restringida publicado por primera vez en *Pravda*, 20 de enero de 1929, Moscú, s.f., p. 12.)

La claridad es admirable: los saboteadores y contrarrevolucionarios pueden ser no sólo los ricos, sino los delincuentes y los malos trabajadores. Y para estos últimos, Lenin se refiere a los tipógrafos que son en todos los países los obreros más ilustrados. Un enfoque casi de empresario que quiere decapitar el proletariado, a sabiendas de que la pena de muerte fue suprimida por los soviets en febrero de 1917.

Lo más interesante es que este texto aclara el objetivo de la Cheka, Comisión Extraordinaria Contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, creada por Lenin, el 17 de diciembre de 1917.

6 - *Elegir una comisión de revisión de los expedientes de los detenidos en las cárceles y campos de concentración*. [...por lo tanto Lenin ya los había creado]

9 – *Igualar las raciones alimenticias de todos les trabajadores, excepto quienes estén en oficios insalubres o peligrosos*. [...desigualdad con el consentimiento de Lenin][7]"

Lenin y Trotski resolvieron la discusión con la lógica empresarial de la época –México, Alemania– a cañonazos. Ya estaba escrito y previsto en el texto de abril de 1918: *Las tareas inmediatas de los soviets,* cuya parte más blanda es ésta: "*Y toda nuestra misión, la misión del partido de los comunistas (bolcheviques), intérprete consciente del afán de emancipación de los explotados, es [...] estar a la cabeza de las masas cansadas que buscan fatigosamente una salida, guiarlas por el buen camino, por el camino de la disciplina laboral, enseñarles a compaginar las discusiones públicas acerca de la disciplina acerca de las condiciones de trabajo con la subordinación incondicional*[8] *a la voluntad del dirigente soviético, del dictador, durante el trabajo".*

Los sedicentes socialistas bolcheviques ya tenían mentalidad de empresarios genocidas. Sus actos y sus ideas se justificaban recíprocamente en borbotones de sangre obrera.

El legado de Kropotkin está en los últimos textos publicados en la URSS.

[...] Es entonces cuando en nuestra tierra, en Rusia, donde el absolutismo había vivido mucho tiempo, estalló la revolución, como en la Inglaterra del siglo XVII *y en la Francia de 1789-93. Y como inevitablemente ocurre en el siglo* XX*, adquirió pronto un carácter socialista. La fuerza motriz correspondió al partido que*

[7] *Kronstadt: resoluciones de la asamblea general de las tripulaciones de la 1ª y 2ª escuadra de la Flota del Báltico celebrada el 1 de marzo de 1921,* en Skirda Alexandre, *Les anarchistes russes, les soviets et la révolution de 1917*, pp. 196-198.

[8] *Absoluto obedecimiento: "besprekoslovnoe povinovenie", Las tareas inmediatas de los soviets*, traducido a partir del original ruso y de la versión castellana de la edición de Moscú, "Obras escogidas", pp. 435-436, 445, *Pravda,* N° 83, 28 de abril de 1918.

no había considerado un tema menor la elaboración, y discusión, de un plan para la sociedad futura sobre una base comunista. De forma bastante inesperada se encontró en el poder y está aplicando ahora el plan del comunismo y del colectivismo estatal.

Sin embargo, este plan socialista estatal encuentra a cada paso dificultades tan inverosímiles –basadas en la misma condición de los individuos–, que imposibilitan la consecución de sus primeros objetivos. Conforme va creciendo da lugar a una amplia burocracia, que engendra una nueva burguesía. Muchos –demasiados– se apresuran ya a sacar la conclusión de que no es posible una forma de socialismo de producción y de consumo. Y deducen de ello que sólo nos queda volvernos hacia atrás, a la estructura capitalista.

Esta estructura ha demostrado ya su incapacidad. Condujo fatalmente a la "formación" del Estado y a esas catástrofes que son las guerras, a resultados terribles que los pueblos solamente ahora empiezan a reconocer. Y esta estructura tiene fatalmente que acarrear nuevas guerras aún más terribles, si se mantiene el Estado capitalista. Mientras sobrevivan el capital y el Estado, habrá guerras de "seis y de treinta años", como escribía Herzen.

La humanidad no puede evitar una reconstrucción completa y profunda. Por eso la cuestión de cómo podremos llevarla a cabo sigue todavía vital y esencial, como lo era cuando Pataud y Pouget escribían su libro. Presentaron su propuesta y dieron materia a la reflexión. Nos corresponde discutir de la misma, valorar los méritos y las insuficiencias, apoyándonos en los hechos de la vida concreta, para proponer nuestras correcciones[9].

Se nota cómo Kropotkin descarta de antemano la amalgama capitalista de equiparar el fracaso de la revolución bolchevique con el socialismo, condenando el capitalismo, fundado en la sanguinaria explotación de la mayoría de los trabajadores ayer como hoy.

La postura íntima de Kropotkin frente a la Revolución y a todas sus contradicciones diarias, automáticas durante un proceso de violentas oposiciones, aparece en una nota personal transmitida clandestinamente por su hija, fechada el 23 de noviembre de 1920.

[9] Kropotkin, Dmitrov, junio de 1920 (Pataud-Pouget, *Kak my soverchili revoliutsiu*) [Cómo hicimos la revolución]. Añadido de Kropotkin a su prefacio del 27 de febrero de 1911, Petersburgo-Moscú, *Golos Truda* [La Voz del Trabajo, 1920, 239 pp.

La revolución que estamos viviendo es la suma, no de los esfuerzos de individuos separados, sino un fenómeno espontáneo, independiente de la voluntad humana[10], *un fenómeno natural semejante al tifón que se desencadena en las costas del Asia Oriental.* [...] *En el momento actual la Revolución rusa se encuentra en la siguiente posición: está cometiendo horrores, está arruinando el país entero, en su furiosa demencia está aniquilando a la gente, por ser una revolución y no un progreso pacífico, no ve lo que rompe, lo que pierde, ni sabe adónde va.*

Y nosotros estamos imposibilitados para orientarla por otra vía, mientras no amaine. "Es necesario que agote su fuerza." [...] "La salida es una reacción absolutamente inevitable [...] por eso lo único que podremos hacer es reunir nuestras fuerzas para disminuir el crecimiento y la fuerza de la reacción inminente." [...] "No veo más que una cosa: ir reuniendo gentes de uno y otro partido que sean capaces de emprender una obra constructiva después que la revolución haya agotado su fuerza. Nosotros los anarquistas, debemos, por nuestra parte, reunir un grupo de trabajadores anarquistas honrados, abnegados y que no estén dominados por el orgullo"[11].

La inquietud moral, la profunda sensatez, no todos los sedicentes anarquistas son capaces y competentes, la unión entre todos los que confían en la acción desde abajo, volvieron a ser el eje del pensamiento de Kropotkin. En medio de los pesares, Kropotkin retomó el rumbo de su juventud. *Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera logrado aprender en otra parte. Ponto me convencí de la absoluta imposibilidad de hacer algo de verdadera utilidad para la masa del pueblo por medio de la máquina administrativa. Tal ilusión la perdí para siempre.*

Como lo escribió Bonch Bruevich, a pesar de ser leninista, seguimos iluminados por Kropotkin, *aquel científico famoso en el mundo, aquel revolucionario inquebrantable, aquel tan generoso corazón, que luchaba por toda la humanidad que está sufriendo.*

[10]Todos los subrayados son de Kropotkin. [N. de T.]

[11]Texto publicado en Kropotkin, *Ensayos sobre moral*, Barcelona, 1922; versión castellana corregida según el original ruso en *P. A. Kropotkin i ego uchenie* [Kropotkin y su enseñanza], Chicago, 1931.

Índice

Pág

Prólogo a la moral de Kropotkin..... 7

La moral anarquista.....13

Apéndices

1 - La moral en la obra de Kropotkin..... 57

2 - La moral de Kropotkin en su vida..... 87

3 - Dos ideales y dos morales, diálogo entre Lenin y Kropotkin.....99

4 - Kropotkin en la Rusia revolucionaria: el problema de un teórico –famoso y anciano– dentro del torbellino social..... 109